

el programa comunista

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NÚMERO

- **Presentación** 1

- **Bajo el mito de la Europa unida se incuban los antagonismos entre las potencias imperialistas y maduran, inexorablemente, irremediables enfrentamientos que llevan hacia la tercera guerra mundial si la revolución proletaria no lo impide** 2

- **La «cuestión china» (II)** 17

- ***Siguiendo el hilo del tiempo:*
La doctrina del diablo en el cuerpo** 34

- **Las dos caras de la revolución cubana** 39

- **El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (2)**
(Informe a la Reunión General del Partido, en Florencia, del 30 de abril al 1° de mayo de 1967) 45

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmatista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

EL PROGRAMA COMUNISTA

Órgano del Partido Comunista Internacional

ADMINISTRACIÓN Y DIFUSIÓN

Programme

B.P. 57428

69347 Lyon Cedex 07 - France

Precio del ejemplar: 3 €.; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €.; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

*Pago con giro postal al Sr. **DESSUS**, a la dirección : «Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon Cedex 07 - Francia»*

CORRESPONDENCIA

España: Apdo. Correos 40184 - 28080 Madrid
Italia: Il Comunista - C.P. 10835 - 20110 Milano
Francia: Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon Cedex 07
Suiza: Editions programme - Ch. de la Roche 3
1020 Renens

E-MAIL

elprogramacomunista@pcint.org
leproletaire@pcint.org
ilcomunista@pcint.org
proletarian@pcint.org

El sitio Internet del partido comunista internacional

www.pcint.org

¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido! ¡Suscríbanse!

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 5 FS; **Suscripción:** 8 €; £ 6; 25 FS;

Suscripción de solidaridad: 16 €; £ 12; 50 FS.

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3 FS; 350 CFA. **Suscripción:** 7,5 €; £ 10; 30 FS;

1'500 CFA. **Suscripción de solidaridad :** 15 €; £ 20; 60 FS; 3'000 CFA

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: : 4 €; £ 3; 8 FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2;

USA y Cdn: US\$ 4 **Suscripción:** El precio de 4 ejemplares.

Suscripción de solidaridad: 40 €; £ 20; 80 FS; 16'000 CFA.; América latina:

US\$ 10; USA y Cdn: US\$ 40

- el proletario -

Órgano del partido comunista internacional

Precio del ejemplar: Europa : 1,5 €, 3 FS;

América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2.

- Proletarian -

Suplemento al «le prolétaire»

Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

Suplemento en español a la revista teórica del Partido Comunista Internacional, «programme communiste» no ISSN-0033-037 X.

Acabado de imprimir en Septiembre de 2013

Presentación

Con el ya previsible retardo, por fin, vuelve a la calle nuestra revista, la n° 50. Con ella finalizamos la saga histórica, hasta 1927, de una inmensa región-país del lejano Oriente: la China que, por su notable aparición en la arena internacional de estos últimos veinte años (1), es el tema a tratar por excelencia; y, no es difícil deducir el rol que este país jugará en un próximo futuro.

El otro gran tema es la presencia histórica en Occidente, la demostración material de una dirección política (el recién formado P.C. de Italia) que, siempre en coherencia con el marxismo, logró, en Italia, en los años 20 del siglo pasado, luchar fuera y contra el derrotismo de los maximalistas del PSI, y todas las fuerzas y organizaciones reformistas y anti-obreras que tendieron a conjugarse frente – y contra – las directivas y acciones que Bordiga y sus camaradas proponían a todos los trabajadores, como fue el llamado a la huelga nacional contra el capitalismo y por la derrota militar, y ante todo política, de los camisas negras del Duce Mussolini.

Nuestro propósito con la publicación de estos dos temas es que los mismos encajen en una serie de interrogantes actuales cuya respuesta vienen consideradas como esenciales para la clarificación y confirmación de mucho de lo que decimos en materia de doctrina y teoría. Su importancia recae también en el hecho de que las deserciones, traiciones, sabotaje, las grandes y trágicas hecatombes proletarias, en último examen, tienen su origen en premisas teóricas y doctrinarias erróneas. Una de ellas, y no la única, es sin duda el capitalismo de Estado, entendido mecánicamente como Socialismo, y cómo esta falsificación, entre miles que han sido pasadas como marxismo por el estalinismo y hasta por los mismos capitalistas, se la clasifica como el "último descubrimiento en materia económica", pretendiendo que, por ejemplo, las puras nacionalizaciones o estatizaciones de

las empresas privadas (bajo "control obrero", claro está...), con esto ya se está realizando el socialismo, tal como lo critica y clarifica «la doctrina del diablo en el cuerpo», artículo que complementa en forma teórica y en parte da respuesta a las interrogantes que se desprenden de los dos temas históricos tratados.

Tomando en cuenta que una de nuestras tareas políticas y de propaganda destinadas a la formación política de nuestros lectores, consiste en publicar y difundir viejos textos por su pertinencia y razón en la cada vez y siempre más candente situación actual, «La doctrina del diablo en el cuerpo», escrito por Bordiga dentro de una larga serie de artículos llamados «Siguiendo el hilo del Tiempo» («Sul filo del tempo»), encaja con este requisito: además de explicar el carácter impersonal del capital, desarrolla el estudio de la función del Estado como administrador colectivo de la economía, como representante de una fuerza social, de un ordenador y disciplinador colectivo del capital. Evoca la dialéctica de Engels quien sentencia que no es el Estado quien gobierna al capital sino todo lo contrario: es el Estado quien viene a ser sometido más estrictamente al capital. El artículo ataca también a la «humosa» teoría de la «*decadencia*» del capitalismo (ahora declinada como «descomposición», palabra que un día seguramente Marx utilizó...), imaginada por la Corriente Comunista Internacional (CCI), grupo anarquista cada vez más fantasioso...

A este número le agregamos el *Edito* publicado originalmente en italiano y que contiene un suntuoso examen de las vicisitudes históricas de Europa, del capitalismo que allí tuvo sus orígenes, y de esa unidad de sus diversos capitalismos que ya denunciaba Lenin como utopía reaccionaria. Igualmente hace un balance general y objetivo del estado actual y general del proletariado como clase destinada a implantar el comunismo en el mundo. Leemos allí que

para compensar las cuantiosas pérdidas, a partir de 2008, año en que comienza la gran crisis, la mayoría de las burguesías de los países más golpeados ha tomado medidas con efectos devastadores para las condiciones de existencia de la clase obrera de sus propios países. El editorial resalta, de una manera por demás sombría, la actitud casi general de un proletariado que hasta ahora sigue asfixiado ideológicamente por el colaboracionismo reformista, fenómeno que, partiendo de Europa, se ha generalizado a casi todo el mundo: *"el proletariado en Europa no ha tenido la fuerza, y aún le falta, para volver a zambullirse en las formidables tradiciones clasistas y revolucionarias del pasado, plegado tal como lo está a los intereses de los capitalismos nacionales, a las fuerzas del falso socialismo soviético, del falso comunismo maoísta, de la falsa "vía democrática" al socialismo."*

Aparte de los temas de cierta actualidad que aparecen en nuestra revista, está también la serie de suplementos que han servido para dar cuenta de una realidad más palpable y reciente, de España y en especial del candente «proceso» venezolano, al que hemos hecho un seguimiento minucioso en lo posible, puesto que releva de importantes cuestiones históricas, políticas y teóricas para el marxismo en general y nuestra corriente en particular.

En cierta manera la revista da cuenta de estas realidades, pero, bajo una perspectiva más analítica y teórica. Por otra parte, tenemos el placer de anunciar la aparición del número 3 de «El Proletario» (nueva época), de más envergadura, periódico que estará consagrado en especial a las luchas de clase y a la situación de la clase obrera en España.

(1) Ver datos y cifras del "milagro" económico chino en el Editorial publicado en este mismo número.

Bajo el mito de la Europa unida se incuban los antagonismos entre las potencias imperialistas y maduran, inexorablemente, irremediables enfrentamientos que llevan hacia la tercera guerra mundial si la revolución proletaria no lo impide

Era el 1 de enero de 2002, cuando el Euro se convirtió en la moneda común de la Unión Económica y Monetaria Europea (UEM), único medio de pago corriente en los once países de la Unión Europea (1) que acordaron este cambio. Sucesivamente se admitió a otros países pequeños del Este de Europa. Llegando a un total de 17 países “del euro”. Suecia, Dinamarca y Reino Unido, que son parte de la UE, mantuvieron una moneda propia.

En la época, la Comisión Europea justificó de esta manera el paso de las monedas nacionales a la moneda común, llamada Euro: los 40 años siguientes a la II Guerra Mundial, a través de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) instituida en 1951, la Comunidad Europea (llamada también Mercado Común Europeo) y la Comunidad Europea de la Energía Atómica (llamada Euratom) fundada en 1957 por los seis países de la Europa Occidental definidos fundadores de la Unión Europea (2) habían hecho lograr a estos países “*un alto grado de sostenibilidad y de convergencia económica*”. El mito de la Europa Unida (ya en los años veinte del siglo pasado se hablaba de los Estados Unidos de Europa) parecía finalmente haber encontrado las bases para que, el proyecto de *integración europea*, como solución pacífica de la divergencia entre los intereses económicos de los diversos países imperialistas europeos, pudiera finalmente hallar su realización superando “para siempre” los antagonismos económicos, políticos, y por tanto militares, que llevaron a la Segunda Guerra Mundial, la más devastadora que la historia de Europa había conocido en siglos.

Hoy, frente a una crisis de sobre-producción capitalista que ha golpeado duramente algunos países de la UE – Grecia, Portugal, Irlanda – y que está colocando en una situación grave a otros grandes países como España o Italia, no sólo la integración *política* se revela, en los hechos, como una quimera, mientras se evidencia cada vez más la tendencia por parte de los países imperialistas más fuertes a someter al resto, y Alemania por encima de todos, sino que la misma integración *económica*, que aparecía hasta ahora como la vía que debería haber llevado antes o después... a los Estados Unidos de Europa, se muestra siempre más como un camino en el cual la economía más fuerte – una vez más, Alemania – dicta las condiciones de las relaciones intra-europeas, asumiendo el papel de referente determinante a nivel mundial. No es por casualidad

que, a propósito de la deuda pública, para medir el riesgo financiero y la fiabilidad del Estado que emite las nuevas obligaciones (por ejemplo el BTP*) a la hora de restituir la deuda contraída con los inversores, es utilizado el diferencial (la famosa prima de riesgo) entre la tasa de rendimiento del título emitido por un Estado y el del bono alemán, con paridad de tiempo; el título alemán es tomado como referencia por el simple motivo de que los títulos del Estado alemán son tenidos, por los inversores internacionales (los llamados *mercados*), como los más fiables, siendo la economía alemana, hasta el momento, la economía europea más fuerte y estable. Es precisamente en un periodo de crisis económica profunda, como el que se atraviesa ahora, cuando las relaciones de fuerza entre los Estados, pese a ser aliados, emergen con toda su crudeza, demostrando que las guías de la política de los gobiernos son los intereses imperialistas (económicos, financieros y de supremacía política) de los cuales cada Estado es el representante y defensor nacional.

LAS ALIANZAS ENTRE PAÍSES IMPERIALISTAS SON SIEMPRE TEMPORALES Y SE ENCUENTRAN DISPUESTAS A saltar COMO LAS ALIANZAS ENTRE PIRATAS

Finalizada la guerra mundial, la gran consigna de las clases dominantes burguesas europeas fue: “integración política contra el conflicto militar”; integración a lograr a través de una convergencia económica de nivel cada vez mayor gracias a la cual abrir la vía a los míticos Estados Unidos de Europa. Lenin en primer lugar, y nuestra corriente de izquierda comunista con él, han criticado siempre fuertemente esta ilusión producida por la ideología burguesa liberal y hecha suya por las corrientes socialdemócratas y reformistas del socialismo del siglo XX, en cuanto auténtico engaño político en el cual hacer caer a las grandes masas proletarias para llevarlas en realidad a los más altos sacrificios económicos en tiempos de paz, y a la masacre en las guerras imperialistas. Hablar de Estados Unidos de Europa olvidando que el capitalismo, difundido en todo el mundo, ha alcanzado el estadio imperialista hace un siglo, significa hablar por hablar. “*El capital se ha hecho internacional y monopolista*” – sostiene Lenin en 1915 – *el mundo está dividido entre un pequeño número*

de grandes potencias es decir entre las potencias que se encuentran en mejores condiciones para expoliar y someter a gran escala a otras naciones” (3). Por tanto, precisa Lenin, “desde el punto de vista de las condiciones económicas del imperialismo, es decir, de la exportación de capitales y del reparto del mundo por las potencias coloniales ‘más avanzadas’ y ‘civilizadas’, los Estados Unidos de Europa son imposibles o reaccionarios en el capitalismo” (4). Una precisión no marginal: imposibles o reaccionarios; por tanto, o las relaciones de fuerza entre los países imperialistas, a nivel mundial, en su desarrollo lo impiden, precisamente por la agudeza del enfrentamiento entre intereses, la formación de una alianza tan fuerte entre los países europeos al no producir la necesidad no sólo económica sino política y militar de un único Estado, da igual federal o centralizado – y por tanto los Estados Unidos de Europa son imposibles –, o las mismas razones en términos de relaciones de fuerza mundial entre las potencias imperialistas, quizás seguidas por una guerra que conlleve a la aparición de una potencia imperialista en Europa que predomine sobre todas las otras (por ejemplo Alemania... que, en el segundo conflicto mundial, casi lo logra) enfrentada a la necesidad de impedir un fuerte ascenso del movimiento proletario revolucionario a nivel europeo y mundial volvería posible la formación de los Estados Unidos de Europa, ¡pero sólo bajo signo reaccionario!

Las tendencias socialdemócratas, reformistas y pacifistas del movimiento obrero, en los siglos XIX y XX, sobre la onda de las cuestiones nacionales no resueltas y de las guerras de los Estados por el dominio sobre Europa y sobre el mundo lanzaban la consigna de los Estados Unidos de Europa, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos de América, propagando la ilusoria superación en el régimen capitalista de las guerras entre los Estados y un ilusorio desarrollo del progreso económico y civil que tendría por motor histórico la acumulación capitalista siempre más profunda. Contra esta visión han combatido siempre Lenin y los marxistas revolucionarios en todas las épocas y siempre han sostenido que “una federación de Estados europeos capitalistas habría representado una vez llevada a cabo, el enemigo central contra el que el proletariado europeo habría debido dirigir su esfuerzo revolucionario para tomar el poder”, que “la revolución europea socialista no podría vencer, en el cuadro de una Europa dividida en potencias autónomas, sino cuando el poder burgués hubiese sido destruido en algunos al menos de los más avanzados y más grandes” y que “el poder revolucionario que actuase en un primer Estado o en una parte de Europa no podría tener relaciones y alianzas si no con los partidos obreros en lucha contra los gobiernos de los Estados capitalistas sin absurdas fases históricas de convivencia” (5).

En la Primera y, aún más, en la Segunda guerra mundial, el proletariado ha sido arrastrado por las fuerzas del oportunismo socialdemócrata y estalinista a defender sus respectivas burguesías nacionales contra las directivas clásicas del marxismo revolucionario hechas suyas por el partido bolchevique de Lenin, de la Internacional Comunista en sus primeros congresos y por las corrientes de la izquierda revolucionaria que combatieron contra la traición de los partidos socialistas. La derrota de la revolución bolchevique en Rusia y del movimiento Comunista Internacional, así como el continuo representarse sobre la escena de la crisis económica y de las guerras entre los

Estados, para los marxistas no han sido nunca motivo para rechazar la impostación marxista del socialismo y del fin histórico del capitalismo, porque las contradicciones profundas del modo de producción capitalista están destinadas a agudizarse y explotar, poniendo en movimiento la fuerza demoledora de las gigantescas masas proletarias del mundo, no obstante las muy diversas estrategias que las clases burguesas dominantes utilizan para alejar en el tiempo su fin catastrófico. En la cita histórica con la crisis revolucionaria, el proletariado deberá encontrar al partido revolucionario de clase, órgano decisivo de la revolución y de su desarrollo victorioso, partido que responderá a su tarea histórica, a condición de no haber nunca sustituido el marxismo sus bases históricas, su programa y su estrategia revolucionaria, que no transige con la ideología burguesa, su programa y su estrategia de conservación social.

Por ello, para los marxistas, es vital referirse sistemáticamente a la experiencia histórica de las luchas de clases, clases que sólo desaparecerán con el fin de la sociedad capitalista fundada en el consumo para la producción y su superación por la sociedad fundada en la producción para el consumo: modo de producción hecho para satisfacer las necesidades de vida de la especie contra el modo de producción hecho para satisfacer las necesidades del mercado, esta es la bandera.

Se dirá: a noventa y cinco años de la revolución de octubre, a ochenta y cinco años de la derrota del movimiento comunista revolucionario internacional, a setenta años del fin de la segunda guerra mundial, las cosas en el mundo han cambiado mucho, tanto respecto al desarrollo económico cuanto a las condiciones de vida de los pueblos que, en los países capitalistas desarrollados, y en los países capitalistas emergentes, han mejorado respecto a las condiciones de hace un siglo. Por otro lado, en referencia al párrafo citado de Lenin, se ha desarrollado inmensamente la exportación de capital, invertido masivamente en gran parte de los países del mundo; la potencia económica y financiera ya no está representada por un puñado de Estados imperialistas que dominan el mundo y prácticamente ya no existen colonias; superadas las potencias coloniales de un tiempo, la vía del desarrollo económico se ha abierto a países que estuvieron bajo el dominio colonial o semicolonial de las potencias europeas, Inglaterra y Francia a la cabeza mientras las potencias Europeas, con confines que cambian a lo largo de dos guerras mundiales debido al desarrollo vertiginoso de los Estados Unidos de América y de Japón, se han dirigido hacia relaciones económicas y comerciales infra-europeas menos conflictivas iniciando el camino hacia la ambicionada “integración Europea”.

¿Ya no existen colonias? Sin duda que ha habido cambios. Las luchas anti-coloniales que caracterizaron los años de la segunda pos-guerra, en Asia y África, hasta 1975, cuando Angola y Mozambique se libraron del dominio portugués, sin ninguna duda han señalado el fin del viejo colonialismo europeo que, en cualquier caso, fuertemente debilitado tras el esfuerzo bélico, debía retirarse de sus propias colonias; esto es válido sobre todo para Inglaterra y Francia, mientras para Alemania, Japón, y en gran medida también para Italia, el debilitamiento estaba ligado sobre todo a los grandes desastres de la guerra y a la derrota militar en la segunda guerra mundial, si bien que paralelamente estas destrucciones se convirtieron en el punto de partida para el rejuvenecimiento de su respecti-

vos capitalismo nacionales. Sin embargo, el viejo colonialismo europeo, sin embargo, ha sido sustituido por una nueva forma de colonialismo: las expediciones militares y la ocupación militar de las colonias han sido sustituidas en buena parte por las inversiones de capital. El dólar se ha convertido en el arma principal con la cual las colonias “descolonizadas” son sometidas, y después del dólar, la libra esterlina inglesa, el franco francés, y mucho después el marco alemán. La nueva división del mundo, que ha seguido a la segunda guerra imperialista, se desarrolló según las líneas de fuerza de las potencias imperialistas que más invertían en el extranjero y que, naturalmente defendían sus propias inversiones, ya sea con la extorsión financiera, ya con las misiones militares. De hecho, durante varios decenios, desde el fin de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos de América, primera economía mundial, han sido los “amos del mundo”, superando en gran medida a Inglaterra, Francia y Alemania todas juntas. Frente a los nuevos patronos del mundo se erguía la URSS que tenía con Estado Unidos un pacto de reparto económico y de control político sobre todo del este europeo y de Asia, en una especie de condominio mundial (basado sobre la respectivas dotaciones de arsenales nucleares que justificaban un “equilibrio del terror”) y que, no poseyendo una potencia económico-financiera como aquella estadounidense, utilizaba su fuerza militar para garantizar el control de los países de Europa del este después de haberse anexo una parte de la siempre temidísima Alemania.

De su parte, los Estados Unidos de América se aseguraban la colonización financiera de los países de Europa occidental y de Japón, arruinados por la devastación bélica y, por la misma reconstrucción posbélica, necesitados de un gigantesco flujo de capital que en ese momento sólo disponía Estados Unidos que, en el curso de quince años, después de la guerra mundial, sustituiría a Inglaterra y Francia en una buena parte de sus antiguas colonias en África y en Asia, hundiendo sus garras forradas de dólares, sobre todo en los países productores de petróleo.

La Europa que emerge de la segunda guerra imperialista no mostraba una situación diferente de aquella descrita por Lenin en 1915 para el capitalismo en general: “*en el capitalismo es imposible un proceso uniforme de desarrollo económico de las distintas economías y de los distintos Estados. En el capitalismo, para restablecer de cuando en cuando el equilibrio alterado, no hay otro medio posible que las crisis en la industria y las guerras en la política*”. Solo que el equilibrio destruido antes de la guerra y durante la guerra misma fue “restablecido” por las potencias imperialistas que en la guerra y de la guerra salían más fuertes, Estados Unidos y la URSS, y en tal “equilibrio” está también inscrito un objetivo que une a las clases dominantes burguesas de todos los países, como es el de asegurarse el control social del proletariado por las vías más diversas: la presión económica y el creciente despotismo en la fábrica y en la vida social, la ilusión democrática y el terrorismo de la dictadura militar, la propaganda religiosa y la obra capilar y tenaz de las fuerzas oportunistas del colaboracionismo sindical y político, la represión de las luchas obreras y de movimiento de protesta no controlados o dirigidos por esas fuerzas, etc. Por lo tanto, el “condominio ruso- americano” sobre el mundo – el cual nuestro partido ha tratado desde sus orígenes – servía no sólo para dividir las zonas de influencia entre “*las potencias que se encuentran mejor situadas para expoliar y someter a gran escala otras naciones*”, como afirmaba

Lenin, sino también para repartirse la tarea de controlar estrechamente al proletariado, de manera que sus inevitables rebeliones sociales no desembocaran en un renacimiento de la lucha de clase y la revolución anticapitalista. Escaramuzas de esta potencialidad se habían manifestado ya durante la guerra, por ejemplo, con las huelgas obreras italianas en marzo de 1943, con la resistencia proletaria en el gueto de Varsovia y después con la insurrección proletaria de Berlín en 1953. El proletariado europeo, no obstante la tremenda derrota de su movimiento revolucionario en los años 20, a pesar de la liquidación de la dictadura proletaria revolucionaria por parte de la contrarrevolución estaliniana y la degeneración de la internacional comunista, inspiraba aún mucho miedo a las burguesías de Europa que, a poco más de veinte años de distancia de los diez días que estremecieron al mundo, no habían olvidado de qué fuerza es capaz el proletariado si se organiza sobre el terreno de clase y es guiado por su partido político revolucionario.

Las diferencias entre las potencias imperialistas europeas no han desaparecido con la reanudación económica y la reconstrucción post-bélica; de hecho se han agudizado, como por otro lado es normal para cualquier empresa y para cualquier Estado en régimen capitalista que la concurrencia no desaparezca, sino que se haga mas fuerte y que aunada a la anarquía de la producción, característica del capitalismo, se desarrolle cada vez más hasta llegar, en ciclos sucesivos, a la crisis de sobreproducción. La tendencia de los capitalismo nacionales particulares y de las potencias imperialistas particulares que representan a sus interés, a dividirse el mercado – por tanto los territorios económicos y por tanto su *colonización* – es una tendencia objetiva del capitalismo y a tal partición no se puede llegar sino por la fuerza real (económica y política y militar) de cada país, de cada Estado capitalista, fuerza que puede ser medida solamente a través de la guerra – la guerra comercial, la guerra monetaria, la guerra financiera, el conflicto armado.

“*El origen y las causas de las guerras* – se lee en un artículo de Bordiga de 1950 (7) – *no están en una cruzada por principios generales y por conquistas sociales. Las grandes guerras modernas están determinadas por las exigencias de clase de la burguesía, son el cuadro indispensable en el cual puede llevarse a cabo la acumulación inicial y sucesiva del capital moderno*”. Y, retomando el hilo ininterrumpido que liga las posiciones de hoy al marxismo clásico, Bordiga sintetiza así el curso histórico burgués: “*Releemos en el Manifiesto la dramática apología de nuestro enemigo: la burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después contra aquellas fracciones de la misma burguesía, cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra las burguesías de los demás países. La volvemos a leer en El Capital: El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la transformación del continente africano en una especie de madriguera para la caza de los hombres de piel negra; tales son los procedimientos idílicos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Tras ellos, pisando sus huellas, viene la guerra comercial de las naciones europeas, cuyo escenario fue el planeta entero. Rompe el fuego con el alzamiento de los Países Bajos, sacudiendo el yugo de la dominación*

española, **cobra proporciones gigantescas en Inglaterra con la guerra antijacobina**, en expediciones de piratería como las famosas guerras del opio contra China.

“A este período fundamental sigue aquel que acaba con una frase famosa: la violencia es la partera de toda sociedad antigua preñada de una sociedad nueva. La violencia misma es una potencia económica. Las diversas etapas de la acumulación originaria tienen su centro, por un orden cronológico más o menos preciso, en España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra. Es aquí, **en Inglaterra**, donde a fines del siglo XVII se resumen y sintetizan sistemáticamente que abarca a la vez el sistema colonial, el sistema de la deuda pública, el moderno sistema tributario y el sistema proteccionista”. En la visión de los marxistas, el objetivo central del ataque revolucionario no podía ser sino el coloso británico, precisamente porque representaba no solo el primer modelo universal de la esclavitud capitalista, sino porque representaba el centro más potente de la conservación burguesa. Y es siguiendo el desarrollo real e histórico de las potencias capitalistas e imperialistas que en el artículo se concluye: “*El marxismo no está codificado en versículos; donde su fundador escribe, en 1867, **Inglaterra**, debemos, en 1949, leer Estado Unidos de América*”. Desde 1949 se ha pasado a otro ciclo histórico, tres generaciones, y aunque si los Estados Unidos, hoy en 2012, no tienen ya la agilidad y la fuerza universal de 1949, siguen siendo la primera economía del mundo y el principal enemigo de la revolución proletaria y comunista. Vale para nosotros la misma directiva de ayer: “*¡Jamás podremos escoger la parte donde está Inglaterra!*” y por tanto “*jamás podremos elegir la parte donde están los Estados Unidos de América!*” sin olvidar que esta directiva es parte integrante de la tesis marxista general escrita claramente ya en el Manifiesto de 1848, que dice “*cada partido proletario tiene una tarea en sus límites nacionales porque tiende a abatir primero que nada a su propia burguesía. La guerra no solo no es motivo para conceder a la clase dominante una tregua interna y tanto menos para ponerse a su servicio contra el Estado enemigo, sino que, como teorizó Lenin, lleva de manera más directa a la posibilidad de la revolución, sobre todo cuando esta es más destructiva para la burguesía de **nuestra patria***” (8).

EUROPA, ENTRE AMBICIONES DE INTEGRACIÓN POLÍTICA Y ENFRENTAMIENTO DE INTERESES IMPERIALISTAS

Se dirá: en Europa, hasta la guerra angloamericana de los Balcanes de 1991-92 en la cual participó una coalición de muchos países europeos contra Serbia para repartirse una Yugoslavia que estaba disgregándose, no ha habido durante casi 50 años una guerra en Europa con vistas a otra repartición imperialista de la misma Europa y del mundo. Con la implosión del imperio ruso, debida sobre todo a los efectos de una crisis económica y política provocada por la pluridecenal presión económica y financiera de las potencias occidentales (con Alemania a la cabeza), presión que ha permitido que la crisis euro-occidental recaiga sobre las economías euro-orientales más débiles, ha habido consecuencias que, en un cierto sentido, son propias solo de una guerra mercantil, para retomar las palabras de Marx: no ha hecho falta enfrentamientos armados, enfrentamientos que,

por otra parte no estaban todavía a la orden del día y que se han aplazado en el tiempo. Ya en el período 1988-90, los mayores países de la Europa del Este, Alemania oriental, Polonia y Hungría se habían librado prácticamente de la presión política y militar de Moscú; la Alemania Occidental en 1990, se reunió con la Oriental, mientras Polonia y Hungría, seguidas por otras ex-democracias populares, iniciaban un decurso político que las llevaría al regazo de la Unión Europea y la Otan.

La Unión Europea, nacida en 1993, por iniciativa de Alemania, Francia, Reino Unido, Bélgica e Italia principalmente, continúa siendo en los años sucesivos una meta para un número cada vez más grande de Estados. La ilusión de lograr, antes o después, el objetivo de los Estados Unidos de Europa, ha sido alimentada de esta manera; pero el camino es muy accidentado y cada año nacen diatribas sobre las más diversas cuestiones, últimamente la del déficit público en cada país y el peligro de bancarrota para alguno de estos, como es el caso de Portugal, Irlanda y Grecia para los cuales las intervenciones de rescate con préstamos por parte del BCE han debido pasar por la aprobación del Banco Central alemán. Por otro lado, los efectos de la actual crisis han tocado a tal punto la confianza de los países miembros que, por primera vez, a diez años de distancia de la introducción del Euro como moneda única, ha surgido la posibilidad de que alguno de los países, como por ejemplo Grecia, sometidos a medidas de austeridad intolerables tanto para las grandes masas como para la misma economía nacional, consideren su salida del Euro y el retorno a la moneda nacional, como en otros tiempos, pensando así poder librarse de las sofocantes obligaciones impuestas por las políticas de los países imperialistas más fuertes (léase Alemania, pero también Francia, Bélgica y Holanda) interesadas sí en salvar la alianza en la Unión Monetaria Europea, pero, a condición de no perder demasiado.

A pesar de ello, los europeístas apuestan a una integración más fuerte de los actuales 25 miembros, previa a una integración política, los míticos Estados Unidos de Europa. Tanto como decir que el acuerdo entre capitalistas y entre potencias es siempre posible, basta que “se quiera” y que se vean las ventajas “para todos”. Pero, a despecho de este futuro idílico, se erigen auténticos problemas que provienen de la historia misma del capitalismo y de la formación de los Estados burgueses. Europa ha sido la cuna del capitalismo y de las revoluciones burguesas, pero el desarrollo del capitalismo en los diversos países del mundo nunca ha sido simultáneo ni ha procedido con la misma fuerza y fases contemporáneas. El mismo desarrollo desigual del capitalismo se ha reproducido en los diversos países del mundo, confirmando las leyes históricas del modo de producción capitalista, pero en ello la burguesía no puede intervenir porque, en cualquier país, no puede más que obrar para satisfacer las exigencias del desarrollo del capitalismo nacional contra cualquier otro capitalismo nacional, contra cualquier burguesía extranjera en relaciones de fuerza que no dependen de la “voluntad” o de la “determinación” de un gobierno, sino de las bases reales económicas y el curso de desarrollo en la lucha de competencia mundial sobre el cual el gobierno se apoya. La burguesía se encuentra continuamente en guerra, como recuerda el artículo de Bordiga citado arriba, pero su guerra se apoya en la fuerza de su economía y, cuanto más competidores se presentan en el

mercado, más compleja y aguda se hace la guerra, por lo que se requiere acumular fuerzas económicas, siendo éstas las que dan fuerza política y militar. En economía el desarrollo capitalista lleva a la formación de la sociedad por acciones y de los monopolios, por tanto a la concentración y a la centralización económica y financiera, que por teatro no tienen un país, sino el mundo entero. En política, el desarrollo capitalista lleva al imperialismo, al dominio de los mercados y, por tanto, a las alianzas, a los bloques político-militares, para asegurarse el control de los mercados y para reforzarse frente a la competencia de otros Estados y de otras alianzas.

La misma historia del capitalismo demuestra que cualquier acuerdo entre países capitalistas, llamado a facilitar la circulación de mercancías, de capitales y de personas, y a crear alianzas que parecen de acero, puede saltar de un momento a otro por diversos motivos, pero en general siempre ligados a los intereses más profundos de los respectivos capitalismos nacionales. De la misma manera que si se tratara de capitalistas individuales, los Estados capitalistas tratan de hacer alianzas para enfrentarse, desde posiciones “más fuertes”, a la competencia en los mercados; para los Estados – tanto como para los trust – los intereses a defender a nivel internacional son cada vez más complejos, porque no se trata sólo de satisfacer las exportaciones y los negocios y de defender su volumen y continuidad en el tiempo, sino de imponerlos, y para ello se requiere, junto a la fuerza económica y financiera, la fuerza política y militar, aun cuando esta última, al menos entre potencias imperialistas, no se utiliza siempre en enfrentamientos directos.

Desde el fin de la segunda guerra imperialista en adelante, a parte de algunos periodos en los cuales los enfrentamientos entre los dos bloques político-militares, USA y URSS, amenazaban con convertirse en un enfrentamiento militar directo (en 1950 en la guerra de Corea, en 1962 por la presencia de misiles atómicos soviéticos en Cuba), no se ha llegado nunca a una crisis general de enfrentamiento inter-imperialista como para transformarse en crisis de guerra mundial; se ha asistido, eso sí, a un crecimiento considerable de guerras locales en todo el globo, en particular en Asia y en África (de la guerra civil en China en 1945-49, a la guerra en Indochina 1947-54, de la guerra de Corea en 1950-53 al golpe de Estado en Irán de 1953, o a la guerra en Argelia 1954-62, por no hablar de las guerras árabe-israelíes de 1956, 1967, 1973, 1982, de la guerra de Vietnam en 1963-1973 y la guerra civil libanesa de 1975-1990, la guerra entre Somalia y Etiopía de 1977-78, la intervención directa en Afganistán por parte de la URSS en 1979-80 y después de la coalición guiada por los Estados Unidos en 2001 y aún en desarrollo, y de la guerra euro-americana contra Serbia en 1991-92 y por la partición de la Yugoslavia, de aquella por el control de Iraq en 1990-91 y en el 2003 después de haberle apoyado en la guerra contra Irán de 1980-88, etc.). En cierta medida, además del desarrollo de la economía capitalista en otros países como China, Corea del Sur, la India, Brasil, Turquía, Indonesia, Sudáfrica, etc., la persistencia de guerras locales en las diversas “zonas tempestuosas” del mundo ha contribuido a dar aire a la economía de los países más industrializados, y esto, los capitalistas y los gobernantes burgueses lo saben muy bien. En la página internet de Morgan Stanley, uno de los principales bancos de

inversión americanos, el 11 de septiembre de 2001 se podía leer este pasaje: “*¿Qué cosa puede reducir drásticamente el déficit por cuenta corriente americano y, de esta manera, eliminar los riesgos más significativos para la economía de los Estados Unidos y para el dólar? La respuesta es: un acto de guerra. La última vez que los USA registraron un superávit por cuenta corriente fue en 1991, cuando la participación de otros países en los costes sostenidos por los Estados Unidos en la guerra del Golfo contribuyó a generar un avance de 3,7 millones de dólares*” (9). La fecha y la hora en la cual se ha escrito este reportaje son significativas: 11 de septiembre de 2001, entre las 7:30 y las 8:00 de la mañana (hora de Nueva York), es decir, una hora *antes* del atentado contra las Torres Gemelas; esto sólo puede querer decir una cosa: la guerra, para ser considerada como “respuesta” a tomar seriamente en consideración respecto a los intereses económicos e imperialistas estadounidenses, no tenía necesidad de ser justificada con un atentado terrorista de Al Qaeda...

Si bien por largo tiempo las guerras locales que han salpicado el curso de la vida de los imperialismos principales han visto como protagonistas directos o indirectos a las dos superpotencias, USA y URSS, la derrota del imperio ruso y el contemporáneo dimensionamiento de la potencia estadounidense han dejado espacio a otros actores que se han colocado tanto sobre el frente de la participación directa en expediciones militares, como en el caso de Irak o Afganistán, o en su apoyo a distancia, como es el caso de la guerra contra Serbia y de la desmembración de Yugoslavia, o en su abstención, como en el caso de la guerra en Libia, si no en oposición directa como es el caso de Siria. Y los nuevos actores son sobre todo los imperialismo de Alemania y China, objetivamente interesados ambos en enfrentarse a la política imperialista de los Estados Unidos, del Reino Unido y de Francia. Alemania se encuentra nuevamente, desde el punto de vista económico, como una potencia temible a nivel mundial, pero aún no dotada de la fuerza militar correspondiente a su fuerza económica y financiera y a las ambiciones de un imperialismo que históricamente ha priorizado dominar la Europa continental extendiendo su influencia al Este, hacia Rusia y el Próximo Oriente. Un imperialismo como el alemán no permanecerá por mucho tiempo a la ventana mirando las maniobras de otros imperialismos competidores que se preparan con el fin de un nuevo reparto del mundo. Deberá, llegado a un cierto punto, zafarse de la tutela militar de la OTAN, es decir, de los viejos aliados de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos-Francia-Reino Unido, y desarrollar su propio militarismo hacia la independencia y la libertad de acción necesarias para defender sus propios intereses en cualquier parte del mundo donde peligren, comenzando por Europa, que representa el segundo mercado mundial después de los Estados Unidos de América. Esto lleva a una consideración: el verdadero punto crítico de Europa, desde el punto de vista de la crisis de guerra, más que buscarlo en los países económicamente más débiles, hay que buscarlo en países más fuertes, sobre todo en Alemania que hoy, por relaciones de fuerza aún existentes, mientras se está convirtiendo en un gigante desde el punto de vista industrial y financiero, está aún condicionada a permanecer en un papel secundario desde el punto de vista militar.

**LA EXPANSIÓN CAPITALISTA
DE LA POST GUERRA VUELVE A LEVANTAR
A LAS POTENCIAS IMPERIALISTAS VENCIDAS
Y ABRE EL BANQUETE
A NUEVAS POTENCIAS EMERGENTES**

En los treinta años siguientes al fin de la Segunda Guerra Mundial, pese a todos aquellos que veían sobre todo un proceso continuo de decadencia del capitalismo, se ha asistido a una formidable expansión del capitalismo a nivel internacional, con una re-composición inevitable de las relaciones de fuerza entre las diversas potencias imperialistas. Bajo la capa “protectora” del condominio ruso-americano sobre el mundo, volvían a crecer económicamente los dos países, Alemania y Japón, que habían dado más problemas a las viejas potencias coloniales y a los Estados Unidos de América, y hacia los cuales se dirigían inversiones masivas de capital. La repartición del mundo, desde el punto de vista de la fuerza económica de cada potencia imperialista, desembocaba así en un camino que, en su desarrollo, se encontraba destinado a destruir de nuevo los equilibrios salidos de la Segunda Guerra Mundial. Si, por una parte la crisis mundial de sobreproducción de 1973-75, ha cerrado el largo ciclo de expansión capitalista de pos-guerra, por el otro, ha permitido una aceleración económica a países que en los veinte años siguientes ampliarán las bases para una expansión económica importante (repetimos: China sobre todo, pero también Corea del Sur, Brasil, México, Turquía, Irán, Sudáfrica, etc.), conduciendo además a la maduración de factores de crisis del dominio de Moscú sobre la “reserva de caza” euroasiática, dominio destinado a saltar entre 1989 y 1991.

El condominio ruso-americano sobre el mundo se fundaba sobre todo en las respectivas potencias militares (y nucleares), temibles ambas, pero era evidente que la potencia económica y financiera de los Estados Unidos de América sobrepasaba de lejos a la rusa, y a la cualquier otro país imperialista existente. Rusia, por su parte, pese a haber desarrollado la economía capitalista de manera históricamente acelerada, en los años de la contrarrevolución estaliniana y después, no podía y no habría podido nunca realizar el ilusorio y archi-falso objetivo de “alcanzar y superar”, en 1980, a la economía americana, que Krushev, en la visionaria y engañosa ideología de un comunismo mercantil, lanzaba desde el palco de los Congresos del PCUS. En realidad, para Rusia, bien sea para desarrollar el capitalismo nacional o para reforzar su dominio imperialista sobre su zona de influencia en el rol, compartido con los USA, de dominio imperialista sobre el mundo, era vital obtener inversiones masivas de capital que no podían llegar sino de los Estados Unidos principalmente, y de los países imperialistas europeos, Alemania sobre todo. Estos países, por otra parte, se encontraban a la búsqueda de mercados adonde exportar sus capitales: abrir el propio mercado nacional y los mercados representados por los países satélites de Europa del Este al dólar, al marco, a la esterlina, al franco francés, a la lira italiana y a sus respectivas implantaciones industriales, era la única cosa posible para el capitalismo ruso y para sus satélites. Pero la apertura de los territorios económicos dominados por el imperialismo ruso al capital de las potencias occidentales significaba no sólo convertir el llamado “telón de acero” en un auténtico colador, sino también importar de la manera más rápida y directa a su interior – hasta el momento separado del mercado occidental y protegido militarmente con el fin

de agilizar la acumulación de capital en Rusia – todas las contradicciones y los factores de crisis que el capitalismo más desarrollado estaba acumulando en el tiempo.

La apertura de los mercados del Este de Europa respondía, sustancialmente, a las exigencias de la conservación burguesa. Al inicio de los años setenta, cuando las primeras señales importantes de crisis capitalista estaban emergiendo, y se mantuvieron en Moscú y en Varsovia encuentros con Alemania y con los países occidentales, se puede leer, en el entonces periódico del partido, lo siguiente: *Asistimos a una “cerrada red de tentativas para exportar la crisis incipiente del capitalismo internacional, de las potencias occidentales hacia Oriente, y a Occidente desde Japón. De estas tentativas las potencias del llamado bloque ruso se esfuerzan en sacar ventajosas condiciones para consolidar sus respectivos negocios. Esta tentativa de solución “pacífica” de la crisis internacional, que recuerda todas las tentativas precedentes a las dos guerras mundiales, es de cualquier manera difícil y no está claro que deba lograrse o resolverse de manera rápida y satisfactoria para la conservación del régimen capitalista. Sin embargo está abierta también la puerta para la solución bélica, de la cual el ejemplo más conspicuo es el actual recrudecimiento del conflicto árabe-israelí [y se piensa también en el recrudecimiento de la guerra de Indochina]. El capitalismo es previsor. Rusia, el bloque ‘del este’ y China podrían jugar el papel de diferir la crisis capitalista general, absorbiéndola en el choque”: ejerciendo la función de mercados de salida, estos países habrían permitido retrasar el conflicto.* (10).

La previsión se ha demostrado exacta: las potencias imperialistas han continuado armándose para afrontar la crisis general capitalista sin excluir la guerra, pero al mismo tiempo han llevado a cabo intentos de abrir otros mercados para dar salida a las mercancías y a los capitales superabundantes en la única parte del mundo donde potencialmente pueden ser rentables: Rusia, el bloque de los países europeos orientales y China, el llamado, falsamente, “campo socialista”. La crisis general de 1975 no representó el detonador de la tercera guerra mundial porque, efectivamente, estos mercados permitieron evitar la solución de la guerra general, pero, al mismo tiempo, como hemos recordado arriba, provocó la extensión de la zona de conflicto imperialista en otros países del Medio y del Extremo Oriente y de África, aumentando y amplificando en realidad los factores de crisis para las próximas décadas.

Los enfrentamientos interimperialistas no se han atenuado, al contrario, se han agudizado todavía más. Y sería un error pensar que las potencias imperialistas dominantes desahogan sus tensiones y sus enfrentamientos sólo en la periferia de sus metrópolis. Es bien cierto que la explotación más bestial de las masas humanas y los conflictos armados que han salpicado todo el periodo que siguió al fin de la Segunda Guerra Mundial se han desarrollado sobre todo en los países capitalistas atrasados, en particular de Asia y de África, que han sufrido y sufren hambre, miseria y las devastaciones de la guerra; pero, bajo la aparente paz que reina en los países capitalistas desarrollados, Norteamérica, Europa y Japón, que son los mercados decisivos para el capitalismo mundial, tanto para las mercancías como para los capitales, están destinados no sólo a ser el lugar donde se generen y se desarrollen los factores de crisis internacional más importantes, sino a ser al mismo tiempo los protagonistas de la crisis capitalista general, mientras que Europa, en particular, podría volver

a ser, como el 1914 o 1939, el epicentro de la futura guerra mundial recreando las condiciones objetivas también para la futura crisis revolucionaria.

La base de los enfrentamientos entre las potencias imperialistas es siempre la misma: descomunal producción de mercancías y de capitales en busca de mercados donde realizar la valoración del capital (vulgarmente llamada producción de beneficio capitalista), y dificultad de encontrar salida para toda la cantidad de mercancías y de capitales producidos. Es inevitable, para el capitalismo, encontrarse con la crisis de sobreproducción en ciclos cada vez más cortos y con consecuencias siempre dramáticas a nivel económico y social. Para los capitalistas es cuestión de vida o muerte ejercer una presión constante sobre la clase asalariada, tanta que permita bajar los salarios y obtener del trabajo una productividad cada vez mayor, dado que es sobre estas bases que en el mercado ellos “vencen”, manteniendo y ampliando sus cuotas de venta y de inversión, sólo a expensas de los capitalistas competidores.

Para los proletarios, llamados por la peste oportunista a solidarizarse con su propios patrones, empeñados en la lucha de competencia con otros capitalistas, con el fin de defender los intereses de la empresa en la cual trabajan, pero de la cual pueden ser expulsados de un día para otro sin pre-aviso, es cuestión de vida o de muerte la resistencia cotidiana contra la presión capitalista, tanto en los lugares de trabajo como en la sociedad, y, por tanto, el rechazo a solidarizarse con los intereses patronales, luchando contra ellos y contra la competencia entre proletarios alimentada por cada capitalista y por todo gobierno burgués. Si para los capitalistas la cuestión vital es defender su patrimonio, su propio capital y las condiciones sociales (de dominio capitalista sobre la sociedad) que permiten la propiedad privada sobre los medios de producción y la apropiación privada de la producción social, ligando su supervivencia a la conservación social burguesa, para los proletarios la cuestión vital es defenderse de las condiciones sociales que les obligan a someterse a la explotación capitalista, al trabajo asalariado, manteniéndose como esclavos para la vida y la muerte de los intereses del beneficio capitalista que son los únicos que prosperan en la sociedad burguesa, en tiempos de paz como en tiempos de guerra.

Los enfrentamientos entre capitalistas en el mercado nacional se reproducen a nivel del Estado burgués que organiza su defensa general en los enfrentamientos con otros Estados en el mercado mundial: la defensa de cada empresa se transforma en regionalismo, en nacionalismo; la solidaridad con la empresa, que el capitalista pide a sus propios esclavos asalariados, se eleva a solidaridad nacional buscada en tiempos de paz a través de la propaganda democrática y pacifista, pero impuesta en tiempos de guerra con la ley marcial. Curso histórico que se repite sustancialmente, ya visto e interpretado por el marxismo que ha dado desde sus orígenes una respuesta: a la perspectiva de la conservación social, de los renovados y sistemáticamente destruidos ciclos productivos de mercancías y de capitales, de la persistencia de la esclavitud salarial hacia la cada vez más numerosa masa proletaria en el mundo, y de un desarrollo capitalista que inevitablemente acaba en la guerra de rapiña mundial, los comunistas oponen la perspectiva de la revolución proletaria que tiene por fin destruir un modo de producción que desde hace más de un siglo y medio devora energías y trabajo

humano inmolándolo al beneficio capitalista, y de liberar las fuerzas productivas de los vínculos y de las leyes del mercado y consignarlas a la organización racional de la producción para el consumo, para la sociedad de especie en la cual no existirá más la explotación del hombre por el hombre.

Los enfrentamientos entre los capitalismoes nacionales, tarde o temprano, se convierten en enfrentamientos bélicos. Esta evolución es inevitable en el proceso de desarrollo capitalista y es conocida por la clase burguesa dominante: por ello, con el aumento de los factores de crisis y de enfrentamiento entre los países imperialistas avanzados, aumenta el militarismo y el despotismo social, y se hace más aguda la necesidad de parte de las clases dominantes burguesas de un control social preventivo para el cual el papel de las fuerzas del colaboracionismo sindical y político resulta vital. Por lo tanto, no es por casualidad que precisamente las fuerzas socialdemócratas y del reformismo más vil hayan sido y sean aún los mayores defensores del mito de los Estados Unidos de Europa: objetivo, para repetir las palabras de Lenin, *imposible* de realizar en régimen capitalista, por lo tanto del todo falso si se entiende como solución pacífica de los enfrentamientos interimperialistas y como progreso económico y social de las naciones (¿se recuerda la “Europa de las patrias” de memoria gaullista?), o de las clases trabajadoras (¿se recuerda la “Europa de los trabajadores y de los ciudadanos” anhelada de los eurocomunistas Enrico Berlinguer, Santiago Carrillo y Georges Marchais?), pero objetivo del todo reaccionario si se realiza frente a la insistente ausencia de la lucha proletaria revolucionaria y con el fin de enfrentarse a la eventual agresión imperialista por parte de potencias extraeuropeas de América o del Extremo Oriente, quizá aliadas entre ellas. En cualquier caso, los Estados Unidos de Europa no fueron ayer, no son hoy y no serán mañana un objetivo revolucionario del proletariado como tampoco lo eran en tiempos de Lenin. “Desde luego – afirma Lenin – son posibles acuerdos temporales entre los capitalistas y entre las potencias. En este sentido son también posibles los Estados Unidos de Europa, como un acuerdo de los capitalistas europeos... ¿sobre qué? Solo sobre el modo de aplastar el socialismo en Europa, de defender juntos las colonias robadas contra el Japón y América, cuyos intereses están muy lesionados por la actual repartición de las colonias y que en los últimos cincuenta años se han fortalecido de un modo incommensurablemente más rápido que la Europa atrasada, monárquica, que ha comenzado a pudrirse de vieja” (11). Aquí Lenin subraya dos aspectos fundamentales de la alianza entre capitalistas y entre potencias capitalistas, aspectos que desaparecerán sólo con la victoria completa del proletariado revolucionario en todo el mundo: el primero consiste en hacer desaparecer todos unidos el movimiento de clase y revolucionario del proletariado (*el socialismo*), el único movimiento social y político que puede abatir el poder burgués; el segundo consiste en defender la propia zona de influencia, los propios territorios económicos sobre los cuales las potencias ejercitan su dominio (*las colonias usurpadas*) contra las potencias competidoras más temibles (en la época, Japón y América, hoy todavía lo son pero con el agravante de una potencia competidora más, China) que en el último periodo histórico se han reforzado mucho más que las potencias europeas.

Respecto a la consigna de Estados Unidos de Europa,

Lenin polémicamente lanza otra: los Estados Unidos del mundo, pero la caracteriza así: *“los Estados Unidos del mundo” (y no de Europa) constituyen la forma estatal de unificación y libertad de las naciones, forma que nosotros relacionamos con el socialismo, mientras la victoria del comunismo no traiga la desaparición definitiva de todo Estado, incluido el Estado democrático*”, pero, precisa inmediatamente que *“la consigna de los Estados Unidos del mundo, como consigna independiente, la de los Estados Unidos del mundo dudosamente sería justa, en primer lugar, porque se funde y, en segundo lugar, porque podría conducir a la falsa idea de la imposibilidad de la victoria del socialismo en un solo país* [¡atención!: por “victoria del socialismo en un solo país”, Lenin entiende victoria de la revolución socialista, es decir, echar abajo el poder burgués, destrucción del Estado burgués e instauración de la dictadura proletaria, y no “realización del socialismo en un solo país” como quiere interpretar el estalinismo], *y a una interpretación errónea de las relaciones de este país con los otros”* (12). Lenin es un formidable dialéctico y no pierde nunca la ocasión de ligar las leyes fundamentales del capitalismo descubiertas por el marxismo al programa revolucionario del proletariado. De hecho, continúa así: *“La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De aquí se deduce que es posible que el socialismo [la victoria de la revolución socialista] en unos triunfe primero en cuantos países capitalistas, o incluso en un solo país capitalista”*.

Esto significa que en todos los otros países del mundo, capitalistas avanzados o atrasados, se encuentra en el poder la clase burguesa contra la cual el socialismo, el poder conquistado por el proletariado revolucionario, debe luchar tanto para defender la victoria revolucionaria cuanto para sostener la lucha revolucionaria del proletariado de aquellos países que luchan por derrocar el poder burgués. La dictadura proletaria, una vez tomado el poder y destrozado el Estado burgués, sustituye a la dictadura de la burguesía imperialista y se impone en el territorio conquistado – que, por las vicisitudes ligadas a la marcha de la guerra de clase, puede no corresponderse con los confines precedentes del Estado burgués abatido – interviene en la economía del país o del territorio conquistado organizando la producción en sentido socialista y establece *“contra el resto del mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, levantando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando en caso necesario, incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados”* (13).

Por esta razón, el objetivo de la lucha revolucionaria del proletariado no podrá ser compartido jamás con las otras clases de la sociedad. Esto significa, al mismo tiempo, que los objetivos de las otras clases de la sociedad no son compartibles con la clase proletaria, puesto que son objetivos ligados exclusivamente a la conservación burguesa. Serán la fuerza del movimiento revolucionario del proletariado y la firmeza del partido revolucionario al guiarlo en todo el discurrir histórico característico de la crisis revolucionaria, los que atraerán a su campo a estratos sociales de la pequeña o mediana burguesía arruinadas por la crisis capitalista, en un proceso de ionización social por el cual las clases sociales y los grupos humanos que forman parte de ella se descomponen y se forman, enfrentándose en dos campos enemigos – el prole-

tario y el burgués – en una guerra que no reconoce y no tiene límites territoriales predefinidos porque es guerra entre clases y no entre Estados.

LA PRODUCCIÓN MANUFACTURERA, ÍNDICE DE LA FUERZA ECONÓMICA DE TODO PAÍS CAPITALISTA

La fuerza de la economía de un país se basa en la producción manufacturera, porque de su actividad se originan, como dice el mismo Centro de Estudios de la Patronal italiana, “las ganancias de productividad de todo el sistema económico, directa o indirectamente, a través de las innovaciones incorporadas a los bienes utilizados en el resto de la economía. [...] Del sector manufacturero, en particular para un país pobre en recursos naturales, provienen los bienes exportables que sirven para pagar las facturas energéticas y alimenticias y, en general, para financiar los bienes y servicios adquiridos en el extranjero. Por ello su importancia va mucho más allá de cuanto revelan las estadísticas sobre su aportación directa al valor añadido y a los puestos de trabajo de toda la economía” (14).

Y es precisamente observando el curso de la producción manufacturera de las primeras veinte economías del mundo, comparando el año 2010 con el 2000, por tanto el decenio que contiene dos ciclos de crisis económica mundial, que se pueden notar cambios importantes en las relaciones entre los diversos países. Se confirma el hecho de que los países asiáticos llamados “emergentes” (China, India, Corea del Sur, Indonesia, Taiwan y Tailandia) en el 2010, en su conjunto, han representado el 29,5% de la producción manufacturera total mundial. China, ella sola, ha destronado a los Estados Unidos, con un 21,7% contra el 15,6% de los USA, colocándose en lo más alto de la clasificación, pero lo más significativo es que las trayectorias de crecimiento de ambos países se han invertido completamente: en 2000 los Estados Unidos de América tenían el 24,8% de cuota de la producción manufacturera mundial contra el 8,3% de China; para los otros países la situación en el año 2000 era la siguiente: Japón 15,8%, Alemania 6,6%, Italia 4,1%, Francia 4%, Reino Unido 3,5%, seguidos de Corea del Sur 3,1%, Canadá y México 2,3%, España y Brasil 2%, India 1,8% y después el resto de países. En el año 2010 la situación general cambió nuevamente: China y Estados Unidos, primero y segundo, con sendas trayectorias completamente opuestas como hemos visto, ascendente la primera y descendente la segunda, ganando la primera 13,4 puntos de cuotas partiendo del año 2000 y perdiendo, la segunda, 9,2 puntos de cuotas en el mismo periodo. Japón continúa siendo la tercera potencia manufacturera mundial pero con un peso redimensionado porque pierde 6,7 puntos de cuota sobre 2000; pierden cuotas también los países europeos Alemania, Italia, Francia, Reino Unido y España, respectivamente -0,6, -0,7, -1, -1,5 y -0,2; pierde también Canadá que pasa del 2,3% en al 1,7% en 2010; mientras ganan puntos la India (+1,9%), Corea del Sur (0,4%), Brasil (+1,2), Rusia (+1,3). En la clasificación general del 2010, por tanto, China pasa a la cabeza superando a los EE.UU.; Japón se queda en tercera posición y Alemania en cuarta; India y Corea del Sur, quinta y sexta, superan a Italia que desciende al séptimo puesto, mientras Brasil se coloca en octava posición pasando, de golpe, a Reino Unido y Francia; Rusia, undécima, iguala al Reino Unido; seguidamente Canadá, Indonesia, México, Taiwan,

Países Bajos, Australia, Tailandia y Turquía, del 1,7% de cuota al 1%. Sobre el mercado mundial, por tanto, nuevos protagonistas (los llamados BRIC) pesan dos veces y media más de lo que pesaban en 2000 (30,6% en el 2010 contra el 12,8% del 2000) y esto sólo en diez años. Sin embargo, queda el hecho de que en la clasificación de los países más industrializados del mundo, según el parámetro normal de la producción manufacturera *per cápita*, a precios en dólares de 2010, los países del BRIC se encuentran aún muy alejados de los países avanzados: de hecho la primera es Alemania, con 25 mil dólares, seguida por Japón, con 24 mil, Corea del Sur que casi iguala a Japón, Italia, con 19 mil, Estados Unidos, con 18 mil y mucho más distanciados, Brasil y China con 5 mil, Rusia con 4 mil y la India con mil dólares.

La Unión Europea y América del Norte pierden cuotas importantes de mercado en el periodo de 2000-2010; la Unión Europea de los 27, que en el 2000, con un 27,1% estaba a la par con la cuotas norteamericana (USA y Canadá) de producción manufacturera mundial, cayó en 2010 a 23,5% contra el 17,3% de América del Norte, lo que se lee como una mejora respecto de la crisis de 2007-2010 también porque la exportación manufacturera hacia Asia Oriental, Medio Oriente y el África septentrional ha aumentado notablemente para Alemania, Italia y Francia.

Para confirmar cuanto se dice a propósito de los nuevos mercados que han contribuido y contribuyen a posponer el enfrentamiento entre las mayores potencias mundiales, veamos la marcha del comercio mundial país por país, por ejemplo en el periodo de 1983-2003 (importaciones y exportaciones, todo en millardos de dólares USA) según los últimos datos que tenemos a disposición:

China pasa de 43,5 de 1983 a 851 en 2003 (aumenta veinte veces más e iguala prácticamente a Japón; pero ya en 2005 la cuota era 1.422,1 superando cerca del 28% a Japón); los **Estados Unidos**, de 470,4 en 1983 pasan a 2.028,7 en 2003 (cuatro veces más; respecto a China, de un valor diez veces superior a sólo 2,4 veces; mientras que en 2005 llegaba a una cuota de 2.575,1 descendiendo 1,8 veces respecto a China en sólo dos años); **Alemania**, de 523,8 en 1983 (dato sólo para Alemania Occidental) pasa a 1.847,1, en 2003 (tres veces y media más, mientras que en 2005 mantiene la segunda posición mundial pero bajando a una cuota de 1.753,8); **Japón**, de 273 en 1983 a 855,4 en 2003 (aumentando más del triple, 2005 llegaba a una cuota de 1.111,8 siendo superado por China); **Francia**, de 380,9 de 1983 a 720,6 en 2003 (poco menos de dos veces más; en 2005 llega a una cuota de 910,4); **Gran Bretaña** de 201,2 de 1983 a 701,2 en 2003 (poco menos de tres veces y medio; en 2005 llega a una cuota de 887,2); **Italia**, de 185,7 de 1983 a 670 en 2003 (poco más de tres veces y medio; en 2005 llega a una cuota de 708,7) (15). La China es el único gran país que, en el periodo considerado, además de desarrollar con esfuerzo un mercado interno, sobre todo en las regiones marítimas orientales, ha desarrollado enormemente la producción para la exportación, acumulando entre tanto recursos financieros hasta el punto de sostener por ejemplo, junto con Japón, la deuda pública estadounidense, lo que quiere decir sostener su mercado principal; y ha sido hasta tal punto intensa la explotación de la fuerza de trabajo china que, en un decenio, el PIB chino ha escalado la clasificación de los Estados del mundo posicionándose en el segundo puesto – desbancando a Japón –

detrás de los EE.UU. (16). Sobre China vale la pena decir aún algo más: dado el retraso notable en la formación de un desarrollo industrial en el país entero y por tanto de un mercado interno comparable al europeo o norteamericano, resulta evidente que, desarrollando la producción sobre todo para la exportación – y sobre todo para la exportación a los mercados más ricos como es el europeo y el norteamericano – cualquier contracción de estos mercados provoca consecuencias negativas directas sobre el aparato productivo chino que, a su vez, repercute directamente sobre la clase obrera china ya de por sí bestialmente explotada y de cuyas revueltas llegan sólo escasas noticias. *Et pour cause!* (Y con razón!)

Otro dato interesante, y que revela cuanto decimos sobre los factores de retardo de la crisis general del capitalismo, se refiere al comercio mundial. Los últimos datos tomados en consideración por el Centro de Estudios de la Patronal italiana (17) son relativos a 2007 y a 2010, y se refieren a los primeros ocho exportadores manufactureros mundiales (China, EE.UU., Alemania, Japón, Países Bajos, Francia, Corea del Sur e Italia). La crisis de 2008-2010 y sus efectos “asimétricos”, como los llaman los expertos burgueses, sobre las economías de los diversos países y sobre los intercambios comerciales, han aumentado notablemente los intercambios con los llamados países emergentes, en particular hacia Asia y América centro meridional; y lo que sucedía, y aún sucede, para los países europeos está sucediendo también para la Asia extremo-oriental: dado el intenso desarrollo capitalista de ciertas áreas, los intercambios se están condensando en su interior, se están regionalizando. Un ejemplo evidente es el de China, Japón y Corea del Sur que aumentan considerablemente las exportaciones en Asia Oriental, pero también el de Francia e Italia, que aumentan sus respectivas cuotas de ventas en África septentrional. Esto supone que, en un futuro no muy lejano, además de Europa y Norte América, otras dos áreas, la asiático-oriental y la de África del norte, se convertirán en zonas críticas en cuanto áreas de llegada de las exportaciones manufactureras de los países más industrializados. Las áreas de conflicto capitalista, y por tanto imperialista, en lugar de disminuir, siguen aumentando.

La atención que los capitalistas mantienen sobre las economías de los países “emergentes” tiene entonces razones muy sólidas porque representan no sólo un factor de atenuación de los efectos potencialmente devastadores de la crisis mundial de sobre-producción, sino también un factor de compensación decisiva, sobre el breve periodo de hundimiento de algunos países respecto a otros.

Los 8 mayores exportadores manufactureros mundiales, por tanto, han encontrado fuera de sus mercados habituales – Europa y Norte América – mercados de salida importantes que han contribuido, por ejemplo, al crecimiento de los intercambios comerciales del 15,4% en 2010, compensando sobradamente la caída de 2009 que fue del 12,8%.

Asia Oriental: hacia esta área China, en 2010, ha mantenido la misma cuota de 2007 de su total de exportación manufacturera (26,4%), mientras ha visto reducir su cuota hacia la UE y Norte América respecto de 2007; los Estados Unidos han aumentado su cuota hacia América centro-meridional (25,8% en 2010, contra el 21,5% de 2007) pero también hacia Asia Oriental (22,6%, contra 22,3%) mientras ha caído su cuota hacia la UE y América del

Norte; también Alemania ha aumentado su peso hacia Asia Oriental (9,7% contra 7,8%) mientras disminuía la exportación hacia los habituales UE y América del Norte; para Japón el Asia Oriental está convirtiéndose en extremadamente determinante: cuenta hoy con el 53,9% contra el ya notable 45,6% de 2007.

Francia e Italia, decíamos, son los dos países, entre los 8, que más insisten en el África Septentrional, pero que también se proyectan de manera muy importante hacia el Asia Oriental: Francia con una cuota del 9,7% en 2010 contra el 7,8% de 2007 para Asia Oriental y un 3,7% contra el 3,1% para África Septentrional, mientras que Italia se valora con una cuota del 7,1% contra el 6,3% para Asia Oriental y un 4,1% contra el 2,8% para África Septentrional. Esto no quita que la UE represente para ambos el mercado principal también en 2010, no obstante una caída importante respecto a 2007: para Francia implica siempre el 60,6% de su exportación manufacturera (contra el 65,1% de 2007) y para Italia el 56,8% (contra el 59,8% de 2007); y cuentan mucho para ambos países europeos que no pertenecen a la UE: para Italia el 11,9% contra el 11,4% del 2007 y para Francia el 7,1% contra el 6,3%.

Los Países Bajos son por el contrario, más que el resto de competidores, dependientes de Europa, como siempre, aunque si ha caído como todos los otros respecto al 2007: 74,6% contra el 75,9%, pero se han desarrollado hacia el Asia Oriental, pasando del 4,4% de 2007 al 4,8% del 2010 y hacia el Medio Oriente, pasando del 2,1% al 2,2%. Para Corea del Norte, como ya se ha dicho, cuenta sobre todo Asia: para Asia Oriental en 2010 pasa al 50,8% del 47,9 de 2007, para el Asia Central pasa al 3,5% del 2,6% y para el Medio Oriente, del 4,6% al 4,9%, siempre en 2010.

Queda sin embargo un hecho: la disparidad entre los países económicamente más fuertes y el resto del mundo no se ha atenuado en el arco de los últimos treinta años; las tijeras entre los países industrializados y los países en desarrollo capitalista retardado se ha ampliado, y los datos de la producción manufacturera *per cápita*, que hemos expuesto arriba, lo demuestran claramente.

UNAS PALABRAS SOBRE ECONOMÍA CAPITALISTA Y CLASE DOMINANTE BURGUESA

La economía capitalista se funda sobre un modo de producción que pone en el centro de su existencia no sólo la acumulación de capital sino también su valoración. El capital, de esta manera, adquiere una “personalidad” y determina la actuación de quien lo posee; impone sus “leyes” de desarrollo reproduciendo a escala siempre más alta y vasta las contradicciones originales. Es el capital, por tanto el modo de producción capitalista, el que guía la actividad del capitalista y no al contrario; y lo mismo vale para el “capitalista colectivo” que es el Estado burgués. El capital no tiene moral, no es “bueno” o “malo”; funciona rigiéndose por leyes económicas que escapan al control de los capitalistas y de los gobernantes los cuales, si quieren mantener la posición privilegiada de los poseedores de capital y defender el modo de producción que les permite ser no sólo propietarios privados de los medios de producción sino también dueños privados de la producción social en su conjunto, no pueden hacer otra cosa que respetar estas leyes tratando de adecuar la política social a las exigencias del capital y de su constante valorización. Para los burgueses la ley del valor, repro-

puesta constantemente como “ley del mercado”, ha asumido la característica del poder sobrenatural, divino, que ejerce su *dominio* sobre toda la humanidad. La dictadura de clase con la cual la burguesía somete a toda la humanidad a las leyes “divinas” del valor, mistificada por los principios ideológicos de la democracia (libertad, igualdad y fraternidad) y escondida en la gigantesca ciénaga del mercado, toma siempre la apariencia de la “dictadura de los mercados” que cada día se vuelve más ruda y feroz, a medida que la economía se desarrolla. Hoy, no pasa día en el cual la propaganda burguesa, a través de la prensa, la televisión y cualquier otro medio, no se preocupe de dar noticias sobre la marcha de los mercados, de los índices bursátiles, de los planes financieros de los gobiernos o de los grandes grupos bancarios o industriales, de las cotizaciones del petróleo o de cualquier otra materia prima considerada vital para el capitalismo: la vida económica y social en el capitalismo depende de los mercados, de la lucha de competencia entre los capitalistas, de la fuerza económica y financiera de los países industrializados que representan los mercados más importantes, de los cuales depende la vida de miles de millones de hombres y mujeres, del grado de productividad y de competitividad de las mercancías de cualquier país, de la fuerza militar con la cual cada país y cada grupo de países aliados defienden sus propios intereses contra los intereses de los competidores. La propaganda burguesa no puede, por tanto, hacer otra cosa que difundir la idea de que el bienestar, la prosperidad, la vida misma dependen de la buena o mala marcha “de los mercados” y que el interés de *todos*, capitalistas, proletarios, burócratas, tenderos, curas, rentistas y *tutti quanti*, consiste en *colaborar* para que la economía, de la cual dependen directamente, sea lo más floreciente posible y tenga, en cualquier caso, que ser defendida cueste lo que cueste.

La tarea de la clase burguesa es la de dar el máximo desarrollo a la producción de mercancías y a la valorización de los capitales, a su libre y vasta circulación en el mercado, y de favorecer los intereses de sus propias *empresas* y del propio país sobre el cual se apoya su fuerza dominante, batiendo a la competencia sobre los mercados mediante el aumento de la productividad del trabajo y, por tanto, de la competitividad de sus mercancías y de sus capitales; y, cuando la competencia se hace más dura, a su fuerza económica une la fuerza militar. Pero toda clase burguesa dominante, que nace y permanece clase nacional, encontrándose en el mercado mundial con las otras clases burguesas nacionales, llega, en un cierto punto del desarrollo de la competencia, a aliarse con otras clases burguesas para aumentar su propia fuerza, sea en defensa de los intereses siempre más amplios y diversificados, sea de conquista de otros mercados sobre los cuales verter mercancías y capitales sobreproducidos.

Pero, al llegar a un cierto grado de desarrollo económico y de los mercados, las crisis económicas – comerciales, industriales o financieras – son inevitables, como ha demostrado la historia del capitalismo desde sus orígenes, y funcionan como aceleradores de acuerdos y alianzas en previsión de futuras crisis que deben ser afrontadas en posiciones de menor debilidad. Sin embargo, el problema de fondo permanece intacto, porque las contradicciones de la sociedad burguesa, cada vez más agudas y devastadoras, no están generadas por un mal gobierno político, sino por el propio capitalismo, por el modo de producción capitalista. No nos cansaremos nunca de re-

petir una de las conclusiones fundamentales de la crítica marxista: “*el verdadero límite de la producción capitalista es el capital mismo*” el hecho es que “*el capital, en su auto valorización, aparece como punto de partida y punto de llegada, motivo y fin de la producción*”, producción, “*que es sólo producción para el capital*” (Marx, *El Capital*, Libro III, Desarrollo de las contradicciones intrínsecas de la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia).

La noción de capital está constituida por la separación entre las condiciones de trabajo de una parte y los productores de la otra. Esta noción de capital “*como punto de partida tiene la acumulación originaria, continúa manifestándose como proceso constante en la acumulación y en la concentración del capital, y finalmente se manifiesta en la centralización de los capitales existentes ya en pocas manos y en la descapitalización [forma en la cual se manifiesta la expropiación NdR]. Este proceso tendría como consecuencia el llevar rápidamente la producción capitalista a la decadencia si otras tendencias opuestas no ejercitasen continuamente una acción centrífuga como contrapeso de la tendencia centrípeta*”. Por eso la centralización del capital, ampliada a escala general y mundial, trata de superar los límites y las contradicciones inherentes al mismo modo de producción, pero tiende a superarlas únicamente con “*medios que le contrapongan de nuevo, y a escala más imponente, estos mismos límites*” (18).

Establecido que la producción, en régimen capitalista, es producción para el capital y tomando en consideración la composición orgánica del capital – capital constante (medios de producción y materias primas) y capital variable (salarios) – la tendencia permanente al aumento progresivo de la parte constante sobre la parte variable se acentúa con el desarrollo creciente de la parte centralización y concentración del capital – esto es, como escribe Marx “*expropiación de muchos capitalistas por parte de pocos*” (19) –; tendencia cada vez más evidente en el estadio imperialista del capitalismo. La relación entre capital constante y capital variable va siempre más a favor del capital constante, pero esta relación manifiesta también la tendencia continua a la pauperización (la famosa miseria creciente). Al exceso de capital (capitales individuales destruidos por la competencia pero que son absorbidos por capitales más fuertes) hace de contrapeso un exceso de población (de población potencialmente activa que vive en los márgenes del proceso productivo, constituyendo el ejército industrial de reserva). El carácter contradictorio del capitalismo se evidencia con gran claridad, y Marx toma esta ocasión ulterior para sacar las consecuencias históricas: “*Con el número siempre decreciente de los magnates del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la presión, del sometimiento, de la degradación, de la explotación, pero crece también la rebelión de la clase proletaria cada día más numerosa y disciplinada, unida y organizada por el mismo mecanismo del proceso de producción capitalista. El monopolio del capital deviene un tropiezo al modo de producción que con eso y bajo eso ha prosperado. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en el cual devienen incompatibles con su envoltura capitalista. Este se rompe. Llega la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son*

expropiados.” (20)

El progreso económico de la sociedad no está, por ello, en la centralización capitalista, en el monopolio del capital, que sólo beneficia a los magnates del capital que son la parte mínima de la población humana (en los oídos de alguno podría resonar el grito de los “indignados” cuando dicen hablar en nombre del 99% contra el 1% que es dueño de toda la riqueza social...), sino en la destrucción de una sociedad en la cual domina el beneficio capitalista, al cual se sacrifican todas las energías vitales, para erigir sobre sus ruinas una sociedad que organice la producción no para el mercado sino para satisfacer las necesidades vitales de los hombre en armonía, bajo relaciones sociales no conflictivas como las basadas en la división de la sociedad en clases antagonistas y de la división del trabajo, y en relación orgánica y dialéctica con la naturaleza. La tendencia a la centralización, al monopolio, no ha resuelto las crisis que golpean cíclicamente la sociedad burguesa; así, si bien temporalmente el proceso de centralización económica y política parece, en ausencia de la lucha de clase y de la revolución proletaria, afrontar y superar la crisis, los medios que la clase burguesa dominante utiliza para superarlas (destrucción masiva de fuerzas productivas, conquista de nuevos mercados explotación más intensa de los anteriores, como dice el Manifiesto de 1848), no hace otra cosa que *preparar crisis más generales y violentas*, al mismo tiempo que *disminuir los medios para prevenirlas*.

EUROPA UNIDA, VIEJO MITO IMPERIALISTA, PUESTO NUEVAMENTE EN DISCUSIÓN POR LOS PROPIOS PAÍSES MIEMBROS

“*Teóricamente – escribíamos en 1962 (21)– la construcción de la Europa Unida se basa en el postulado de que se puede regular la producción por medios monetarios. Pero basta enunciar el postulado para ver su inconsistencia: ¿cómo se puede crear una unidad de producción superior (Europa) limitándose a construir un mercado? La dinámica de la economía capitalista no se encuentra determinada en todos sus momentos por la competencia entre empresarios, que es solo su aspecto más inmediato, o por la lucha entre naciones burguesas, en la cual la defensa del beneficio privado puede ceder ante la defensa de los intereses generales de la burguesía nacional. Las fuerzas productivas crean durante su desarrollo históricas determinadas relaciones entre los hombres, y la búsqueda del beneficio no es sino uno de los estadios alcanzados. La burguesía es, por lo tanto, la representación física de las relaciones capitalistas de producción dominantes que expresan el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Pero estas no pueden detenerse. Entre las mismas relaciones capitalistas, estas crecen hasta sobrepasar los angostos límites nacionales (la empresa local se convierte así en trust internacional). Esta tendencia a la socialización de los medios de producción, cuya solución no puede ser otra que la revolución social del proletariado, se realiza, en ausencia de esta última, en antítesis al cuadro nacional de los intereses generales de cada burguesía. Esta intenta superar las contradicciones con sus propios medios, tal como los múltiples acuerdos económicos que los Estados firman entre sí (unos contra otros). Áreas de libre comercio, Mercado Común, acuerdos interamericanos, consejos de cooperación económica entre los*

países “socialistas”, etc. Instrumentos mediante los cuales el capitalismo trata de regular la producción, creando lazos técnicos y financieros entre las diversas ramas económicas. Pero es evidente que realiza este objetivo a su manera porque en el acto mismo en que éste, mediante la división internacional del trabajo, superindustrializa una parte del globo, destruye la economía de regiones enteras llevándolas a la miseria y a la ruina. [...] Con la estipulación de acuerdos económicos y políticos, el antagonismo que opone a unas naciones burguesas contra otras, lejos de desaparecer, renace con una amplitud monstruosa en los bloques que hoy se enfrentan”; el hoy del artículo es 1962, en pleno condominio ruso-americano sobre el mundo y de tensiones entre los dos bloques que desembocarán, en los años 1989-1993, en la implosión de la URSS y en un reposicionamiento de los países de Europa del Este y balcánica en zonas de influencia modificadas y repartidas entre Rusia, Alemania y los Estados Unidos de América.

La burguesía imperialista más audaz, y suficientemente fuerte como para tratar de unir Europa con el único medio adecuado para realizar este objetivo – la fuerza militar –, ha sido la alemana que, después de ser privada de sus colonias a causa de la derrota que sufrió en la Primera Guerra Mundial, trató con el nazismo de hacer en Europa lo que Bismarck había hecho para la Alemania dividida en tantos pequeños Estados. La tentativa de Hitler de unir el occidente europeo superindustrializado al oriente europeo agrícola era la única – si hubiese vencido en la guerra mundial desencadenada en 1939 – que habría podido tener un sentido desde el punto de vista capitalista; al mismo tiempo, habría alzado el nivel de enfrentamiento a nivel mundial nuevamente con Gran Bretaña y los Estados Unidos, de un lado, y Rusia de otro. Si ya el imperialismo alemán en el periodo de entreguerras representaba, para el imperialismo británico y americano en particular un competidor muy peligroso contra el cual combatir, y con todos los medios, la Europa Unida bajo el talón de hierro alemán habría sido otro motivo de conflicto.

La derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial no ha “resuelto” el problema que supone el dinamismo y la vitalidad del imperialismo alemán y es por esto que inmediatamente después, en 1947, Gran Bretaña, en un intento de salvar la influencia mundial de las viejas potencias imperialistas y coloniales europeas, con el tratado de Bruselas, ha inspirado la constitución de la Unión Europea bajo su propia influencia para introducirse entre los dos monstruos de acero, Estados Unidos y la URSS, como *tercera fuerza*. Pero, la iniciativa del imperialismo ruso con el bloqueo de Berlín Oeste y la apertura de la fase de la llamada “guerra fría” entre EE.UU. y la URSS y sus respectivos bloques, además de las consistentes inversiones en dólares para la reconstrucción bélica, ha lanzado aún más a los europeos en brazos del imperialismo americano. La constitución de la OTAN es la demostración histórica de la “*abdicación de las viejas potencias occidentales frente a América y el declive de Europa como sede del dominio del mundo*” (22).

La posterior formación del Mercado Común Europeo y, después, la ampliación de la Unión Europea a un número cada vez mayor de países, fueron iniciativas que las viejas potencias europeas continentales han perseguido, aunado a la tentativa de ganar un papel y una posición en el mercado mundial, atenuando lo más posible la coloni-

zación americana que las inversiones masivas en dólares en la posguerra habían abierto. La ilusión que albergaban las aspiraciones de los capitalistas europeos, criticada con facilidad en nuestro artículo arriba citado, es la de poder llegar a una Europa unida a través de medios monetarios y acuerdos económicos entre bandidos, ha sobrevivido hasta llegar a la idea de la moneda única, el Euro. Y aquí volvemos a lo que hemos dicho al principio de este artículo, esto es, que a través de una serie de acuerdos económicos y de la constitución de alianzas entre los países europeos partícipes de esta aventura se hubiesen llegado ya a “*un alto grado de convergencia económica sostenible*”, gracias a la cual se podrá pasar a la unión bancaria con miras a la soñada integración política, de los Estados Unidos de Europa, sin recurrir a la guerra.

Pero aquí se evidencia la completa inconsistencia de la meta soñada. Y no sirve referirse a periodos históricos diferentes, basta observar qué ha sucedido y está sucediendo en torno al Euro. En 2010, aparecían las primeras señales de atenuación de la crisis mundial, y de reanudación económica al menos en algunos de los principales países occidentales (Estados Unidos, por ejemplo), en realidad ha creado importantes tensiones en las relaciones entre los países imperialistas más importantes del mundo, y ha puesto en marcha una crisis del Euro, de la cual ninguno de los gobiernos europeos consigue ver el fin. Las medidas económicas y sociales extremadamente duras impuestas por los países mas fuertes (Alemania sobre todo, pero también Francia, Holanda y los países del Norte de Europa) a los países en dificultades (Irlanda, Grecia, Portugal en primer lugar, pero, seguidos de España e Italia) para arribar sin perder tiempo a un equilibrio en sus balances presupuestarios estatales, demostrando claramente que entre los países de la Unión Europea, y en particular entre los países de la Zona Euro, no existen relaciones de solidaridad y de vecindad, sino solamente y solo relaciones de fuerza. La crisis que estamos atravesando desde hace casi cinco años – la previsión de los economistas burgueses habla de otros cinco años de crisis – es una crisis en la cual los viejos países imperialistas no sólo se la deben ver entre ellos – y esto quiere decir un cambio de dimensiones en las relaciones de fuerza entre Estados Unidos, Alemania, Japón, Francia, Gran Bretaña – sino que se deben enfrentar ahora con los emergentes, que en este último decenio han acumulado rápidamente un potencial industrial y financiero, relativos, ciertamente, pero suficientes como para convertirse al mismo tiempo en útiles mercados para las mercancías y capitales europeos y norteamericanos y en robustos competidores no sólo a nivel económico financiero, sino también a nivel político imperialista. Los conflictos interimperialistas, por tanto, se encuentran inexorablemente destinados a agudizarse y, antes o después, convertirse en conflictos armados.

Puede ser útil recordar la famosa tesis de Von Clausewitz: la guerra es la continuación de la política por otros medios y precisamente por medios militares. Si la política es imperialista, de dominio del capital financiero sobre el capital industrial, agrícola y comercial y de agresión a los mercados para lograr cuotas cada vez mayores de beneficio, la guerra que estalla siempre en el más alto grado de enfrentamiento entre competidores no puede ser otra cosa que una guerra imperialista: una guerra de rapiña y de dominio sobre territorios económicos tendencialmente siempre más amplios. Para parafrasear a Lenin se puede

decir que la paz no es sólo una tregua entre una guerra y la siguiente, sino que es siempre el periodo de *preparación* de la guerra imperialista

EL FUTURO ES COMUNISTA, NO CAPITALISTA

El modo de producción capitalista, siendo un modo de producción que se basa en el antagonismo de clase entre la clase burguesa dominante y la clase proletaria, estando esta última privada de cualquier propiedad salvo la de su propia fuerza de trabajo y estando constreñida a sobrevivir vendiéndola a los capitalistas, tiene como “referente” principal el mercado, es decir, el lugar en el cual las mercancías producidas y los capitales circulantes se intercambian: mercancías contra dinero, valor contra valor. Pero tal modo de producción para imponerse sobre los modos de producción precedentes y para mantenerse con vida tiene la necesidad de que la clase burguesa se constituya en clase dominante sobre la sociedad; la “sociedad” no es otra cosa que el país en el cual la clase burguesa toma violentamente el poder, expulsando a las viejas clases dominantes aristocráticas y defendiendo su nuevo poder militarmente, en confines bien precisos, con el fin de desarrollar en su interior el capitalismo, y por tanto el beneficio capitalista, explotando lo más intensa y directamente posibles a masas de hombres transformadas en trabajadores asalariados, en proletarios, en sin reservas, disponibles inevitablemente – para sobrevivir – para ser explotados en las empresas capitalistas según las exigencias de estas. Nacieron así las “naciones”, o mejor, los Estados nacionales que representan y defienden los intereses generales de la clase dominante burguesa. A las contradicciones sociales de fondo del modo de producción capitalista – el antagonismo de intereses de clase entre capitalistas y proletarios – se llega también, con el desarrollo del capitalismo en el mundo, y por tanto con la ampliación de la competencia y de los enfrentamientos entre capitalistas y capitalismo nacionales en el mercado mundial, también la contradicción entre el histórico e inevitable desarrollo de las fuerzas productivas y las formas entre las cuales están constreñidas los intereses de dominio de las clases dominantes burguesas. El desarrollo de las fuerzas productivas se rebela contra los límites de la empresa y los límites de la nación, límites de los cuales los burgueses no pueden salir porque son los que les permiten gestionar su dominio de clase sobre el país, o nación según se quiera decir, pero contra los cuales, al mismo tiempo, golpea con fuerza cada vez mayor el desarrollo de la socialización de los medios de producción.

Tal proceso de desarrollo extremadamente contradictorio exige históricamente una solución, y la única solución sólo la puede dar la revolución de la clase proletaria contra la clase burguesa para arrancarle de las manos el poder político, despedazar su Estado y destruir su dominio político instaurando su dictadura de clase, necesaria sobre dos frentes históricos: sobre el frente del dominio político con el cual la clase burguesa defiende su dominio económico y social, y sobre el frente de la revolución social para sustituir el modo de producción capitalista por el modo de producción socialista, en un primer estadio histórico, y después comunista, que corresponderá a una sociedad de especie en cuyo centro estarán no las necesidades del “mercado” sino las de los hombres, devenidos finalmente hombres, seres sociales, armónicamente unidos en la comunidad humana, en la cual las

fuerzas productivas no serán ya sacrificadas al dios dinero, a la ley del valor, al beneficio capitalista, al dominio de clase, a la explotación de la gran mayoría de los seres humanos por parte de una clase dominante, sino que serán libres de expresar su propia potencia y vitalidad en una sociedad racionalmente organizada en la cual cada uno dará según su propia capacidad y obtendrá según su propia necesidad.

Naturalmente, también la clase burguesa está sometida continuamente a los efectos de las contradicciones cada vez más agudas que el propio modo de producción y, por tanto, la propia sociedad, generan; esta se encuentra obligada a encontrar remedios; basta ver las peripecias legales o los hundimientos de la bolsa, o los altos y los bajos de los mercados por ejemplo inmobiliario o automovilístico, para entender que los mismos burgueses, por más esfuerzos que hagan con el fin de dar reglas a los “mercados” no logran controlarlos: antes o después las reglas saltan y los burgueses se vuelven a encontrar en el punto inicial, pero no tienen otra respuesta que aquella que ya han dado y que demuestra cada vez la impotencia efectiva respecto a la fuerza del modo de producción capitalista y a los efectos que difunde, sobre todo, en los periodos de crisis económica y financiera. Pueden cambiar los administradores delegados de las grandes empresas, los gobernantes, los dirigentes de los bancos o de las instituciones públicas, los consejeros o los presidentes: los problemas que surgen de las contradicciones inherentes al capitalismo se representan siempre, y en el largo tiempo se agudizan hasta el punto de que la crisis social se convierte en crisis política poniendo, objetivamente, el problema de una solución definitiva: o dictadura del capital o dictadura del proletariado.

Las crisis económicas capitalistas, en el estadio de desarrollo imperialista del capitalismo, son siempre crisis de sobreproducción y tienen siempre, objetivamente, un efecto devastador sobre las condiciones sociales de existencia de las grandes masas proletarias. De acuerdo con la experiencia más o menos enraizada de lucha clasista en las masas proletarias, dependiendo de la existencia o no de asociaciones económicas clasistas en las que las masas numerosas de proletarios son organizados y según la presencia activa e influyente del partido de clase del proletariado, la crisis económica capitalista puede tornarse en crisis social, durante la cual el proletariado rompe las cadenas con las cuales las fuerzas opresivas y represivas de la burguesía y del oportunismo político y sindical ata al movimiento de clase lanzado hacia objetivos revolucionarios: conquista del poder político y destrucción del Estado burgués que es la expresión organizada de la dictadura de clase burguesa, para instaurar su dictadura de clase y dirigir la sociedad entera hacia una economía superior. Este camino histórico está muy lejos del hoy en el cual, por lo general, se encuentra ausente la lucha de la clase proletaria, sobre todo en los países capitalistas determinantes, pero es el único hacia el cual el capitalismo, por su propio desarrollo, desembocará inevitablemente.

De las crisis capitalistas de los periodos históricos precedentes y del movimiento proletario de clase que aprovechó aquellas crisis para lanzar su “asalto al cielo”, también las clases burguesas nacionales han sacado lecciones muy importantes. Han comprendido que no están en condiciones de superar de una vez por todas las crisis económicas de su sistema social y que, por ello, deben

tener en cuenta que cíclicamente se presentan las crisis de su sistema económico, causando la ruina también de una parte de la clase burguesa y de las clases medias pequeñoburguesas, lanzando siempre a masas numerosas de proletarios a la desocupación y a la indigencia, situación esta que provoca reacciones violentas que, en presencia de los factores de clase que hemos recordado arriba, pueden dirigirse hacia el enfrentamiento de clase y, potencialmente, en circunstancias históricas favorables, hacia la revolución proletaria. Es exactamente este último peligro para el poder político el que la burguesía teme más que cualquier otro, porque sabe que el movimiento de clase revolucionario del proletariado es la única fuerza histórica que puede destruir su poder y la existencia misma de las bases económicas de su poder político. Una de las lecciones que las clases burguesas han sacado del periodo en el cual el proletariado revolucionario, guiado por su partido de clase internacional, sobre la oleada victoriosa de la revolución proletaria en Rusia en 1917 – en plena guerra mundial – estaba marchando a la cabeza del proletariado mundial hacia la revolución socialista, en Europa sobre todo, donde estaban presentes las raíces del movimiento de clase proletario y del comunismo revolucionario, para después irradiarse al mundo entero, una de las lecciones sacadas por la burguesía, decíamos, es la de deber preparar preventivamente una situación histórica de este tipo contando no sólo con el dominio económico y con la represión militar y policial, sino también con la más directa implicación de la clase proletaria en la “gestión” de las relaciones industriales entre organizaciones proletarias y organizaciones patronales. El fascismo encontró una fórmula que las democracias post-fascistas hicieron suya: la colaboración entre obreros y patronos a través del corporativismo; fórmula que fue impuesta dictatorialmente después de haber destruido los sindicatos rojos y los partidos proletarios, pero que sintetizaba muy bien los intereses de los capitalistas de tener a su disposición la masa de trabajadores asalariados, convencidos de participar en sus beneficios directos (los famosos amortiguadores sociales), en la buena marcha de la economía empresarial y, por tanto, de la economía nacional. En la práctica, el colaboracionismo entre obreros y patronos era el resultado de una política con la cual la dictadura burguesa transfería una parte de los beneficios capitalistas de los bolsillos burgueses a los bolsillos obreros [la llamada por la Izquierda “auto-limitación de la plusvalía” > atenuación de la explotación > atenuación de la lucha de clase, NdR].

La democracia pos-fascista ha heredado la implantación de esta política social, salvando la forma de la “libre organización política y sindical” y la actitud de las asociaciones patronales y de las asociaciones proletarias a concertar objetivos, medios y métodos para obtener el mejor resultado económico mejor tanto a nivel empresarial como nacional. La democracia pos-fascista ha servido de base al desarrollo de una oleada oportunista de tipo diferente: un tiempo eran las organizaciones proletarias de defensa inmediata, nacidas rojas y clasista, a ceder de cuando en cuando sobre el plano de la colaboración con la patronal y el gobierno burgués; con la victoria del fascismo los sindicatos rojos fueron destruidos, pero, con la sucesiva victoria de la democracia sobre el fascismo, estos sindicatos rojos no han renacido, pero fueron reemplazados por organizaciones de defensa inmediata (los sindicatos, por decirlo sintéticamente) organizados sobre bases directamente

colaboracionistas, que nosotros hemos llamado desde 1949 *sindicatos tricolores*. Mientras los partidos proletarios y comunistas auto-destruyeron sus propias características de clase a través de un proceso de degeneración que se desarrolló en el mismo interior de la Internacional Comunista, generado por tenaces residuos oportunistas radicados sobre todo en los jóvenes partidos comunistas europeos, salvo raras excepciones, como en el caso de la fundación del Partido Comunista de Italia que la corriente marxista intransigente – conocida como Izquierda comunista – llegó a dirigir durante algunos años.

El proletariado, por ello, después de la victoria de los imperialismos llamados democráticos contra los imperialismos llamados totalitarios, se encontró en condiciones históricas extremadamente peores que las que encontró después de la Comuna de París de 1871 o después de la primera guerra imperialista mundial. Desarmado políticamente y desarmado sobre el terreno de la defensa inmediata, el proletariado en Europa no ha tenido la fuerza, y aún le falta, para recuperar la formidable tradición clasista y revolucionaria del pasado, plegado como ha estado a los intereses de los capitalismos nacionales de las fuerzas del falso socialismo soviético, del falso comunismo maoísta, de la falsa “vía democrática” al socialismo. El pestilente colaboracionismo político cimentado por las ilusiones democráticas y por los sólidos privilegios sociales que obtiene todo tráfuga, se ha visto reflejado en el colaboracionismo económico y empresarial a través del cual los obreros de los países más avanzados han obtenido “mejoras” pero a costa de las masas proletarias siempre más numerosas de los países atrasados. La competencia entre proletarios no se desarrolla tanto entre proletarios del norte y proletarios del sur del mismo país, o entre proletarios de una categoría y de otra, hombres o mujeres o jóvenes y ancianos; se desarrolla sobre todo entre proletarios de un país contra proletarios originarios de otros países, sobre todo de los países atrasados de los cuales, precisamente a causa de las crisis económicas generadas por el desarrollo capitalista de los países más avanzados, enteras generaciones de proletarios se ven aún forzados a emigrar hacia las fábricas-galeras de Europa o de América.

Pero en el subsuelo económico de los países capitalistas más avanzados, y de los países de reciente industrialización, se están reaccumulando en la sociedad energías explosivas de tal magnitud que las clases dominantes burguesas, por muchos medios de presión y de represión que puedan utilizar, no evitarán. La certeza revolucionaria de los comunistas no se apoya sobre procesos de lucha de desarrollo automático, como si una gran crisis deba mecánicamente insitar a las grandes masas proletarias a la lucha por la revolución; tampoco se apoya en el ciclo de vida de una sola generación de proletarios. No importa si aún harán falta más generaciones de proletarios para acabar con el capitalismo y con la sociedad burguesa: la historia no la hace una sola generación de hombres. Las fuerzas sociales se parecen, en un cierto sentido, a las fuerzas de la naturaleza: un volcán puede permanecer dormido por mucho tiempo, pero forma parte de la tierra, y la tierra vive: llega un momento en el cual el magma de las vísceras del subsuelo logra juntar la fuerza suficientemente potente como para alcanzar la superficie terrestre y entonces nada puede pararlo. Los burgueses tiemblan al pensar que la marea roja proletaria hará saltar por los aires los recintos físicos e ideológicos dentro de

los cuales se ilusionan con volver eterno el obscuro sistema de privilegios y explotación. ¡Proletarios de todos los países, uníos! Es el grito de guerra de los comunistas desde 1848, pero la unión por la cual los comunistas luchan es la *unión de clase*, único terreno sobre el cual el proletariado mundial, y el proletariado

europeo en particular, por su historia pasada, podrá finalmente levantarse y combatir por una sociedad sin dinero, sin mercancías, sin explotación capitalista.

(traducido de nuestro órgano en italiano «il comunista»; N° 126-127; ottobre 2012)

* Se entiende por BTP, los Bonos del Tesoro Plurianuales que el Estado emite para financiarse; los bonos que se vencen en 10 años son confrontados con los Bonos del Tesoro alemán para determinar el famoso *spread*, es decir, su fiabilidad.

(1) La UEM fue constituida por los siguientes 11 países: Austria, Bélgica, Finlandia, Francia, Alemania, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Portugal y España. Un año después fue admitida también Grecia y, sucesivamente, Chipre, Estonia, Malta, Eslovaquia y Eslovenia. A día de hoy son 17 países, comprendidos los territorios de ultramar franceses y españoles. El Euro es también la moneda nacional para el Principado de Mónaco, la República de San Marino y la Ciudad del Vaticano, mientras en algunos países como Montenegro, Kosovo y Andorra circula de facto como moneda nacional.

(2) Estos países eran Bélgica, Francia, la República Federal Alemana, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos, a los cuales sucesivamente se unieron Dinamarca, Irlanda, Reino Unido en 1973, Grecia en 1981, España y Portugal en 1986, Austria, Finlandia y Suecia en 1995

(3) Cfr. Lenin, Sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa, 23 de agosto de 1915, Obras Completas, tomo 26. Editorial Progreso

(4) Ibidem

(5) Cfr. El artículo de A. Bordiga, United States of Europa, publicado en la revista teórica del Partido Comunista Internacionalista, «Prometeo», n° 14 de 1950

(6) Cfr. Lenin, Sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa,, cit.

(7) Ver United States of Europa, cit.

(8) Ibidem.

(9) Citado en «Borsa & Finanza», 15/9/2001. Cuando un país registra un déficit por cuenta corriente en su balance quiere decir que el valor de las importaciones supera el valor de las exportaciones, por lo tanto se endeuda con otros países.

(10) Ver artículo «El capitalismo en la mordaza de la crisis incipiente» en Il Programma Comunista, n° 2 de 1979 y el artículo «Guerra imperialista o revolución mundial», en el mismo periódico, n° 6 de 1971.

(11) Cfr. Lenin, Sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa, cit.

(12) Ibidem.

(13) Ibidem.

(14) Cfr. Centro Studi Confindustria, Scenari industriali, n. 2, junio 2011.

(15) Los datos estadísticos están sacados de los datos oficiales de cada país.

(16) Los datos del PIB (Producto Internacional cit.

(18) Cfr. K. Marx, El Capital, Libro III, Sección tercera, Ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio, capítulo XV, desarrollo de las contradicciones intrínsecas de la ley, Editorial Progreso, Moscú.

(19) Cfr. K. Marx, El Capital, Libro I, Cap. XXIV, La así llamada acumulación originaria, Sección séptima, Tendencia histórica de la acumulación capitalista, Editorial Progreso, Moscú.

(20) Ibidem,

(21) Ver artículo «El mito de la Europa Unida», Il Programma comunista, n° 11, 5 de junio de 1962, síntesis del artículo «Mercado Común y Europa Unida» aparecido en la revista teórica del Partido, Programme Comunista, n° 19, abril-junio de 1962

(22) Ibidem.

« Il comunista »

Organo del partito comunista
internazionale

No 129

Febbraio - Aprile 2013

- Dal pantano democratico non ver-
rà mai fuori la soluzione dei gravi
problemi di sopravvivenza del pro-
letariato. La lotta di classe è l'unica
via d'uscita!
- Il primo di maggio deve tornare ad
essere un giorno di lotta proletaria
classista e rivoluzionaria! La classe
dei proletari, anche solo per soprav-
vivere, deve lottare contro la classe
borghese e tutti coloro che vivono
sullo sfruttamento del lavoro sala-
riato. Solo la lotta proletaria di clas-
se è storicamente indirizzata a farla
finita con ogni sfruttamento dell'u-
omo sull'uomo, ogni oppressione,
ogni divisione di classe, rivoluzio-
nando da cima a fondo la società

capitalistica!

- La certezza del comunismo, su che
cosa si fonda?
- Lavoratori della logistica in scio-
pero: un esempio di ripresa dei mezzi
e metodi della lotta proletaria real-
mente efficaci contro gli interessi
dei padroni!
- Arduo lavoro di difesa delle linee
programmatiche, politiche, tattiche
e organizzative del Partito nella vi-
tale critica marxista dell'imperialismo
capitalista, nel bilancio dinamico del
movimento comunista internazio-
nale e nella prospettiva della futura
ripresa della lotta di classe (Riunio-
ne Generale di partito, Milano 15-16
dicembre 2012). Il Partito Comunista
Internazionale nel solco delle batta-
glie di classe della Sinistra Comuni-
sta e nel tormentato cammino della
formazione del partito di classe
- Alcuni cenni sulla Siria (4). La
Siria indipendente
- La donna e il socialismo di Au-
gust Bebel. La donna nel passato,

nel presente e nell'avvenire (II). La
donna nel presente

- Il clamore intorno al «matrimonio
per tutti»: una diversione antiproleta-
ria



La «cuestión china» (II)

1927 – 1937

Expulsado de los centros urbanos proletarios a causa de la derrota de 1927, el P.C.C. reorganiza sus fuerzas en las zonas agrarias del país, donde la oposición al régimen del Kuomintang era difícil de reprimir. Ya hemos visto cómo el P.C.C. se convirtió en el verdadero Kuomintang, el verdadero representante de la revolución nacional burguesa, y perdió todo carácter proletario y comunista. Naturalmente este siguió conservando la etiqueta de «partido proletario», pero nada en su política indica que haya seguido una línea rigurosamente conforme a los intereses de la clase proletaria. Al contrario, desde el mismo comienzo, subordinó su existencia y sus posibilidades de victoria a la capacidad de zigzaguear hábilmente entre los diversos intereses de clases antagónicas que se mueven en el campo y este imperativo de «unidad nacional» y de «bloque de clases», lo que equivalía a sacrificar los intereses de los campesinos pobres y del proletariado a las exigencias de la formación de un Estado nacional independiente, y esto es lo que caracteriza toda su política hasta la toma del poder en 1949. Es natural, y en nada contradice lo que hemos sostenido hasta aquí, que aún con esta base política el P.C.C. haya logrado movilizar al campesinado así como a la pequeña burguesía rural y urbana, convirtiéndose estas en su verdadera base social. Por un lado, el proletariado chino había sufrido una derrota demasiado vergonzosa para relevarse rápidamente en tanto que clase autónoma. Por otra parte, durante este periodo, la degeneración del Estado ruso y del movimiento comunista a escala mundial alcanzaba su punto culminante: la perspectiva de la dictadura del proletariado y de la revolución mundial desaparecía completamente bajo una serie de derrotas concretas y bajo una total deformación de los principios mismos sobre los cuales el movimiento comunista se había fundado. Por el hecho de alianza natural

entre la contrarrevolución burguesa y traición estaliniana, cuyos efectos en China ya hemos mostrado y la victoria de esta alianza a escala mundial, el proletariado se vio forzado a dejar la escena de la historia en tanto que clase luego de haber jugado un rol de primer plano durante la década anterior. La perspectiva comunista continuaba siendo el patrimonio de vanguardias obstinadas, tal como la Izquierda italiana, la defenderán y restaurarán no en previsión de victorias inmediatas sobre el enemigo burgués que de ahora en adelante aplastaría al proletariado bajo su talón de hierro, sino en vista a una reanudación que, por muy lejana que se encontrara esta perspectiva, necesariamente deberá producirse. Por tanto, en lo inmediato, y durante todo un periodo, el proletariado y su programa comunista estaban vencidos; lo que quería decir que durante todo un periodo histórico los movimientos de lucha en el mundo entero debían subordinarse a la dirección de la burguesía victoriosa. Las masas campesinas y el proletariado chinos mismos, sufrirán igualmente esta sumisión; y fue el P.C.C. que, sobre el plan del programa y la organización, la realizó. Por otra parte, el P.C.C. realizaba, dentro de los límites burgueses que hemos definidos, el programa de liberación y unificación del país que el Kuomintang, atemorizado por un proletariado en acción, había abandonado completamente. Frente al Kuomintang totalmente sometido a los intereses del imperialismo mundial y de la burguesía compradora, desencadenando campañas de despilfarros y saqueos de todas las riquezas del país en beneficio de los imperialistas, e incapaz de defender el territorio nacional contra la invasión japonesa, el P.C.C. aparecía necesariamente como el representante de los intereses «populares» en China. Y si el P.C.C. sacrificó cien veces los intereses de los campesinos pobres y los proletarios a la burguesía china, era

siempre preferible e incluso «revolucionario» con respecto a las represiones, en los baños de sangre, al saqueo sistemático y al innoble servilismo del Kuomintang. Estas consideraciones explican las razones por las cuales la política del P.C.C., que nunca tuvo algo de comunista, encontró sin embargo el total apoyo en la campaña china de las masas campesinas y pudo, en 1930, gracias a este apoyo, someter a su control armado a una cierta cantidad de territorio que defendió durante varios años frente a los asaltos repetidos de las tropas del Kuomintang. Este territorio cuyas dimensiones variaba según los resultados militares de las «tropas comunistas», fue llamado «república soviética», aun si esta tuviera poco de soviético. Es en este territorio que el P.C.C. realizó su política agraria que no se caracterizó como comunista y proletaria, sino como un partido burgués moderado. Los soviets del «territorio soviético» no representaban sino simples formas vacías, dado que su contenido seguramente no respondía a los intereses del campesinado pobre como escribía Mao Tse-tung, a finales de 1928, en un informe al CC del P.C.C.: *«Los órganos del Poder popular a niveles de distrito, territorio y cantón se han establecido en todas partes, pero su nombre no corresponde a la realidad. En muchos lugares no existe el consejo de representantes de obreros, campesinos y soldados. Los comités ejecutivos de cantón, de territorio y hasta de distrito han sido elegidos en algún tipo de reuniones de masas. Tales reuniones, convocadas improvisadamente, no pueden ni discutir los problemas ni contribuir a la preparación política de las masas. Más aún, son muy susceptibles de ser manipuladas por intelectuales y arribistas (...) Al principio, los pequeños terratenientes y campesinos ricos bregaron por introducirse en los comités ejecutivos, sobre todo a nivel de cantón. Poniéndose brazaletes rojos y simulando entusiasmo, se infiltraban arteramente en los comités ejecuti-*

vos, lo acaparaban todo en sus manos y relegaban a segundo plano a los miembros provenientes del campesinado pobre». (Obras Escogidas, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1972, § «El problema de los órganos del poder», t. I, p. 42).

En la cuestión agraria, la perspectiva proletaria de nacionalización de la tierra como base y punto de partido de una revolución radical en las relaciones de producción fue abandonada completamente. En el periodo de 1925-1927, la necesidad de la nacionalización de la tierra como base de la revolución agraria era comúnmente reconocida incluso por el Kuomintang, quien había prometido en palabras realizarla, cuando este ejerciera el poder en toda la China. La reivindicación de la nacionalización de la tierra figura en el programa de la Comuna de Cantón de 1927, y aún en 1928, el VIº Congreso del P.C.C. reconocía la «imposibilidad de resolver la cuestión agraria siguiendo la vía reformista burguesa, mediante pequeñas concesiones al campesinado acomodado y a los granjeros, ante el hecho de la predominancia de la pequeña hacienda que ni siquiera puede soportar una disminución de los alquileres e igualmente del hecho de la falta de fondos agrarios de maniobras»

La solución de la nacionalización del suelo era la única medida verdaderamente revolucionaria en China e incluso la única medida posible, dadas las condiciones de la agricultura china: en primer lugar, la necesidad de un control centralizado y por lo tanto estatal de la red hidráulica; en segundo lugar, la predominancia de la pequeña propiedad, que impedía toda repartición igualitaria de la tierra; en tercer lugar, el hecho mismo que la mayoría absoluta de la población agrícola estaba constituida de asalariados agrícolas y campesinos sin tierra. Como ya lo hemos indicado, en China el número de las grandes haciendas pertenecientes al Estado o a la Iglesia era muy reducido y, en 1929, no representaban sino el 6,7% de la superficie total cultivada, mientras que el 93,3% estaba a manos de propietarios privados. Faltaba entonces una propiedad feudal a distribuir de forma igualitaria; tal distribución devenía una pura ilusión y un peligro real para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas. En 1940, el ministerio de la agricultura chino aportaba los datos siguientes: para toda la China, 94 millones de hectáreas cultivadas por 329 millones

de campesinos repartidos en 63.200.000 de explotaciones agrícolas, es decir 0,28 de promedio por persona y 1,48 de hectáreas por explotación. En el sur de la China (región de cultivo de arroz) la parcelización era todavía más grande que en el norte. Repartir la tierra en esas condiciones habría significado condenar a muerte la agricultura china e impedir toda posibilidad de desarrollo de las fuerzas productivas; está claro, que, en efecto, las familias chinas (5 personas promedio) viviendo sobre 1,48 de hectáreas de tierra llegan apenas a producir lo necesario para su propio consumo, e incluso a veces no llegaban ni a esto. De esto resulta que la nacionalización del suelo es la única medida que, por la transferencia de la renta de la tierra al Estado y la concentración de la propiedad del suelo, pueda constituir la base para la formación de una agricultura moderna. Pero sostener esta reivindicación habría significado desencadenar la lucha de clase en el campo, apoyarse directamente en la mayoría campesina sin tierra y de los pequeños granjeros contra los campesinos medios y los campesinos ricos y contra los grandes hacendados. Esta línea, la de una reforma agraria radical, no podía ser llevada a cabo por un partido que veía en las revueltas campesinas y en el armamento del campo solo un medio para realizar la unificación e independencia del país. El P.C.C. renegó su programa agrario, tal como el Kuomintang lo había hecho, y en lugar de desencadenar la lucha de clases en el campo, se esforzó más bien en reprimirla, plegándose, por una parte, a las ilusiones de los campesinos sobre la repartición igualitaria, y por otra, oponiéndose a los «excesos» del campesinado pobre, es decir, prometiendo el reparto de las tierras y oponiéndose a esto mismo cuando los campesinos tomaban en serio dicho reparto y espontáneamente lo ponían en práctica. A partir de 1931, el congreso pan-chino de las repúblicas «soviéticas» adoptó una ley agraria que no contenía ya la reivindicación de la nacionalización, aun cuando permaneció como la más radical de todas las realizadas hasta 1950; luego de la conquista del poder. La ley de 1931 estipulaba:

- 1) La confiscación de todas las tierras de los grandes hacendados.
- 2) Su distribución igualitaria.
- 3) La libertad para los campesinos de vender, alquilar o transmitir por herencia las tierras recibidas.

La ley agraria de 1931 afirmaba que

«la nacionalización del suelo no era posible sino con la victoria de la revolución en las regiones más importantes de China y con el apoyo activo del campesinado en esta reivindicación». Aparte del hecho que la nacionalización del suelo no fue siquiera proclamada luego de la toma del poder, este era el punto de vista del Kuomintang en 1922. En el Iº Congreso de los trabajadores de Extremo Oriente, el representante de los bolcheviques Safarov, remarcaba: «Según las declaraciones del representante del Kuomintang, el gobierno del Sur preveía la nacionalización de la tierra, pero ese proyecto no fue ejecutado por la sencilla razón de que ella exige un sistema uniforme y debe ser realizado en toda la república china. Ante todo es necesario, según el Kuomintang, barrer el territorio chino de los imperialistas y de los «Señores de la Guerra» y de instaurar la democracia en China. Esta no es una manera correcta de abordar el problema... Para los campesinos del Sur, la cuestión de la nacionalización no puede ser arreglada desde arriba con medidas administrativas; para ellos es una necesidad vital. Por tanto debemos realizar esta medida revolucionaria aunque sea en una pequeña parte del país para mostrar a los campesinos chinos que viven en un territorio ocupado por las fuerzas enemigas que allí donde el régimen democrático ha sido establecido, los campesinos viven mil veces mejor. Sin una clara comprensión de este punto, sin una actitud correcta en la cuestión agraria, las grandes masas no se pueden poner de nuestro lado en la lucha». Como vemos, las posiciones del Kuomintang se han convertido en las posiciones del P.C.C. en 1931. Además, como la ley de 1931, provocó la reacción de los países ricos, quienes comenzaron a sabotear la producción en las zonas «soviéticas». Mao mismo se volvió el portavoz de sus intereses y en la conferencia de Tsuni, en 1935, logra que las medidas, no obstante moderadas, de la reforma agraria fuesen aún más limitadas, y defiende el principio de reparto no igualitario, sino según el equipamiento agrícola, medida que tendía evidentemente a favorecer a los campesinos ricos, poseedores de instrumentos y de stocks contra los campesinos pobres.

En octubre de 1934, bajo los feroces golpes del Kuomintang, los ejércitos del P.C.C. se ven obligados a abandonar el Sur de China: esta es la famosa «larga marcha». En el Norte son

formados otros nuevos territorios «soviéticos», pero en 1937, después de la invasión japonesa una tregua se establece entre el P.C.C. y el Kuomintang para combatir a los invasores. El P.C.C. disuelve su gobierno y reorganiza su ejército que se conviene en parte integrante del ejército nacional. En nombre de la unidad nacional contra los japoneses, las medidas de confiscación de las tierras son abandonadas y reemplazadas por la política de baja de alquileres. Prácticamente los comunistas no hicieron sino poner en ejecución las disposiciones legales de Chiang Kai Check que prohibían exigir alquileres por encima del 37% del producto de la cosecha. Veamos cómo justifica Mao, en 1941, este abandono ulterior de toda medida radical incluso en el sentido burgués de la palabra: *«La línea táctica actual del partido presenta una diferencia de principio con la anterior. En aquella época, luchábamos contra los grandes hacendados y la burguesía contrarrevolucionaria; hoy, nos aliamos con todos aquellos que, entre los grandes hacendados en la burguesía, no se han opuesto a la Resistencia»*. (Obras escogidas en francés, Ediciones de Pekín, 1968, III, p. 10). En 1942, el CC del P.C.C. se expresaba en los siguientes términos: *«La política del partido consiste en ayudar a los campesinos reduciendo la explotación feudal, sin por lo tanto eliminarla completamente. Debemos garantizar a los propietarios sus libertades cívicas, los derechos de propiedad, sus derechos políticos y económicos para ganar a toda su clase a nuestra lucha contra los japoneses»*.

El frente nacional se mantendrá en pie durante muy poco tiempo, en vistas de que el Kuomintang se propondrá a ceder a los japoneses para poder combatir a los «comunistas», pero el partido comunista no cesará jamás de proponer y realizar ese «frente» de manera unilateral y sacrificara en él todas las reivindicaciones del campesinado. No cabe la menor duda que esta política del P.C.C., entre otras cosas, retrasó por muchos años la caída de Chiang Kai-Chek y la unificación de la China. Si en 1937, con vistas al frente nacional anti-japonés, el P.C.C. se había plegado totalmente a la perspectiva burguesa, afirmando: «los Tres Principios del Pueblo», enunciados por el Dr. Sun «representan la base suprema de la China de hoy. Nuestro partido está presto a hacer todo lo posible por sostenerle», en

1945 y después en 1946, cuando la derrota de los japoneses era inminente, el P.C.C. tendió la mano al Kuomintang con vistas a una unificación «pacífica» del país; y es después que se da cuenta que ningún salvamento era posible que desencadena la guerra civil que debería coincidir muy rápidamente a la disolución de este organismo corrompido que representaba el gobierno de Chiang.

Durante el curso de ese periodo el P.C.C. no solo dejó de emprender una política comunista tendiente a sublevar a los campesinos pobres contras los grandes hacendados teniendo como meta la nacionalización de la tierra así como la reanudación de la lucha de clase tanto en las ciudades como en los campos, sino que tampoco llevó a cabo una política burguesa radical sacrificando siempre los intereses sociales de las masas campesinas al moderantismo más estrecho y a la más ineficaz con respecto a la lucha por la unificación de la China. De la nacionalización de la tierra al reparto

LA NUEVA DEMOCRACIA

En 1949, tras una campaña militar, pese a la ayuda americana, la armada del Kuomintang se había derretido como nieve bajo el sol, al mismo tiempo que el P.C.C. toma el poder y unifica a la China. Pero, ¿qué poder se instaura? ¿A qué clase pertenece el poder? La fórmula utilizada por el P.C.C. es la de «nueva democracia»; según los comunistas chinos, el poder se funda en el bloque de las «cuatro clases» cuyos intereses son y deben ser solidarios; no se trata de dictadura burguesa pero tampoco de dictadura del proletariado, sino de una «nueva democracia» basada en el «pueblo» a excepción de los campesinos ricos y de la burguesía compradora. Las cuatro clases, proletariado, campesinos, pequeña burguesía y burguesía nacional, en conjunto gestionan el poder; las contradicciones y los conflictos que se presentan entre estas cuatro clases son, según la definición de Mao, «contradicciones en el seno del pueblo», conflictos secundarios sobre la base de intereses comunes como era la necesidad de construir el gran Estado chino.

Veamos en qué términos se expresa Mao cuando habla del gobierno de «nueva democracia»:

«Hay quienes se preguntan si los comunistas chinos, una vez en el Poder, no implantarán una dictadura

igualitario, del reparto igualitario al reparto establecido según las capacidades productivas para no indisponer a los campesinos ricos, de este reparto a la simple baja de los alquileres para conciliar a los campesinos ricos. Paralelamente, toda una serie de treguas y vacilaciones en la lucha contra el Kuomintang para tratar de lograr la unificación del país sin desencadenar grandes movimientos de masas y sin tocar las relaciones sociales ni las relaciones de producción; es esta línea política moderada incluso desde el punto de vista burgués, que siguió el partido que pretende hoy [estamos en 1965, NdR] representar el Comunismo a los ojos del proletariado mundial; desde todo punto de vista este partido se presenta como un partido pequeño-burgués, alimentado en el plano teórico y programático por ilusiones propias al campesinado, siempre dispuesto a ceder a la fracción más reaccionaria de la burguesía en nombre del «interés superior de la patria».

del proletariado y un gobierno unitarista, siguiendo el ejemplo de Rusia. Nuestra respuesta es que un Estado de nueva democracia, basado en la alianza de las diversas clases democráticas, es por principio distinto de un Estado socialista de dictadura del proletariado. Está fuera de duda que el régimen de nueva democracia, que preconizamos, se erigirá bajo la dirección del proletariado, bajo la dirección del Partido Comunista; no obstante, a lo largo de la etapa de la nueva democracia, no puede y, por lo tanto, no debe haber en China una dictadura de una sola clase ni un gobierno de un solo partido». (*Sobre el gobierno de coalición*), Obras escogidas, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1972, tomo III, p. 110).

¿No hay pues dictadura de una sola clase? ¿Entonces es toda la concepción marxista del Estado que se derrumba! Desde el «Manifiesto del Partido Comunista» de 1848, los marxistas han sostenido que el Estado es justamente «el órgano de dominación de una clase determinada» y que el Estado dejará de existir cuando desaparezcan las clases. En todas las revoluciones burguesas clásicas en Europa obtuvimos la dominación burguesa, aun siendo realizada bajo una forma democrática; en la revolución

rusa el proletariado había establecido su dictadura. La burguesía clásica había efectivamente gobernado contando frecuentemente con el apoyo de la pequeña burguesía y los campesinos, pero siempre según **sus** propios intereses de clase; para Rusia, Lenin había previsto en 1905 la posibilidad de una dictadura «democrática» de obreros y campesinos, a sabiendas que esto significaba claramente que el proletariado con el **apoyo** de los campesinos pobres habría establecido su dominación **sobre** la burguesía. En cuanto a la China y a los países atrasados, las tesis de 1920 preveían que el proletariado tomaría el poder **contra** los ricos hacendados, apoyándose en las masas de campesinos sin tierra estrechamente vinculados a la dictadura proletaria de los países avanzados. **Pero un Estado donde el proletariado, los campesinos pobres y la pequeña burguesía dominan con la burguesía, el marxismo y la historia de luchas de clases no lo han conocido nunca.** En realidad un Estado semejante no es más que una mixtificación pequeño-burguesa tipo «**Estado de todo el pueblo**», de la que se burlaba Engels, y esconde pura y simplemente la dominación de la burguesía. El Estado de la nueva democracia es un Estado burgués en que las tareas de desarrollo del modo de producción capitalista son llevadas a cabo no por la burguesía como clase social, sino por el Estado que representa los intereses «nacionales», es decir, los intereses del desarrollo capitalista; el Estado, en el papel de capitalista general, representa en China los intereses del capitalismo mundial frente a una clase burguesa de débil desarrollo; y este Estado capitalista se hace pasar por el Estado de **todas** las clases del pueblo.

Ni dictadura de una clase sobre las otras clases de la sociedad, ni oposición irreductible entre proletariado y burguesía, sino alianza entre las clases en nombre del interés supremo de la «nación»; ¿podía soñar con algo mejor la burguesía de los países imperialistas? ¿Marchais o Rothschild jamás hubiesen encontrado una mejor fórmula para salvar al sistema capitalista, como la de Mao en 1945!:

«Naturalmente, entre estas clases no dejarán de existir contradicciones, siendo una de las más evidentes la contradicción entre el trabajo y el capital. Por lo tanto, cada una de estas clases tendrá demandas propias. Sería una hipocresía y un error negar la existencia de esas contra-

dicciones y demandas. Pero, a lo largo de toda la etapa de nueva democracia, esas contradicciones y demandas no pueden ni deben prevalecer sobre las demandas comunes». (op. cit., p. 108). La tarea específica de un Estado burgués jamás ha sido definida tan claramente: no debemos permitir que las reivindicaciones particulares de una clase salgan del cuadro de las reivindicaciones generales. El Estado burgués existe justamente para impedir que las reivindicaciones específicas de la clase proletaria no salgan del cuadro general de las relaciones de producción burguesas.

El «programa concreto» de Mao es tan límpido como la preocupación general que lo anima: «*Bajo el régimen de nueva democracia, se aplicará la política destinada a reajustar los intereses del Trabajo y del Capital. De una parte, los intereses de los obreros estarán protegidos; se adoptará la jornada de trabajo de 8 a 10 horas según las circunstancias, se acordará a los desempleados seguros apropiados, se introducirán en la medida que convenga las seguridades sociales y se preservarán los derechos sindicales. De otra parte, se garantizará a las empresas de Estado, a las empresas privadas y a las cooperativas los beneficios legítimos de una gestión racional. Así, el sector público y el sector privado, el Trabajo y el Capital contribuirán de concierto al desarrollo de la producción industrial*» (Œuvres choisies, en francés, Ed. de Pekín, 1968, t.III, p. 269).

Entonces, ¿Cuál clase ha vencido en China? Como dice el propio Mao: «*Los Tres Principios del Pueblo*» revolucionarios del Dr. Sun Yat-sen, abandonados por los reaccionarios del Kuomintang, fueron llevados adelante por el pueblo chino, el Partido Comunista y otros demócratas» (op. cit. p.), más aún, «*la economía de la nueva democracia, que propugna-*

mos, también concuerda con los principios del Dr. Sun Yat-sen. Por lo que respecta a la cuestión agraria éste último avanzó el principio: «La tierra para el que la trabaja». En lo referente a la industria y el comercio, este declara en el Manifiesto del Ier Congreso nacional del Kuomintang: «Todas las empresas, pertenecientes a chinos o extranjeros, que fueren de carácter monopolista o demasiado grandes para la administración privada, tales como bancos, ferrocarriles y líneas aéreas, serán administradas por el Estado, con el fin de que el capital privado no pueda dominar la vida material del pueblo; éste es el sentido fundamental de la limitación del capital. En la etapa actual, estamos completamente de acuerdo con los planteamientos del Dr. Sun Yat-sen sobre los problemas económicos (...) Hay quienes sospechan que los comunistas chinos nos oponemos al desarrollo de la iniciativa individual, al desarrollo del capital privado, a la protección de la propiedad privada; pero están equivocados. Son la opresión extranjera y la feudal las que obstaculizan sin piedad el desarrollo de la iniciativa individual del pueblo chino, obstruyen el desarrollo del capital privado, y destruyen la propiedad de las amplias masas populares. La misión del sistema de nueva democracia, que preconizamos, consiste precisamente en eliminar esos obstáculos y detener esa destrucción, garantizar a las amplias masas populares la posibilidad de desarrollar libremente su iniciativa individual dentro de los marcos de la vida en la sociedad, garantizar el libre desarrollo de una economía privada capitalista que no pueda «dominar la vida material del pueblo», sino que la beneficie, y proteger toda propiedad privada legítimamente adquirida». (Obras Escogidas, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1972, t. III, p.p. 99-109).

EL PROBLEMA DEL PODER DE ESTADO EN CHINA

Antes de proseguir nuestra descripción de los eventos que se desarrollaron en China después de 1949, es necesario notar que para llegar a una correcta interpretación de la revolución china, es preciso primero hacer justicia de un trágico malentendido fundado en una mixtificación innoble. Puesto que los «comunistas» chinos afirman que en China existe un poder político proletario, el

primer imbécil venido o el oportunista consciente, pueden retrocar: todo eso que Ud dice es bien bonito, pero ya que el proletariado está en el poder debemos inclinarnos a la realidad concreta (caballo de batalla del oportunismo de siempre) y reconocer que el poder proletario en China ha debido actuar en condiciones «originales» que le impedian seguir las directivas del marxismo, válidas

para la Europa del siglo pasado; vuestro análisis, bien documentado por demás, se revela entonces como «doctrinario y abstracto».

Tanto al imbécil, como al oportunista consciente, responderemos que todo nuestro análisis tiende justamente a demostrar que no es el proletariado quien está en el poder en China, sino la burguesía, personificada no tanto por sus representantes físicos,

sino por el **Estado Nacional chino**, que encarna los intereses del desarrollo del modo de producción capitalista (independencia y unificación del país, acumulación del capital, defensa de China como Estado nacional al lado de otros Estados nacionales, represión de todo movimiento proletario autónomo, etc.), intereses que inspiran desde siempre la política del partido de Mao.

LA POSICIÓN DE STALIN

La teoría de la revolución «por etapas» es exactamente lo opuesto a la posición marxista que, como hemos mostrado, era la base de la táctica de la Internacional Comunista en 1920. Esta teoría tiene también una larga tradición: es esta misma teoría que sostenían los mencheviques en Rusia y la burguesía demócrata en China. En efecto, admitir que, en una revolución nacional, el proletariado no puede tener sino la función de apoyar al movimiento burgués hasta el final del conflicto, es la doctrina típica de la burguesía, puesto que significa: 1° destruir el vínculo entre el proletariado de un país dado y el proletariado mundial, y ver en la revolución proletaria, necesariamente internacional, un hecho de carácter nacional; 2° someter los intereses de clase del proletariado a los de la burguesía afirmando que es esta la única clase capaz de llevar por buen camino la revolución nacional.

El marxismo siempre ha reconocido la necesidad de la revolución burguesa, es decir una conmoción que tenga por fin inmediato la destrucción de poderes pre-capitalistas y de modos de producción atrasados y así dar nacimiento a las relaciones de producción modernas donde el proletariado que tiene necesidad de estas nuevas relaciones podrá desarrollarse en su propio terreno y combatir contra la dominación del Capital y por la sociedad socialista. Pero el marxismo jamás ha planteado este problema de manera abstracta, y siempre lo ha resuelto por medio del análisis de las fuerzas reales puestas en juego. Es muy importante restablecer los fundamentos de la doctrina marxista sobre el problema de la táctica en las revoluciones burguesas y en las revoluciones nacionales puesto que estos nos aportarían la clave que permite comprender los eventos en China, y de saber cuál clase ha conquistado el poder y lo detenta hoy en China.

El proletariado tiene interés en la

destrucción radical de las relaciones de producción capitalistas que constituyen la base real de su desarrollo como clase de la premisa de la futura sociedad socialista. Es por ello que, en los países en que la revolución burguesa se encuentra a la orden del día (es decir, el derrocamiento de las clases y Estados pre-capitalistas, así como derrumbar los obstáculos que impiden el desarrollo de las fuerzas productivas modernas), el proletariado, en la medida en que existe, participa activamente en la revolución, aun si esta no significa todavía una lucha por sus objetivos de clase específicos, sino una lucha «contra los enemigos de sus enemigos». En esta lucha participan otras clases y capas sociales que tienen interés en liberarse de la opresión, de condiciones retrógradas: la pequeña burguesía urbana, los campesinos, la burguesía misma.

¿Cuál debe ser la actitud del proletariado delante de estas fuerzas que se colocan también en el terreno **revolucionario** para alcanzar sus propios objetivos? Marx en 1848 y 1850 para Alemania, Lenin desde 1895 para la Rusia, la Internacional Comunista en 1920 para todas las revoluciones nacionales y anti-coloniales, han trazado una línea neta y precisa para la clase proletaria: el proletariado debe apoyar al movimiento democrático revolucionario burgués (en la medida en que es efectivamente revolucionario), pero sin olvidar un instante su carácter limitado y el hecho de que apenas la revolución se haya realizado, los intereses de las diferentes clases sociales entrarán directa e inmediatamente en conflicto con los intereses del proletariado; los aliados de ayer se convertirán en los enemigos de hoy, y el proletariado deberá volver a tomar las armas contra la dominación burguesa. Es por ello que el proletariado debe guardar, a todo precio y en toda situación, su autonomía **política** y organizativa, teórica y práctica, y

convencerse que todas las otras capas sociales se detendrán y esforzarán en detener el movimiento revolucionario a partir del momento en que estas hayan o crean haber alcanzado sus objetivos, y que deberá continuar SOLO, la lucha—su lucha—para abatir la dominación capitalista.

Tal es el único sentido que tiene la política conducida por los bolcheviques, tal es la posición de Lenin. La famosa alianza entre el proletariado y los campesinos que según los oportunistas y según los «maoístas» mismos sería el gran descubrimiento del «leninismo» y que en Lenin es en efecto una **convergencia en la lucha** no tiene otro significado más que esta: en una situación en que dominan relaciones económicas feudales o pre-capitalistas en general, las masas campesinas y sobre todo los campesinos pobres y sin tierra son revolucionarios **en la medida en que** tienden a quebrantar por la violencia estas relaciones para acceder a la libre propiedad campesina; **en esta situación** (y solamente en esta situación), el proletariado apoya al movimiento campesino, siempre a condición de que este emplee métodos revolucionarios y persigue objetivos revolucionarios, empujando «la revolución burguesa hasta el fin», es decir hasta el límite en que la convergencia se vuelva divergencia abierta y donde la clase obrera se esforzará de injertar sobre el tronco de la revolución burguesa llevada hasta sus últimas consecuencias su propia revolución, «la revolución sucia», no ya la revolución de la «fraternidad universal», sino la del arreglo de cuentas entre capital y trabajo, no ya la revolución anti-feudal, sino la revolución anti-capitalista.

Para Lenin, pues, la convergencia del proletariado y del movimiento democrático burgués en la lucha contra el antiguo régimen es un hecho **temporal**, y limitada a los países en que la revolución burguesa está todavía a la orden del día; esta no concierne en ningún aspecto a los países donde la revolución burguesa (es decir, la instauración de relaciones de producción capitalista) hace tiempo que ha sido realizada y donde el proletariado no lucha sino por sí mismo, por el comunismo, y **no tiene ningún aliado**; mientras que en los países atrasados su perspectiva **final** es la de la «revolución doble», es decir, de la revolución burguesa que se transforma en revolución proletaria. Así, según la posición marxista correcta, la que Lenin y la

Internacional Comunista siempre han sostenido, la lucha del proletariado de cada país está indisolublemente ligada a la lucha del proletariado internacional, que constituye su propia clase. En los países atrasados, un apoyo **temporal** le puede venir de las masas campesinas y pequeño-burguesas, solamente por objetivos comprendidos en los límites de las reivindicaciones nacionales y democráticas.

Esto quiere decir que para nosotros hay que trazar el camino histórico real, para definir exactamente las tareas del proletariado en las áreas «atrasadas». Las tesis de Lenin sobre este sujeto son perfectamente claras: habiendo establecido que el proletariado debe en toda circunstancia guardar y defender la autonomía, tanto de su programa cuanto de su organización con respecto a los movimientos democráticos, Lenin niega que la burguesía de estos países pueda y quiera llevar hasta los límites su propia revolución; afirma que sólo el proletariado, colocándose a la cabeza de las masas pobres, puede trastocar radicalmente las relaciones sociales pre-capitalistas y barrer los obstáculos que le crearán necesariamente la nueva clase en lucha por la conquista del poder, pronta a aliarse con sus propios adversarios del viejo régimen, si es preciso, por miedo a que la situación se le escape y pase a manos de los proletarios – los mismos a los que la burguesía **ha debido** llamar para combatir el viejo régimen feudal, pero de los que teme su entrada en escena por objetivos autónomos, como en 1848 en Francia, Austria, y también en Alemania.

Los proletarios deben saber de antemano que, ante el espectro de la «segunda revolución», la burguesía se esforzará por resolver el problema del derrumbe de las relaciones pre-capitalistas de la manera más anodina, pacífica y mezquina posibles, y que no vacilará en lanzar contra ellos sus fuerzas del orden para impedirles emprender su «salto al cielo». Desde 1848, Marx indica como única posibilidad de triunfo de la revolución BURGUESA en Alemania la alianza del proletariado con los campesinos **bajo la dirección política del proletariado**. Para Marx, y más tarde para Lenin, está muy claro que en el cuadro internacional de las relaciones entre clases, la burguesía de los países todavía dominados por relaciones de producción pre-capitalistas siempre preferirá un compromiso con las antiguas clases dominantes locales, antes que dejarse desbordar

por la clase obrera a la cabeza de los campesinos, y que no vacilará en todas las circunstancias posibles de ejercer una presión *preventiva* sobre el movimiento proletario organizado. Desde 1898, en «Las tareas de los social-demócratas rusos [los comunistas revolucionarios de la época, NdR]», Lenin indica claramente la perspectiva de la revolución doble, declarando que la actividad «*democrática*» del Partido en Rusia está ligada indisolublemente a su actividad socialista: «*Convencidos de que, hoy en día, solo la doctrina del socialismo científico y de la lucha de clases puede ser la teoría revolucionaria, los socialdemócratas rusos la difundirán con todas sus fuerzas y la defenderán contra todas las tergiversaciones; se dirigirán contra todas las tentativas de volver a encadenar el movimiento obrero joven aún de Rusia a confusas doctrinas*», (Lenin defiende, pues, la independencia programática, teórica y práctica del proletariado **no obstante este se encuentre cumpliendo tareas democráticas**: ¡qué diferencia con la posición del Partido Comunista chino que, en los años 20, hizo de las ilusiones burguesas de Sun Yat-sen su programa final!).

Lenin explica luego que, en la lucha por el socialismo, el proletariado está completamente solo (es decir, **únicamente** atado al proletariado internacional), mientras, en la lucha por la democracia, este encuentra aliados transitorios en ciertos elementos esenciales de la oposición política al absolutismo: «*Al lado del proletariado también existen elementos de oposición a la burguesía, o de clases cultivadas, de la pequeña burguesía, o de nacionalidades, religiones, sectas, etc. perseguidas por el absolutismo (...) El apoyo [que le acuerdan los social-demócratas, es decir, los comunistas rusos] no supone ni requiere compromiso alguno con los programas y los principios no social-demócratas: es el apoyo de un aliado contra un enemigo determinado. Si los social-demócratas prestan su apoyo, lo hacen para apurar la caída del enemigo común, no esperannada para si mismos de estos aliados temporales, tampoco les hacen concesión alguna (...). Al mismo tiempo que muestra la solidaridad que une estos grupos de oposición a los obreros, los social-demócratas pondrán en primer lugar a los obreros; se esforzarán en explicar el carácter **provisorio y condicional** de esta solidaridad; su-*

brayarán siempre que el proletariado es una clase aparte y que mañana puede encontrarse opuesta a los aliados del presente. Se nos dirá: «Esta precisión debilitará a todos aquellos que combaten actualmente por la libertad política». Esta precisión, responderemos, fortalecerá a todos aquellos que combaten por la libertad política. Solamente son fuertes aquellos combatientes que se apoyan en intereses reales, es decir, de clases determinadas; y todo escamoteo de estos intereses de clase, que juegan hasta hoy un rol preponderante en la sociedad moderna, no hará sino debilitar a los combatientes. Primer punto. Y, en segundo lugar, en la lucha contra el absolutismo, la clase obrera debe apartarse, en vista de que es el único enemigo consecuente hasta las últimas consecuencias, e irreductible del absolutismo; es entre ella sola y el absolutismo que los compromisos son imposibles» (Lenin, «Oeuvres», en francés, T. 2, p.p. 338-341).

En 1914, en el ensayo «*Del derecho de las naciones a su autodeterminación*», Lenin retoma en términos perfectamente marxistas la cuestión de la actitud del proletariado hacia las revoluciones burguesas y las luchas nacionales. Después de haber explicado que el periodo de las revoluciones nacionales burguesas en Europa se había terminado en 1870, y que desde entonces, en esta área geográfica, el proletariado no puede dar su apoyo a otras clases, cuando este apoyo es necesario, aun de manera provisoria, en los países que no han realizado todavía esta revolución, Lenin afirma que: «*El proletariado está en contra de semejante practicismo [el de la burguesía nacional, NdR]: reconociendo la igualdad en derechos y un derecho igual a constituir un Estado nacional, toma por encima de todo la alianza de los proletarios de todas las naciones y aprecia **bajo el ángulo de la lucha de clase de los obreros** toda reivindicación nacional, toda separación nacional. La consigna del practicismo es de hecho la adhesión acrítica a las aspiraciones burguesas*». Y más adelante: «*Los intereses de la clase obrera y de su lucha contra el capitalismo exigen la solidaridad más completa y estricta de todas las naciones, exigen que una respuesta sea dada a la política nacionalista de la burguesía de la nacionalidad que sea*». (op. cit, T. 20; p.p. 434-448, itálicas y negritas nuestras).

LA POSICIÓN DE LA INTERNACIONAL

Luego de la primera guerra mundial, la victoria proletaria en Rusia y la formación de la III^o Internacional ponen en primer plano a escala mundial la lucha revolucionaria del proletariado y dan a los pueblos coloniales de África y Asia un punto de referencia en el Estado proletario. Las posiciones de los comunistas sobre la cuestión nacional y colonial confirman plenamente las de Lenin y los bolcheviques. Mejor aún, esta perspectiva tiene ahora la posibilidad de ponerse en práctica: el proletariado y su partido deben por tanto **acentuar** su carácter autónomo e independiente al mismo tiempo que apoya el movimiento **nacionalista revolucionario** burgués y pequeño-burgués. Las tesis de Lenin de 1920 tallan estas posiciones de manera neta y precisa. Declaran ante todo que no se debe tener confianza en las ilusiones democráticas sobre la posibilidad de una igualdad de las naciones y de su efectiva liberación del yugo colonial en régimen capitalista. La tesis n^o 2 afirma:

«El partido comunista, intérprete consciente del proletariado en lucha contra el yugo de la burguesía, debe considerar como formando la piedra angular de la cuestión nacional no de principios abstractos y formales, sino: 1^o) una noción clara de las circunstancias históricas y económicas; 2^o) la disociación precisa de los intereses de clases oprimidas, de los trabajadores, de los explotados, con respecto a la concepción general de los sedicentes intereses nacionales que significan en realidad los intereses de las clases dominantes». La tesis n^o 2 insiste en la alianza entre el proletariado de los países industrializados y las masas trabajadoras de los países dependientes: *«La Liga de las Naciones y la política de la Entente en su conjunto no hacen sino confirmar este hecho [que las democracias occidentales son los peores opresores de los pueblos coloniales, NdR] y desarrollar la acción revolucionaria del proletariado de los países avanzados y de las masas laboriosas de los países colonizados o sometidos, apresurando la bancarrota de las ilusiones nacionales de la pequeña burguesía en cuanto a la posibilidad de una apacible vecindad y de una verdadera igualdad de las naciones bajo el régimen capitalista».* La tesis n^o 4 concluye: *«De lo que precede se desprende que*

la piedra angular de la política de la Internacional Comunista en la cuestión nacional y colonial debe ser la aproximación de los proletarios y trabajadores de todas las naciones en su lucha común contra las clases propietarias y burguesas. En vista de que este acercamiento es la sola garantía de nuestra victoria sobre el capitalismo, sin la cual no pueden ser abolidas ni las opresiones nacionales ni las desigualdades».

La necesidad absoluta de un movimiento independiente del proletariado y campesinado pobre con respecto al movimiento democrático burgués de liberación nacional y de la confluencia de este movimiento con el proletariado internacional viene recordada con insistencia en el quinto párrafo de la tesis n^o 11: *«Es necesario combatir enérgicamente las tentativas hechas por movimientos emancipadores, que en realidad no son ni comunistas ni revolucionarios, para enarbolar los colores comunistas; la Internacional Comunista no debe sostener a los movimientos revolucionarios en las colonias y países atrasados sino a condición de que los elementos de los futuros partidos comunistas – y comunistas en los hechos – sean reunidos e instruidos en sus tareas particulares, es decir, de su misión de combatir el movimiento burgués y democrático. La Internacional Comunista debe entrar en relación provisoria y formar así una unión con los movimientos revolucionarios de las colonias y países atrasados, pero, sin jamás fusionar con ellos, conservando siempre el carácter independiente del proletariado, aun cuando este se encuentre en estado embrionario»* («Quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale Communiste» (en francés), reed. Maspéro, p.p. 57-58, itálicas y negritas nuestras).

A través de estas citas nos hemos esforzados en volver a trazar la línea que siempre ha caracterizado la posición de los marxistas con respecto a los movimientos revolucionarios democráticos de los países coloniales y dependientes. Pero a partir de lo que hemos dicho podemos inferir claramente que la revolución china se encuentra fuera y opuesta a esta perspectiva, e incluso la vuelta totalmente. Primero Stalin, y después Mao, han sido la expresión más típica de la dirección burguesa de una

revolución nacional, y de la sumisión de los objetivos y fuerzas organizadas de la clase obrera a esta dirección burguesa.

Esta posición corresponde exactamente al gradualismo reformista de los partidos oportunistas de Europa occidental, que afirmaban que al proletariado le era necesario llevar a término la revolución burguesa «inacabada» por medio de luchas por reformas. No es por azar que Lenin siempre ha puesto a los mencheviques rusos a la par de los social-demócratas derechistas de Occidente, compartiendo la misma desviación, derivada de la influencia pequeño-burguesa sobre el proletariado. Interpretación errónea de la teoría marxista, esta posición expresa los intereses de la burguesía en el campo del proletariado, sosteniendo la tesis de que en los países en que la revolución burguesa se encuentra a la orden del día, le corresponde a la burguesía ejercer su dirección, y, es solamente después que esta haya cumplido con sus tareas democráticas que se podía comenzar a considerar la idea de derrocarla. Allí donde por el contrario la burguesía concluye sus tareas revolucionarias, se declara que esta no ha sido bien hecha y que el proletariado debe esperar la realización de reformas para después tomar el poder. Esta táctica, aplicada a la China por la Internacional ahora sometida totalmente al Estado ruso, tuvo por efecto, como hemos visto, la destrucción del movimiento proletario y la derrota de 1925-1927. No se trata de ninguna manera de encontrar un culpable en la persona de Stalin, sino de reconocer una línea política, y de mostrar a qué intereses de clase obedece. Sólo cuando hayamos demostrado esto, podremos responder igualmente a la cuestión: «¿Quién detenta el poder en China?»

Desde 1911, la burguesía china había mostrado que temía más al movimiento de masas proletarias y del campesinado que a la dominación del imperialismo mundial y de los «Señores de la guerra». Una vez instaurada la república, Sun Yat-sen pone el poder en manos de uno de estos Señores, y durante la primera guerra mundial la burguesía china «revolucionaria» se contentó con implorar la benevolencia del imperialismo. Después de la guerra todas sus esperanzas fueron evidentemente perdidas; pero, durante ese tiempo, la ola de la revolución proletaria había comenzado a sacudir también a la China.; después de 1920, se desarrolló un potente movimiento

de lucha del proletariado, completamente autónomo y dirigido por un partido comunista pequeño en número pero bien aguerrido, mientras que la tensión aumentaba en las masas campesinas reducidas a la miseria. Está claro que en tal situación la eliminación de la dominación imperialista y la unificación del país, tareas específicamente burguesas, estaban a la orden del día. Pero, ¿podía la burguesía china llevarlas a cabo? Igual si esto fuese posible (como Stalin afirmó), el proletariado debía a todo precio conservar su autonomía de organización y programa con respecto al movimiento democrático, y, aun reconociendo la necesidad inmediata de apoyar la lucha por la unificación del país, debió prepararse para ir más lejos y combatir su propia burguesía vinculándose al proletariado internacional y a la Rusia soviética. Que la burguesía china fuera más o menos revolucionaria, de todas formas el proletariado debía apoyarla, pero JAMÁS someterse a ella. Las tesis de Lenin y de la Internacional son muy claras sobre este punto, pero en realidad la burguesía china estaba indisolublemente ligada al imperialismo y a los «Señores de la guerra» y temía por sobre todo al movimiento de masas. Sabía que el movimiento del proletariado y del campesinado pobre, una vez iniciado no se habría detenido en la simple reivindicación de independencia y unidad nacional, sino que habría continuado apoyándose en esta hacia la reforma agraria y la dictadura del proletariado. Pero, alcanzar el objetivo nacional, sin la movilización de las masas proletarias y campesinas, era imposible. Ante este dilema la burguesía china y su partido eran completamente impotentes y esperaban salir de este bajo el acuerdo diplomático con las potencias imperialistas. La burguesía fue la primera en tener miedo cuando, en 1925, los obreros de Cantón comenzaron a moverse y pasaron a la vanguardia del movimiento, e impuso condiciones draconianas a la Internacional: sumisión completa del proletariado, renuncia absoluta, en nombre de la unificación nacional, a toda reivindicación particular de clase, disolución del partido comunista chino. La contrarrevolución que había triunfado en Europa y estaba a punto de abatir al Estado proletario en Rusia vino a socorrer a la burguesía china por intermedio de la diplomacia rusa. Aceptando las condiciones planteadas por los burgueses chinos, esta parecía decir:

«No se preocupen, actuaremos de manera que lo que sucedió en Rusia en 1917 no se reproduzca en vuestro país» Pese a todo, el Kuomintang condujo la lucha por dos frentes: de una parte combatir sin mucho entusiasmo a los «Señores de la Guerra», de otra parte reprimir lo más feroz y decididamente posible al movimiento obrero y campesino, pese a que éste

ya se había sometido a los intereses burgueses, y esto hasta que se produce la solución definitiva: en 1927 el Kuomintang pasa abiertamente al campo del imperialismo y reprime en sangre a un movimiento de masa que no hizo nada por organizarse de manera autónoma puesto que estaba privada de su dirección natural: el partido comunista y el programa marxista.

LA LÍNEA DE MAO

La contrarrevolución mundial se había afirmado en China a través de la táctica impuesta al partido comunista por los dirigentes de la Internacional y del Estado ruso y había logrado vencer al proletariado y campesinos chinos en el curso de una sangrienta batalla. La repercusión internacional de esta victoria del capitalismo mundial sobre los obreros chinos fue terrible: la Internacional pasará definitivamente a manos del aparato de Estado ruso, las alas oportunistas de los partidos comunistas triunfarán y liquidarán la oposición de Izquierda, el aparato de Estado ruso aplastará y destruirá el partido bolchevique. La contrarrevolución burguesa continuará su obra en China por medio del partido comunista reconstituido, reorganizado sobre bases no marxistas, sino populistas y pequeño-burguesas. El movimiento del proletariado no existía ya; la contrarrevolución burguesa ondeaba victoriosa en el mundo entero, y en Rusia había renegado completamente del programa marxista. El partido comunista chino podía renacer de dos formas: o bien aprendía de las lecciones de 1925-27 desde un punto de vista marxista, rechazaba toda la política de la Internacional en China, desenmascaraba al Estado ruso como Estado burgués, y regresaba a las posiciones auténticas de Lenin, o bien se sometía definitivamente a la dirección política de la burguesía y se convertía en el partido burgués contra el Kuomintang que había renunciado a sus objetivos, es

decir, se convertía en el verdadero Kuomintang.

A escala mundial las fuerzas contrarrevolucionarias eran demasiado potentes y el desangramiento sufrido por el proletariado chino demasiado grave para poder realizar la primera posibilidad, pese a la tentativa desesperada de numerosos militantes por hacer regresar al partido a posiciones revolucionarias y reorganizar al proletariado vencido. De 1927 1930, estas dos perspectivas se enfrentan en el seno del partido chino, pero es la tendencia a transformar el partido en partido nacional burgués que se impone: **es la línea de Mao**. El proletariado urbano es completamente abandonado. La derrota de 1927 es considerada como un desgraciado episodio debido a la incapacidad de los dirigentes del partido y a la traición de «*ciertas franjas*» burguesas; ninguna crítica a la política del Komintern, y se llega a decir que pasando de la ciudad al campo la revolución había entrado en una fase superior; se establece que la revolución debe hacerse por etapas y que en la etapa de la lucha por la independencia nacional hay que esforzarse por «*unir todo lo que sea posible unir*» y por lo tanto de moderar toda reivindicación autónoma del proletariado y los campesinos pobres. El P.C.C. adopta como programa «*los Tres Principios del Pueblo*» de Sun Yat-sen y deviene según la propia afirmación de Mao, el «*verdadero Kuomintang*», es decir, el verdadero partido nacional burgués en China.

¿QUÉ ES LA REVOLUCIÓN BURGUESA?

Cuando los marxistas hablan de «*revolución burguesa*», piensan en el derrumbe de los obstáculos que se oponen al desarrollo de las fuerzas productivas bajo una forma capitalista y la creación de un terreno favorable al desarrollo del modo de producción capitalista y de las relaciones de producción burguesas. No tienen previs-

to ni **jamás han considerado** una revolución que deba ser dirigida solamente por la burguesía como clase física, como capa social determinada. En 1905, Lenin escribía que «*la revolución burguesa es una revolución que sale de los límites del modo de producción capitalista*», y el marxismo ha explicado siempre que el desmante-

lamiento de las relaciones de producción pre-capitalistas se transforma, hasta un cierto punto del desarrollo histórico, una exigencia social, es decir, común a diferentes capas y clases sociales, entre ellas el proletariado en particular. Por tanto, se trata de una situación en que deben ser establecidas relaciones más modernas y a una escala más vasta que las precedentes, y que estas nuevas relaciones no pueden instaurarse que por medio del desarrollo del modo de producción capitalista. Esta revolución es una revolución burguesa en la medida en que persiga objetivos burgueses y no vaya más allá de este horizonte. El desarrollo del comercio, la generalización de los intercambios mercantiles y de la producción de mercancías, su extensión a más vasta escala, la liberación del campesinado de los lazos feudales y su posibilidad de constituir una masa de trabajadores asalariados, el desmembramiento del latifundio y la reglamentación de la venta de la tierra, la abolición de los monopolios naturales que impiden la libre competencia, son igualmente objetivos burgueses ya que favorecen el desarrollo del capitalismo, y por lo tanto a los intereses de la burguesía en tanto que clase que introduce el modo de producción capitalista, pero que responden igualmente a intereses inmediatos de capas sociales que serán arruinadas o eliminadas por el mismo desarrollo del capital: las capas campesinas y pequeño-burguesas, por ejemplo, así como el proletariado cuyas condiciones de vida no mejorarán con el desarrollo del capitalismo, pero que lo proveerá de una base para su desarrollo como clase. Por otra parte, la burguesía como clase nunca ha sido favorable a revolución alguna, puesto que en toda convulsión social y política esta siempre ha visto una interrupción de sus negocios y un peligro para sus beneficios. Por lo tanto, en el análisis de los hechos históricos, sería vano y absurdo ir a buscar el carácter burgués de una revolución en el hecho de que los burgueses participen en ella o no, así como sería absurdo definir como proletaria toda revolución en la cual participan proletarios. El carácter burgués o proletario de una revolución no se determina por su composición social, sino por la línea política, la visión general y los límites que el movimiento se fija. Si no tenemos bien presente este aspecto de la cuestión, mal podemos comprender cómo se desenvuelven los acontecimientos históricos.

En la gran revolución francesa, por ejemplo, además de que la burguesía no es la clase que dirige físicamente la revolución, tampoco la ideología y las organizaciones dirigentes del movimiento provenían de sus filas: en 1789, la burguesía era más bien favorable a un compromiso con la monarquía que le habría dejado tranquilamente continuar sus negocios. Fue, por una parte, el movimiento de la pequeña burguesía parisina y del proletariado naciente y, por otra, el movimiento del campesinado, lo que determinaría el desarrollo de la revolución hasta la abolición de todos los vestigios feudales. Los intereses reales e históricos de la clase burguesa fueron por tanto, representados por las capas pequeño-burguesas que, de paso, no podían ni pueden como ejecutantes ir más allá de una perspectiva burguesa. El campesinado francés, la pequeña burguesía urbana, el proletariado naciente realizarán los objetivos de la burguesía; y es por esta razón que el régimen instaurado fue un poder burgués, aunque ninguno de sus miembros estuvo allí físicamente representado. ¿Qué reclamaban precisamente los campesinos? Reclamaban la división y el reparto de las tierras feudales. Ese era su contenido inmediato, y es por ese interés que ellos combaten. Pero la pequeña propiedad rural significa el libre comercio de la tierra, la posibilidad absoluta de vender y comprar, traspasar la tierra, es decir que en lo inmediato la tierra es sometida a la dominación del capital financiero. Es precisamente en nombre de la libertad de comercio que una parte de los campesinos es expropiada y cae, así como una fracción creciente de la pequeña burguesía urbana, en el proletariado; los medios de producción se concentran en un número de manos cada vez más restringido; el modo de producción capitalista coge un impulso extraordinario y se apropia de toda la producción social sin toparse con ningún obstáculo. La revolución tenía, por tanto, **objetivamente** una base y unos objetivos que debían acarrear la ruina de las capas revolucionaria y la dominación económica y política de la clase burguesa.

Si nuestro análisis se limitara a los aspectos más superficiales y no tomara en cuenta sino a las capas sociales que formaron parte físicamente del movimiento, deberíamos llegar a la conclusión que la revolución francesa fue la revolución de los campesinos y de la pequeña burguesía, y que el

poder napoleónico fue el del campesinado. Al contrario, Napoleón I^o representaba los intereses **generales** de la burguesía y del desarrollo del modo de producción capitalista **apoyándose en los campesinos** que, defendiendo sus intereses particulares, defendían la dominación burguesa, y plantaban sus bases. Es idéntico a lo que se produce en Rusia en febrero de 1917. La burguesía se opone rotundamente a la revolución, pero las masas de campesinos y obreros se colocan en el terreno burgués y defienden, contra la burguesía, los intereses de su dominación. En febrero de 1917, es el proletariado mismo que deja el poder en manos de la burguesía, es decir, en lugar de combatir por sus intereses, lo hace en nombre de intereses burgueses representados por partidos como el partido menchevique, el partido socialista revolucionario [los eseristas, NdR] y el partido K.D., los cuales no organizan a la burguesía como capa social, sino que expresan sus perspectivas, ya que estos partidos no ven precisamente otra finalidad de la revolución ni otro orden social que los que corresponden a la burguesía como clase social dominante. No es sino después, cuando el partido comunista se coloca a la cabeza de las masas proletarias y les indica un objetivo que rebasa los límites de la sociedad burguesa e implica la destrucción de las relaciones de producción capitalistas a escala mundial, que la revolución se convierte en proletaria, es decir, que la clase obrera se coloca **en su propio terreno** y persigue sus propios objetivos.

El criterio según el cual la teoría marxista analiza los hechos sociales y define las clases y sus luchas es por tanto muy diferente del criterio vulgarmente estadístico que se funda mecánicamente en la posición de los hombres en el proceso de producción, y que define a la clase burguesa como el conjunto de los patronos y a la clase obrera como la adición de todos los obreros. Afirmamos por el contrario que una clase no existe sino a partir del momento en que las masas que ocupan una cierta posición derivada del desarrollo de las fuerzas productivas, expresan una línea política **autónoma**, una visión **particular** del devenir social que corresponde a sus intereses generales, y políticamente actúan en consecuencia. Hoy, por ejemplo, la clase obrera no sigue su dirección de clase, sino que es dominada por partidos que, aunque de composición obre-

ra, expresan las exigencias de la conservación capitalista, y defiende los intereses de sus enemigos, la clase burguesa.

Esta precisión era indispensable para explicar que, cuando afirmamos que la revolución china ha sido una revolución burguesa y que la China actual es un Estado capitalista, de ninguna manera queremos decir que la burguesía en tanto que capa social detenta en persona el poder político. Queremos al contrario decir y demos-

trar que el poder instaurado en China en 1949 y que se encuentra actualmente en vigor, expresa y defiende los intereses del desarrollo y la conservación capitalista, por tanto, de la burguesía como clase, ya que sus perspectivas, su programa, su manera de actuar, sus relaciones con las diversas capas sociales, y con los otros Estados, en otras palabras, su esencia misma, están totalmente insertados en el cuadro del modo de producción capitalista y de su desarrollo.

ESTADO OBRERO Y ESTADO BURGUÉS

Todo lo que ya hemos expuesto: de cómo el P.C.C ha tomado todas las características de un partido nacional burgués, de cómo se transformó en el «verdadero Kuomintang», halla su confirmación tanto en la estructura del Estado chino como en su política.

Como hemos dicho, citando al mismo Mao, el Estado «de la nueva democracia» no debía ser la dictadura del proletariado, ni la dictadura «de una clase en particular»; en dicho Estado debía realizarse la dominación común de todas las clases de la sociedad china — con excepción de terratenientes y de la burguesía compradora — teniendo como objetivo la defensa de los intereses nacionales de China.

En lenguaje marxista, esto significa que el Estado chino es un Estado que expresa los intereses generales de la acumulación capitalista en China, apoyándose en la pequeña burguesía rural, y sometiendo todas sus capas a esta primera exigencia. Conforme a esta directiva «popular», la batalla por la unificación del país fue conducida de la forma más moderada posible, y se buscó por todos los medios reunir el máximo de fuerzas posibles en el frente de la defensa nacional.

Ya hemos visto las tentativas emprendidas por el P.C.C, a finales de 1949, para llegar a un compromiso con el Kuomintang y con Chiang, y cómo sacrificó hasta la más mínima demanda de los campesinos en nombre de esta conciliación.

La «guerra de liberación», que termina en 1949 con la victoria del P.C.C, no condujo sin embargo a una lucha de clases violenta; la consigna era «reunir a todos los que pueden ser reunidos». La lucha se desarrolló solamente contra la dominación del Kuomintang decrepito y sus protectores americanos; por contra, en el plano interno, se continuaba con una políti-

ca de conciliación con los terratenientes; y entre ellos, sólo los «contrarrevolucionarios más curtidos», culpables de sostener a Chiang, debieron sufrir la represión y ser privados de sus tierras.

El choque entre las clases fue atenuado al máximo y, en muchos casos, los intereses inmediatos de las masas fueron sacrificados en la coexistencia «pacífica» en el seno del bloque de las cuatro clases.

Es por esta razón que durante la guerra no se forma ninguna organización específica de clase tipo soviets o de «uniones campesinas» como existían en 1927. La única organización existente fue la del ejército popular que englobaba a todo el «pueblo» y que, aun si su núcleo combatiente esta compuesto por campesinos pobres, no se presentaba como una organización de clase.

Es por ello que la República popular hizo participar a diferentes grupos y partidos en el gobierno del Estado, pero teorizó su necesidad y utilidad, puesto que en China, el poder había sido tomado no por una clase, sino por «el pueblo».

El P.C.C mismo presentatambién el mismo carácter «popular» y no de clase. En 1956 este comprendía a 10 millones 730 mil miembros, 14% de obreros, 69% de campesinos y 12% de intelectuales. Ciertamente un buen ejemplo para los empedernidos maoístas, quienes son al mismo tiempo partidarios de la composición exclusivamente obrera del partido.

Pero por sobre todo, es la política del Estado chino la que pone a la luz su carácter burgués. En efecto, tal como hemos afirmado anteriormente, no se puede definir el carácter de clase de un Estado o de un partido calculando cuántos obreros o cuántos burgueses conforman sus filas.; el partido proletario se define por su dirección políti-

ca conforma a los intereses generales e históricos de la clase obrera; igualmente el Estado proletario se caracteriza por una política tendiente a favorecer la emancipación proletaria y la marcha adelante hacia la sociedad sin clases. Es la dirección de la política de un Estado lo que define su naturaleza proletaria o no. Examinemos, pues, la política del Estado chino. El primer acto de la República «popular» fue la reforma agraria. De 1949 a 1953, se procedió al «gran reparto» que en realidad se limitó a distribuir a los campesinos pobres alrededor de 700 millones de unidades de cerca de 2 mil millones de unidades de tierras cultivables. En realidad el reparto de la tierra no podía constituir en China la solución de la cuestión agraria, dado el carácter particular de la estructura de la propiedad agrícola, parcializada al extremo desde hace milenios.

En efecto, la tierra pertenecía a un pequeño número de propietarios terratenientes, pero la alquilaban por pequeños lotes a los campesinos. La tierra estaba ya dividida; era imposible, pues, seguir dividiéndola.

Cierto es que en 1927, tal como recordábamos, el proletariado había reivindicado no el reparto de la tierra, sino la nacionalización del suelo; lo que habría permitido entre otras cosas la formación de grandes explotaciones de Estado, con obreros asalariados y medios técnicos modernos. La reivindicación del reparto de la tierra era, al contrario, reivindicación típica de los campesinos medios quienes ya cultivaban un pequeño lote de tierra, pero que querían liberarse del alquiler oneroso que debían pagar al propietario.

Y, en efecto, fue la única capa que se benefició del reparto; un considerable número de campesinos pobres quedó privado de tierra o con una parcela insuficiente para vivir. Peor aún: los terratenientes y hacendado siguieron existiendo aun con todas las restricciones impuestas.

«A cada campesino su trozo de tierra», tal fue la fórmula pequeño-burguesa de Mao; pero en realidad la situación de la China no permitía a cada campesino tener su «trozo de tierra», y la condición de la gran mayoría de los campesinos pobres permaneció sin cambios pese a las promesas de Mao.

Aquí se ve claramente — y en adelante se verá todavía más claro — qué clase constituye la base del Estado chino. Limitémonos por ahora a citar el acta del VIII° Congreso del P.C.C, te-

nido en 1956 (es decir, tres años después del fin de la reforma agraria):

«La población rural de la antigua China contaba de 60 a 70% de campesinos pobres y obreros agrícolas. Luego de la reforma agraria, la situación económica de las grandes masas campesinas se ha mejorado sensiblemente y numerosos campesinos pobres y obreros agrícolas se han elevado (?) al estatus de campesinos medios. Sin embargo, dada la débil extensión de las tierras cultivables en nuestras regiones rurales en relación al número elevado de la población, los campesinos en el conjunto del país no poseen en promedio que 3 unidades por cabeza (alrededor de 2000 m²), y en numerosas regiones del sur, solamente una unidad e incluso un décimo de unidad. Hay, pues, todavía en las regiones rurales campesinos pobres y capas inferiores de campesinos medios que forman el 60 a 70% de la población».

Como vemos, la reforma sólo había aportado mejoras substanciales a los campesinos medios y ricos que se vieron librados del tributo a pagar al propietario terrateniente.

Efectivamente, tan pronto las reformas fueron puestas en práctica los campesinos pobres decepcionados se librarán en algunos casos a «excesos» que el P.C.C debió reprimir. La tierra había sido dada a los campesinos en calidad de propiedad, con pleno derecho a venderla, comprarla o heredarla. El resultado fue que, inmediatamente después de la reforma agraria, apareció un fenómeno característico: por medio del simple mecanismo económico los campesinos medios y ricos expropiaban a los campesinos pobres.

Esta situación del campo chino debía empujar la lucha de clase a un grado terrible, al punto que el Estado tuvo que apresurarse a tomar medidas.

Esto fue la colectivización.

Pero la reforma agraria demuestra claramente dos cosas: que ese modo de intervención en la economía no tiene nada en común con las vías que llevan al socialismo; una verdadera concesión a las ilusiones pequeño-burguesas del campesinado; por otra parte, los dirigentes chinos mismos, y Mao en primer lugar, eran víctimas de estas ilusiones, y que ya no tenían nada que ver con la teoría marxista y la visión propia al proletariado.

En 1953, Mao declaraba en efecto que:

«Después de la liberación, el entusiasmo de los campesinos por la producción en el cuadro de la economía individual era inevitable. El partido comprende perfectamente esta característica de los campesinos en calidad de pequeños propietarios, y señala que no debemos desconocer y rechazar el entusiasmo de los campesinos por esta forma de producción (...) Durante un tiempo considerable... la propiedad privada de la tierra debe ser protegida».

Y la ley agraria del 28 de junio de 1950 afirma: *«El régimen de propiedad rural para el campesinado será instaurado con el fin de liberar las fuerzas productivas del campo, aumentar la producción agrícola, y de preparar la vía a la industrialización de la nueva China».*

Con esta cita se ve claramente que la entrega de la tierra a los campesinos tenía por finalidad acrecentar las fuerzas productivas, y que este estado de cosas debía ser mantenido por largo tiempo.

¿Qué significa esto sino ilusionarse con la apreciación de la situación real de la agricultura china; si no es actuar a ciegas en el dominio económico, es actuar exactamente según la mentalidad del campesino medio?

Y en efecto, si la división de las tierras trajo un mejoramiento inmediato de las condiciones de vida de los campesinos, la misma no produjo – y no podía producir – un aumento de las fuerzas productivas.

En primer lugar, los campesinos «liberados» buscarán alcanzar en prioridad un mejor nivel de vida, y en las pequeñas parcelas de tierra, se siguieron utilizando los métodos atrasados en uso desde hace milenios.

En segundo lugar, el límite mismo impuesto al extendido de la propiedad prohibía la utilización de técnicas más modernas, y la industria no estaba en condiciones de proveer los medios necesarios a la mecanización de la agricultura. Añadimos que, dado el plan de suministro de aguas, la división extrema de los lotes y los pocos medios a la disposición del Estado central, se producen una serie de catástrofes – inundaciones y sequías – que reducirán todavía más los aumentos mínimos previstos en la producción.

En 1954, un año a apenas después de la declaración de Mao que prometía larga vida a la pequeña propiedad rural, los hechos habían ya impuesto a los dirigentes chinos el pasaje a la colectivización. Veamos cómo el infor-

me del VIIIº Congreso del P.C.C lo describe:

«Es poco probable que (los 60-70% de campesinos pobres) alcancen un nivel de vida conveniente, si persisten en la explotación individual de su parcela de tierra. Es por ello que los campesinos no acomodados que forman la mayoría de la población responden con ardor al llamado de nuestro partido y desean tomar el camino de la cooperación».

Mao, en su artículo de 1955 sobre la cooperación agrícola, había sido todavía más explícito: «Como todos el mundo ha podido notar en el curso de los últimos años, la tendencia espontánea al capitalismo en el campo no ha cesado de crecer y por todas partes vemos aparecer a nuevos campesinos ricos. Muchos campesinos pobres con escasos medios de producción suficientes no han escapado todavía de la miseria; algunos se encuentran endeudados; otros son obligados a vender o alquilar su tierra. Si dejamos que esta tendencia se desarrolle, la división del campo en dos polos opuestos se agravará cada vez más».

El Estado chino tiene su base social en el campesinado y no puede tolerar que la lucha de clases estalle en el campo. ***El bloque social sobre el que este se apoya debe permanecer intacto.*** Es por esto que abandona la política precedente y se esfuerza en encauzar el descontento de los campesinos pobres lanzando el movimiento cooperativo. Pero es necesario actuar con prudencia, para no desencadenar la hostilidad de las capas superiores del campesinado, cuyas tierras son las más productivas.

Se comienza pues a crear cooperativas de carácter «semi-socialista», donde la propiedad privada de la tierra esta perfectamente reconocida y donde solo la gestión es común: «Se trata de cooperativas de tipo elemental, que simplifican la participación de los campesinos bajo la forma de un aporte de tierra y una gestión única, que deja, sin embargo, subsistir la propiedad privada de la tierra y de los principales medios de producción».

No es sino en un segundo tiempo que estas cooperativas son «reorganizadas» en una forma superior, llamada «socialista», donde ya no existe la propiedad privada de la tierra (salvo una parcela individual) y donde los medios de producción son colectivizados; empero, la repartición del ingreso a cada uno de los miembros de la cooperativa toma en cuenta el apor-

te de tierras de cada campesino.

El Estado chino se esfuerza a toda costa por conservar intacta una base social en efervescencia, y que amenaza de hacerla saltar. Hemos visto cómo la colectivización se proponía de calmar el descontento de los campesinos pobres. Veamos cómo el VIIIº Congreso describía la política del P.C.C:

«La política de clase del Partido durante el movimiento de cooperación agrícola tiende a favorecer en las cooperativas la predominancia de los campesinos pobres y de las capas inferiores de campesinos medios que han conseguido salir de la pobreza como consecuencia de la reforma agraria y al mismo tiempo asegurar el sólido apoyo de los campesinos medios (...) Si bien se encuentran en minoría en nuestros campos, los campesinos medios acomodados ejercen no obstante una gran influencia sobre las capas inferiores de campesinos medios e incluso. En general estos campesinos medios acomodados apoyan al partido comunista y el gobierno popular (...) Es inevitable que tiendan a tomar una actitud ambigua cuando se trata de ir hacia la cooperación. Para consolidar nuestra alianza con los campesinos medios, el factor clave es aplicar rigurosamente en el movimiento cooperativo una política de libre adhesión y más recíproca (...) No sólo el partido prohíbe que se obligue a los campesinos medios a adherir a las cooperativas, sino que prescribe admitir en ellas en

general en primer lugar a los campesinos pobres y a las capas inferiores de los campesinos medios, y no admitir a los campesinos medios relativamente acomodados durante el desarrollo inicial del movimiento de cooperación. El partido ha precisado igualmente que antes o después del ingreso de los campesinos medios en las cooperativas, está prohibido perjudicar sus intereses o de no tomarlos en cuenta, en particular todo lo concerniente a las disposiciones relativas a los medios de producción que constituyen su aporte a la cooperativa».

Estas pocas citas muestran claramente las contradicciones en que se debate el Estado chino, desde 1949, en sus tentativas por asegurar el desarrollo capitalista de la China. Está claro que allí no existe ningún vínculo con la dictadura del proletariado ni con el socialismo. Se trata de los dolores que acompañan al nacimiento de un capitalismo joven que le cuesta forjarse un camino en un país con relaciones de producción pequeño-burguesas y que, a escala mundial, se encuentra sometido al yunque del imperialismo mundial.

En sus tesis de 1920 sobre la cuestión nacional y colonial, Lenin notaba ya que la burguesía de los países coloniales tendía a disimular las necesidades de su desarrollo bajo una máscara de falso socialismo.

Esta es exactamente la situación del Estado chino y más abajo lo veremos todavía con más precisión.

EL ESTADO CHINO Y LA BURGUESÍA «NACIONAL»

Citamos siempre el informe del VIIIº del Congreso del Partido Comunista chino (1956):

«En la antigua China, la burguesía nacional estaba en contradicción con el imperialismo, con las fuerzas feudales y con el capital burocrático... Luego de la fundación de la República Popular de China, ha tomado posición en favor de la dictadura democrática popular, de la continuación de la lucha contra el imperialismo y la reforma agraria, pero también aspira ardientemente al desarrollo del capitalismo. De esto se desprende que nuestra política hacia la burguesía nacional permanece igual a la aplicada en el pasado: la política de unión y lucha, y la lucha por la unión. Y esto significa que hemos mantenido, sobre la base de la alianza de obreros y campesi-

nos, la alianza de orden político de la clase obrera y de la burguesía nacional».

El proletariado aliado a los campesinos y a la burguesía «nacional»: esto es lo que los «comunistas chinos» llaman «dictadura del proletariado». En efecto, bien lejos de considerar a la burguesía nacional, es decir, la burguesía industrial, como el enemigo nº 1 del proletariado, bien lejos de aplastarlos bajo el talón de hierro de un Estado que se pretende proletario, los maoístas han descubierto en esta clase dos «almas»: una favorable al socialismo y otra favorable al capitalismo. Basta con decir que el partido y el Estado hacen un trabajo de «educación» destinado a reprimir el «alma capitalista» de la burguesía, para que esta se sienta bien dispuesta al socialismo y permanezca aliada política-

mente al proletariado. ¿Cuál es la política del Estado chino hacia las empresas capitalistas privadas? Sigamos leyendo:

«En estos últimos años, hemos aplicado, manteniendo en prioridad el desarrollo de la economía de Estado, la política que consiste en tomar en cuenta tanto los intereses del Estado como los intereses particulares, los intereses de los trabajadores y los de los patronos (...) Gracias a esta política los obreros de las empresas privadas han podido evitar el paro y los capitalistas han podido realizar algunos beneficios. Es así como en su conjunto las empresas industriales y comerciales capitalistas, favorables a la prosperidad nacional y al bienestar del pueblo, se han podido mantener e incluso realizar un cierto desarrollo».

Naturalmente que la China va hacia la estatización de toda la industria y el control del Estado sobre el comercio, pero es la manera de ir hacia este objetivo lo que nos ocupa aquí. Observemos primero que nada, que todo esto según los chinos, no es más que asunto de ideología. En lugar de decir que la burguesía como clase es la expresión de un modo de producción dado y está, por lo tanto, obligada a actuar necesariamente contra el proletariado, en lugar de decir que son los intereses materiales contradictorios y opuestos de clases que determinan su posición política e ideológica, es, al contrario, según ellos la «ideología burguesa» que hace que esta clase, o más bien algunos de sus elementos, se oponga a la estatización:

«El principio fundamental seguido por el Partido y el Estado es el de buscar aislar completamente, a través de estas luchas (los movimientos de «reeducación» de 1950 y 1952), y en el seno de la burguesía misma, a un pequeño número de elementos burgueses que persisten en su actividad ilícita, llamando a cerrar filas en torno a nosotros a la gran mayoría de los elementos burgueses deseosos de respetar las leyes y los decretos del Estado».

Por lo tanto, el Estado saca adelante una política de alianza con la burguesía, contentándose con intervenir contra ella en los casos más flagrantes de insubordinación, o con oponerse a sus tentativas de retardar la estatización. La actitud de clase de la burguesía es juzgada según este solo criterio que nada tiene que ver con el marxismo; si la burguesía es favorable a la

estatización progresiva de la industria, será defendida y protegida y sus intereses salvaguardados; si se opone a ello, será reprimida o «reeducada».

Por otra parte, las empresas capitalistas no son expropiadas, sino vuelas a comprar por el Estado: política extremadamente gradual que evita lesionar los intereses materiales inmediatos de la burguesía.

«(...) Para la nacionalización de los medios de producción privados de la burguesía, hemos adoptado una política de compra gradual. Antes de la transformación de sectores enteros de la industria en empresas mixtas (con participación estatal, si se quiere) la adquisición se hacía bajo la forma de un sistema de distribución de beneficios, donde los capitalistas obtenían una parte (digamos un cuarto) proporcional a la totalidad de los beneficios realizados. Después de su generalización a sectores enteros del sistema de explotación mixta, la compraventa se hacía bajo la forma de un sistema de intereses fijos, es decir que durante un período determinado el Estado atribuye a los capitalistas intereses fijos mediante sociedades especializadas. Además, los organismos del Estado interesados dan trabajo a todos los elementos del patronato capaz de asegurar una cierta función, y toman disposiciones para asistir a aque-

llos que son incapaces de lograr garantizar su existencia (...) Esta política y estas medidas han sido bien acogidas por las grandes masas, al punto que los capitalistas no hallan razón plausible para rechazarlas u oponerse».

En realidad, los capitalistas chinos no hallaban ninguna razón de oponerse a semejante política: ¡el Estado chino era su Estado!

Todo lo que hemos dicho hasta aquí nos ha permitido demostrar, a partir de los hechos, a partir de las palabras mismas de los dirigentes chinos, la naturaleza no proletaria del Estado chino. La política del Estado chino es la política de todo Estado burgués recientemente constituido. Las clases propietarias son protegidas y defendidas; mientras que a las clases explotadas (campesinos pobres y proletarios) les cuesta toda una vida hacer prosperar las propiedades de los campesinos medios y ricos, y pagar a los capitalistas los intereses de sus deudas.

La propiedad individual de medios de producción es tolerada en la medida en que no contradiga el «desarrollo nacional»; y cuando las exigencias de ese desarrollo – es decir, las exigencias de la acumulación capitalista – imponen la expropiación, esta se produce en la forma menos dolorosa y radical posible, y se esfuerzan en indemnizar de mil maneras a los expropiados.

LAS PERSPECTIVAS EN 1956

Siempre hemos sostenido que el pretendido «extremismo» de los chinos no proviene de una defensa del marxismo ortodoxo ni de una lucha del proletariado contra la burguesía, sino de las contradicciones del desarrollo de la China como Estado nacional. Las perspectivas dadas en el VIII° Congreso del Partido en 1956, no tenían nada de «extremistas», y el pensamiento de Mao no expresaba de ninguna manera la necesidad de la revolución mundial. Es una época que a los maoístas no les gusta recordar. Nos referiremos a esta ya que, al contrario, es muy importante para poder apreciar desde un punto de vista marxista los acontecimientos posteriores.

Veamos el discurso de obertura de Mao en este VIII° Congreso:

«El presente Congreso nos fija como tarea (...) unirnos, tanto dentro del país como frente al exterior, a todas las fuerzas susceptibles de unir-

se a nosotros, de luchar por hacer de China un gran país socialista (...) En las condiciones de nuestro país es apoyándonos en esta alianza de obreros y campesinos dirigida por la clase obrera y enlazando a vasta a escala a todas las fuerzas que sean susceptibles de unirse, que hemos logrado nuestras victorias (...) Al mismo tiempo que continuamos reforzando la unión del partido, debemos seguir reforzando también la de las nacionalidades, la de las clases democráticas, de los partidos democráticos, de los sin-partido de China. Son nuestros amigos íntimos quienes trabajan con nosotros. Siempre nos han prestado su ayuda (...)».

En el plano internacional, las perspectivas no eran menos rosadas:

«A nivel internacional es gracias al apoyo del campo de la Paz, la Democracia y el Socialismo, teniendo a su cabeza a la Unión Soviética,

gracias igualmente a la profunda simpatía de todos los pueblos que aman la Paz en el mundo entero, que hemos alcanzado nuestras victorias. Sólo ciertos grupos monopólicos en ciertos países imperialistas que buscan enriquecerse por medio de la agresión aspiran a la guerra y no quieren la paz. Gracias a los incesantes esfuerzos desplegados por los países y los pueblos amantes de la paz, la tensión internacional ha dado lugar a una cierta distensión (...) Para obtener una paz duradera en el mundo, es necesario desarrollar todavía más la cooperación amistosa con los países hermanos del campo socialista, y que fortalezcamos nuestra unión con todos los países que aman la paz. Debemos hacer todos los esfuerzos para establecer, con todos los países deseosos de convivir con nosotros, relaciones diplomáticas normales sobre la base del respeto mutuo de la integridad territorial, de la soberanía, de la igualdad y de la emulación».

Es el mismo lenguaje utilizado por Krutchev en el XX° Congreso de la URSS, al que los maoístas asignaban, en los años sesenta del siglo pasado, la fecha de la «restauración del capitalismo en la U.R.S.S.», pero Mao saludaba en los siguientes términos:

«En el curso del XX° Congreso que se ha tenido hace poco tiempo (el P.C ruso) ha formulado una vez más un gran número de justas directivas y ha criticado las insuficiencias que existían en su seno. Es seguro que su trabajo se desarrollará ampliamente un desarrollo de gran amplitud».

Por lo tanto, coexistencia pacífica en todos los frentes; al interior con la totalidad de los campesinos y con la burguesía nacional al exterior, con todos los países «amantes de la paz». ¿Es esto diferente al «revisionismo» que hoy tanto repugna a los «marxistas puros» como Mao?

Si las perspectivas de 1956 son tan poco revolucionarias, es porque el desarrollo nacional de la China tiene la apariencia de desenvolverse en forma rectilínea y sin dificultades graves. Mao piensa realizar la estatización total de la industria en pocos años y piensa que los capitales rusos afluirán abundantemente, lo que permitiría una rápida industrialización del país. De allí, estas previsiones triunfalistas acerca del desarrollo económico de China:

«Esta tarea histórica extremadamente compleja y difícil que consiste en transformar la propiedad privada

de los medios de producción en propiedad colectiva socialista, en lo esencial, está terminada en nuestro país. Actualmente la cuestión de saber quien triunfará entre el socialismo y el capitalismo en nuestro país está ya resuelta. Debemos, en tres quinquenios, construir lo esencial de un sistema industrial completo, tomando en cuenta el hecho de que nuestro país tiene una fuerte demografía y posee abundantes recursos naturales».

Hemos visto que según las previsiones para 1956, la transformación «socialista» de la economía estaba, según los dirigentes chinos, «realizada en lo esencial», y que la misma debería terminarse al cabo de pocos años. En la mejor tradición estaliniana, los que ellos llaman «construcción del socialismo» es la industrialización de China y la nacionalización de la industria, la cooperativización del sector agrícola, del artesanado y la pequeña producción. Una vez realizada esta tarea, la «transformación» socialista será un hecho.

En esta visión que no es ni marxista, ni leninista, el paso del capitalismo al socialismo no significa una conmo-

ción total del modo de producción y sus leyes, sino un simple cambio en las «relaciones de propiedad». La nacionalización de la industria y la eliminación gradual de la propiedad individual de los capitalistas son definidas como «socialismo». Sin embargo, todas las soportes y todas las categorías típicas de la sociedad y del modo de producción capitalistas subsisten: trabajadores asalariados, burguesía, pequeña burguesía, campesinado, etc....

¡Es un «socialismo» con las clases sociales, el comercio, el capital, el salario! En realidad, es la negación del socialismo y la continuación del modo de producción capitalista, como en Rusia, bajo una máscara «popular» y «democrática».

Es verdad que, desde 1956, las posiciones oficiales de los dirigentes chinos han cambiado. La buena armonía de 1956 ha dado paso, al interior como al exterior, a la afirmación verbal de un retorno al «marxismo verdadero» y al «leninismo verdadero». Pero la perspectiva es siempre la misma: construcción del capitalismo bajo una máscara de socialismo. Y es lo que vamos a demostrar a continuación.

UNA «REVOLUCIÓN» CONTRA EL PROLETARIADO

La revolución cultural en China ha terminado; la China puede darse el lujo de, además de restablecer las relaciones diplomáticas, entablar intercambios comerciales cada vez más vastos con Occidente; e incluso definir, oficiosamente por ahora, a los subalternos pro-chinos como «traidores a sueldo del capitalismo». Tenemos noticias de que ahora el orden reina y que numerosos dirigentes de los guardias rojos han sido fusilados. No cabe duda que las noticias que se logran obtener sobre China no son siempre dignas de confianza: no se debe jamás tomar por dinero contante las noticias transmitidas por esta curiosa especie de fauna intelectual llamada sinólogos, ni las de los periodistas, ni mucho menos las noticias que lanzan las agencias de prensa norteamericanas. Pero es urgente a partir de ahora de establecer un balance de lo que ha sido la revolución cultural, de lo que esta ha significado en el plano nacional e internacional.

La revolución cultural representa un giro histórico en las relaciones internacionales. Desde la época krutcheviana, China había comenzado a liberarse de la influencia soviética, que

bajo Stalin era tomada como una semicolonía de la URSS. El regreso a casa de los técnicos rusos y la restitución anticipada de ciertos préstamos significaba que China deberá a partir de allí emprender una acumulación autónoma forzada, hasta tanto las inversiones rusas no sean remplazadas por las de los «odiosos» imperialistas europeos y americanos.

Pero este brusco cambio de dirección en el plano internacional exigía una profunda transformación interior. Y los dirigentes chinos, aunque dóciles, aunque «hombres de todas las estaciones», no podían todos aceptar las consecuencias de semejante transformación. Se tendría entonces que destruir al partido o al menos reducirlo a la impotencia y reconstituirlo después sobre bases diferentes.

Según Engels, hay dos fuerzas que cuentan en la sociedad: la fuerza organizada del Estado, y la fuerza desorganizada de la calle. Mao tuvo la habilidad de utilizar a ambas, no por la revolución proletaria, como él dice, sino por la grandeza de la China burguesa. Como «fuerza de la calle», no se sirvió de los obreros, sino ante todo de los estudiantes, que pueden tener la ilu-

sión de ser la categoría más consciente de la sociedad, pero que en realidad constituyen la parte más maniobrable, disponible para todas las aventuras, del fascismo al pseudo-comunismo, y por supuesto, persuadida de que hace la revolución. Luego de la revolución cultural, el ejército, por lo menos los jefes, ha sido recompensado con numerosos beneficios, mientras que los estudiantes han sido devueltos a la escuela, y algunos de ellos enviados a la prisión.

La revolución cultural fijó para siempre lo que antes no era más que una posibilidad. Hoy, en efecto, podemos decir que, antes de la revolución cultural, el antagonismo chino-soviético hubiera podido reabsorberse y la China caer de nuevo en la dependencia hacia la URSS, aunque no fuese sino para resistir a la extensión americana en el sudeste asiático. Efectivamente, durante la escalada americana, un amplio sector del partido era favorable a un acercamiento con la URSS, como forma de bloquear la expansión americana en Vietnam.

Un acuerdo entre China y la URSS hubiera sin embargo representado la peor solución para la revolución mundial, puesto que la misma hubiese servido para remendar el frente del oportunismo pseudo-comunista. Sin pretender hacer comparaciones demasiado precisas, diremos que, así como la victoria nazi en Alemania implicaba obligatoriamente el pasaje de Alemania al campo opuesto de Francia e Inglaterra, así mismo la revolución cultural hubiese levantado a la China y a la URSS una contra la otra y, si la revolución no detiene la carrera demencial del capitalismo hacia la tercera guerra mundial, ellas serán los protagonistas de la más grande masacre de la historia.

Este antagonismo, desde el punto de vista revolucionario, comporta una ventaja y un inconveniente: una ventaja puesto que los falsos comunistas ruso y chinos aparecerán como lo que son, es decir, social-choviniistas que se desenmascaran uno al otro. En efecto, lo que engañó a los obreros en la segunda guerra mundial, es que todos los oportunistas, social-comunistas o social-demócratas, se encontraban en el mismo campo, de tal suerte que los obreros creyeron que participar en la guerra significaba combatir por la revolución. Al contrario, en una eventual tercera guerra mundial encontraremos la situación de la primera guerra, con soistial-chovinistas de ambos

lados, y por tanto, una posibilidad para el proletariado de desenmascarar al oportunismo. Por contra, el lado inconveniente en que el antagonismo ruso-chino podría permitir a Estados Unidos de jugar en los dos tableros, de agotar a los dos antagonistas, de manera que le permita intervenir finalmente como dueño y señor, como en las dos guerras mundiales precedentes. Pero esta eventualidad dependerá igualmente de la correlación de fuerza entre los Estados Unidos y los otros bandidos imperialistas, europeos y japoneses.

Para poder realizar sus planes de independencia nacional, Mao no tenía más que un recurso: plegar a las masas laboriosas a un productivismo agotador, con el fin de obtener una acumulación acelerada. Pero como no puede seguir la vía rusa, la de las primas por producción, sólo concebibles dentro de un capitalismo ya maduro, ha debido seguir la vía de todos los capitalismos nacientes (y todas las mentiras chinas no bastarán para cambiarla) la vía puritana de la idealización del trabajo. Los calvinistas, esos burgueses pura-sangre del capitalismo europeo naciente ¿no hacían de la productividad, del trabajo y del ahorro su profesión de fe? ¿Qué tiene de diferente en la divisa de los maoistas: «*Aguantar en la revolución y aumentar la producción*»? Mao, siempre atento, presta oído y responde: «*¡Pues claro que no! en la sociedad socialista las clases existen todavía, y la lucha de clase debe ser conducida a todos los niveles, en la organización del Partido y del Estado*». Estas afirmaciones que vuelven frecuentemente durante la revolución cultural son una preciosa confesión de anti-marxismo; no sólo se engaña groseramente a la gente sobre la naturaleza de la sociedad socialista, sino que se declara que el partido y el Estado chino están divididos por una lucha de clases, lo que revela implícitamente el carácter interclasista de los dos organismos.

Según la propaganda maoista, la lucha contra los revisionistas rusos y la lucha contra los anti-maoistas en China se unifican en una misma intransigencia revolucionaria. La primera sería una lucha contra la degeneración del comunismo internacional, la segunda una suerte de vacunación para el uso de la sociedad china, para impedirle que se contamine con la infección krucheviana.

Uno de los puntos fundamentales

que oponen maoistas y anti-maoistas es la manera de hacer la guerra. Los maoistas están por la guerra de guerrillas, los anti-maoistas por la guerra tradicional.

Esta prioridad dada a la guerrilla no es un expediente técnico, sino una solución política. Para comprender esto, basta con leer un pasaje célebre del artículo «*Viva la victoriosa guerra del pueblo*»: «*Invadiendo estos países, los imperialistas siempre ocuparon las grandes ciudades y las imponentes vías de comunicación; pero nunca han logrado controlar enteramente las vastas regiones rurales. El campo, solo, es un mundo sin fronteras donde los revolucionarios pueden actuar con toda libertad, solo el campo representa la base de la que los revolucionarios pueden partir hacia la victoria final*».

La guerra tradicional supone una fuerte preeminencia de la industria pesada y, por lo tanto, una sujeción de la China a la URSS, ya que la China tendría necesidad de la ayuda tecnológica y financiera rusa. La guerra de guerrilla, al contrario, apuesta enteramente al material humano. Sobre el plano industrial, en los países subdesarrollados, el capitalismo apuesta sobre el factor humano, empleando masas enormes de trabajadores subpagados y poco de las máquinas; igualmente, la China ha comprendido que no puede afrontar a los colosos imperialistas sobre el plano puramente técnico. Además, el ejército tradicional opera en un territorio relativamente extranjero, apuesta sobre la ocupación del territorio y en nada se preocupa que los habitantes le sean hostiles. El ejército guerrillero, al contrario, saca su fuerza vital de la colaboración de los campesinos.

Es así como el maoismo consigue integrar al campesinado en su programa de desarrollo nacional. Industrialmente la China es demasiado débil para ignorar la ayuda política y militar de los campesinos cuidadosamente adoctrinados. El desarrollo favorecía la industrialización a costa de la agricultura. Para Mao, es la agricultura precisamente la que debe aportar la base de la acumulación. Es por ello que necesita crear el mito del campesino-guerrillero – protector – héroe social de una doble guerra, militar y productiva, en nombre de la grandeza de la nación china. El soldado es, pues, el campesino en armas y el ejército se convierte en un magnífico medio de presión sobre el proletariado urbano.

Nada se ha dicho, además, si la industrialización de un país es una decisión que se toma a favor de la industria pesada. Desde un punto de vista capitalista, la política de maoista no es falsa, y esto por una serie de razones. Primero, la rotación del capital es mucho más rápido en la industria ligera que en la industria pesada; y además un país explota los recursos que tiene en sus manos. Sin embargo, la China es muy diferente a Japón, por ejemplo, cuya débil extensión de superficie cultivable empujó a que muy temprano el país se orientara hacia la industria. La China podría (mas esto no es sino una hipótesis) escoger entre dos vías: una industrialización rápida, lo que exigiría un enorme flujo de créditos del extranjero, poniendo a China bajo la dependencia de uno de gigantes del imperialismo mundial; o bien un comienzo de acumulación en la agricultura y la industria ligera, explotando a los millones de brazos que tiene a su disposición, y las llanuras tan fértiles que la caracterizan. Es por esto que elegir el campo no es una elección anti-capitalista, pero es una solución que, halagando sus veleidades ingenuamente burguesas, hace del campesinado el garante y cómplice del capitalismo.

La enorme importancia que el maoismo otorga al ejército, ensalzado por la mitología de la guerra de liberación, no debe hacernos caer en una explicación a la americana. En efecto, para las agencias americanas todo es simple: el poder ha pasado de la burocracia al ejército. Pero hablar de una dictadura del ejército, como forma particular de Estado, no tiene ningún sentido: como tampoco la burocracia, el ejército no es una clase. En los países subdesarrollados, donde no existe una burguesía fuerte y donde esta no puede ser remplazadas por gerentes, es el ejército quien juega el rol imponiendo la acumulación (es el caso, por ejemplo, del nasserismo).

El ejército maoista, fuertemente politizado, tiende a cumplir con ciertas tareas del partido y es en esto que los maoistas revelan su revisionismo. En una dictadura del proletariado auténtica jamás debería invertirse la pirámide cuyo cenit debe ser representado por el partido y donde ni los sindicatos, ni los órganos del Estado, ni mucho menos el ejército, pueden pretender a una supremacía ideológica. Mao dice, al contrario, que es el ejército quien debe dar lecciones al pueblo.

A partir de junio de 1965 se inicia

una creciente politización del ejército. Por razones puramente demagógicas, las distinción de los grados y los uniformes especiales de los oficiales superiores son abolidos. Ciertos grupos, tales como la «Organización 16 de mayo» o «Grupo 516» deseaba un igualitarismo más acentuado. Blumer escribe: *«Esta organización quería introducir en el ejército la revolución cultural por un movimiento de masas; empresa casi imposible que debía entrar en contradicción con el principio de la estructura militar».*

Es claro que toda medida de democratización tiende a debilitar al ejército. Trotsky aconsejaba lanzar la consigna de democracia en el ejército precisamente para debilitar el Estado burgués. Pero Mao quiere evitar que todos los sectores esenciales de la vida china, obreros, campesinos, soldados, sean tocados por los disturbios. Jamás insiste para que se introduzcan todas las técnicas de la revolución cultural en el campo, por miedo a perder las cosechas. Sólo a los estudiantes se les deja el campo libre; se les invita a viajar e incluso se les acuerdan cartas de transportes gratis. Los estudiantes debían cumplir con las tareas de propaganda y atacar a los adversarios de Mao dentro del Partido, o mejor dicho reorganizar al partido mismo. El partido era presentado como una guarida de revisionistas, y los soldados y estudiantes como los revolucionarios auténticos (el libro y el fusil...).

La comparación entre anti-maoistas y revisionistas rusos es constante. Citamos a Blumer, que cita al «Renmin Ribao»:

«La institución de esta capa privilegiada (es decir los cuadros del partido) por la pandilla revisionista de Krutchev ha creado la base social para la restauración del capitalismo en Rusia. Abusando de su poder para controlar la producción y el nivel de vida, se apropian de los frutos del trabajo del pueblo soviético, han alterado el sistema de retribuciones del trabajo, tanto que la industria, las minas y las colectividades agrícolas se han convertido en medios de lucro. El sistema socialista de la propiedad colectiva se altera cada vez más, y, a la larga, no quedará más que el nombre, ya que en realidad este ha degenerado en sistema de propiedad privada de una clase privilegiada».

Y los maoistas se jactan de aplicar este brillante análisis a la sociedad china. Pero aquí es obvio que las tesis de los maoistas no difieren en nada de

las de los burgueses, trotskistas degenerados y (dejando de lado la simpatía por el ejército) de los anarquistas. El culpable, para los maoistas, es una «pandilla», es decir, finalmente el enemigo nº 1 de los libertarios, el Poder con P mayúscula. Estas gentes, empujadas por la maldad de la naturaleza humana, habrían transformado el poder público en una forma disfrazada de propiedad. Tenemos aquí un marxismo que «anda patas arriba», es decir, un idealismo. No es la estructura económica y social de Rusia y la contrarrevolución internacional que han hecho degenerar y luego destruir el poder proletario en ese país, sino el poder «corruptor» que habría hecho degenerar una economía socialista. A parte del hecho de que Mao no podrá jamás explicarnos cómo una «pandilla» puede mantenerse en el poder en un Estado en que toda la sociedad es sana y lucha contra ella (los maoistas teorizan un verdadero blanquismo al revés para el uso de contrarrevolucionarios krutchevianos), hay que llegar a esta conclusión: es necesario despojar al partido del poder, lo que significa una verdadera negación del marxismo. Mao propone sin embargo otra variante: poner al partido bajo la tutela del ejército (es lo que se llama hacer un «tres en uno»). Entendámonos bien: estamos perfectamente convencidos de que el partido comunista chino es una guarida de contrarrevolucionarios, y lo hemos afirmado mucho antes que los maoistas. Pero nos negamos a considerar como revolucionarios aquellos que combaten al P.C chino en nombre del ejército de liberación nacional.

El carácter contrarrevolucionario del maoismo aparece también en el análisis de ciertos documentos oficiales que, por ser tan vagos no merecen siquiera que se les catalogue de «verborrea pseudo-revolucionaria», no obstante revelan por momentos la función política del maoismo. Basta leer los famosos 16 puntos Chiang Kai-shek, de los cuales extraemos algunos pasajes: *«La dirección del partido debería consagrar todas sus fuerzas en descubrir las fuerzas de izquierda, desarrollarlas y reforzarlas, y apoyarse firmemente sobre la izquierda revolucionaria. Durante el movimiento, este es el único medio para aislar completamente a la derecha más reaccionaria, ganar para sí al centro y vincularse con la gran mayoría y así al final habremos logrado la unidad del más de 95% de funciona-*

rios y de las masas». Y más abajo: *«Debemos tener cuidado en distinguir rigurosamente entre los intelectuales burgueses reaccionarios y las autoridades reaccionarias de una parte, y de la otra, los simples conformistas burgueses».*

Recordemos con Lenin que recomendaba al partido de no consagrar todas sus fuerzas en combatir a la derecha; que se desenmascara ella misma, sino de combatir sobre todo a la falsa izquierda, el centrismo, verduugo disfrazado en revolucionario. Buscando la alianza de 95% de los funcionarios y las masas, Mao se revela como el verdadero representante de la burguesía china (¿no es la burguesía la que siempre trata de hacer creer que sus propios intereses coinciden con los de la colectividad?) y ya no tiene a su derecha más que unos pocos sirvientes declarados de Rusia y Estados Unidos.

Es la lucha contra el proletariado lo que se esconde bajo la lucha contra el economismo. Tal como hemos visto, los maoistas largaron a miles de estudiantes por toda la China, otorgándoles cartas de viaje gratuitas. Los adversarios de Mao creyeron poder hacer lo mismo con los obreros y enviarlos a Pekín a protestar contra los maoistas. Se les dio permiso de dejar el puesto de trabajo en el caso de que fueran a una actividad política. Se les dio dinero a los obreros bajo forma de viáticos, aumentos de salarios, etc... Cuentan los expertos, escandalizados, que muchos obreros tomarán el dinero e irán a comprarse una bicicleta; estos al menos habían comprendido que ninguna de las dos facciones tenían algo que ver con el internacionalismo proletario; si bien otros sí emprendieron la ruta. Pero resulta que una de los pilares del maoismo, la productividad, se había tambaleado.

Veamos cómo los «rebeldes», es decir, los maoistas ortodoxos, reaccionarán. Citamos algunos pasajes extraídos de los diez puntos de la minoría obrera y del «Comunicado urgente» del 19-1-1967: *«Todos los obreros, los funcionarios y los estudiantes deben aplicar la disposición siguiente: aumentar la producción e izar firmemente la bandera de la revolución. No deben abandonar sus puestos de trabajo, y servir de ejemplo a los otros. (...) Por el momento, el dinero en efectivo de todas las unidades debe ser congelado. La minoría deberá vigilar a todos los funcionarios de las Finanzas, a fin de evi-*

tar que la economía corra peligro (...) Se prohíbe ocupar arbitrariamente las habitaciones y locales de los capitalistas. El asunto debe ser controlado por las autoridades de la ciudad. Los responsables de estas acciones deben ser castigados. Aquellos que eventualmente hayan ocupado esos locales, deben evacuarlos esta semana». Veamos, también, lo que estos «rebeldes» reprochan a sus adversarios: «Llegan incluso a empujar a los estibadores a dejar el trabajo, cosa que perjudica enormemente la actividad en nuestros puertos, y atenta contra el prestigio interna-

cional de nuestro país». ¿Son alucinaciones o estamos oyendo a los fascistas echando pestes contra las huelgas y las luchas obreras?

Pero continuemos con las citas: «(los anti- maoistas) *aumentan salarios e indemnizaciones y distribuyen sin criterio prebendas y subvenciones*». Naturalmente los maoistas se proponen convencer a los obreros de volver al trabajo. La cuestión de los salarios será tratada «más tarde», **después** de la «revolución».

«Ciertos dirigentes, para azuzar a los trabajadores contra los estudiantes, sabotean el acuerdo de los

obreros y estudiantes con el fin de hacer una propaganda por una evolución pacífica, han aumentado los salarios. Se trata de sistemas netamente revisionistas que deben ser rigurosamente prohibidos a partir de la publicación del presente documento».

¿«Revisionistas» con respecto a qué? «Revisionistas» con respecto a un sistema fundado sobre bajos salarios, única forma que permitiría a la nación china realizar sus sueños de grandeza en disputa con los imperialistas más decrépitos y pútridos. (continuará)

«Proletarian»

Supplement to «le prolétaire»
(One copy : £1 / US\$1,5 / €1,5)

«Proletarian» - Nr. 9 (Winter 2012-2013):

• The wave of strikes in South Africa demonstrates the need for class organization! • The «Invariance» of Marxism (1). (General Meeting of the Party, Milan september 1952) • Massacre of striking miners in South Africa • The Student Struggles in Québec • On the Mouvement Etudiant Révolutionnaire (MER). «Revolutionary Student Movement»: Reformist Petty-bourgeois Movement • Rescue of the Spanish Banking system • Spain. The strike of the Asturian miners and the metalworkers of Vigo: For the uncompromising defense of the living conditions of the proletariat! For struggle with classist means and methods! • Spanish Miners Struggle. The «Black March» • Cuba. Once upon a time, a «Cheerful Carter was

passing by)»... • Cease-fire in Gaza: Imperialism Means Only Truces Between Endless Wars • No to French Imperialist Military Intervention in Mali! • §See also in addition our tract *«Down with French military intervention in Mali! Down with French imperialism!»*) • France. No to electoral mystifications! • Euromobilization of November 14, 2012. Only the class struggle can defend proletarian interests against capitalism!

«Proletarian» - Nr. 8 (Spring 2012):
•• Fever on the Stock and Financial Markets: Sign of Relapse of the World Economy •• The Arab Spring is over. The illusions in change have dissolved, and the proletariat and the proletarianized masses of the Arab countries are confronted with the reality of capitalist power – the iron heel of the capitalist states and imperialism. The only way out is through proletarian class struggle! •• Manifestations by the outraged from Spain to Israel from Greece to India, Britain to the United States, Chile, Italy, Portugal in Canada, New Zealand, etc: students and the middle classes descend into the streets in launching a cry of revolt the against banks and governments : «They are stealing our future!» •• Portugal: the proletariat crushed between the capitalist crisis and the complicity of trade union and political opportunism •• The Revolt in Britain Foretells future Revolts in Europe •• Greece at the brink of bankruptcy •• Egypt amidst bloody military repression, islamist reaction and workers' struggles •• Dictatorship of the proletariat and class party •• Elements of Marxist Orientation •• March 8th, a Proletarian and Communist Day •• Women and Class Struggle •• Lenin. International Working Women's Day

«le prolétaire»

**Organe du parti communiste
international**

N° 507

Avril - Mai 2013

- Pour vivre le prolétariat doit lutter contre la bourgeoisie et tous ceux qui vivent de l'exploitation du travail salarié. Seule la lutte de classe peut en finir avec l'oppression de l'homme par l'homme, avec les divisions de classes, en révolutionnant de fond en comble la société capitaliste !
- Lutte pour la VIe République? Lutte contre le capitalisme et son Etat!
- Renault-Cléon: Les métallos entre le marteau patronal et l'enclume syndicale
- Le laïcisme contre le prolétariat
- Aperçu sur la Syrie (6). L'économie syrienne
- A propos de la «liberté de la presse»
- Roger (Marc Perrais)
- Le PST algérien et la guerre au Mali

Un expl.: 1 € / 4,5FS, £1,5 / 60 DA, 10
DH, 500 F CFA

Proletarian

Organ of the International Communist Party

Anti-Trust Legislation "The American people are entitled to know the extent to which the American economy is controlled by a few trusts," says the editorial. "The American people are entitled to know the extent to which the American economy is controlled by a few trusts," says the editorial. "The American people are entitled to know the extent to which the American economy is controlled by a few trusts," says the editorial.

A New Step Toward the New Deal "The American people are entitled to know the extent to which the American economy is controlled by a few trusts," says the editorial. "The American people are entitled to know the extent to which the American economy is controlled by a few trusts," says the editorial. "The American people are entitled to know the extent to which the American economy is controlled by a few trusts," says the editorial.

№ 6
Autumn-Winter 1937
 164 pages, 200
 15c. (U.S.) 15c.
 15c. (U.S.) 15c.

THE PROLETARIAN CLASS PARTY AND THE CURRENT ECONOMIC CRISIS OF GLOBAL CAPITALISM

The solid and unshakable perspective of the historic proletarian struggle of the workers of the world under the leadership of the Communist Party is the only perspective for the transformation of the capitalist world into a socialist society, in the only way which can put an end to a society which is the cause of the most terrible economic and social catastrophes through the exploitation of wage labor by every nation.

It is all the more important function of the Communist Party, the vanguard of the working class, to lead the workers of the world to the transformation of the capitalist world into a socialist society, in the only way which can put an end to a society which is the cause of the most terrible economic and social catastrophes through the exploitation of wage labor by every nation.

The solid and unshakable perspective of the historic proletarian struggle of the workers of the world under the leadership of the Communist Party is the only perspective for the transformation of the capitalist world into a socialist society, in the only way which can put an end to a society which is the cause of the most terrible economic and social catastrophes through the exploitation of wage labor by every nation.

The solid and unshakable perspective of the historic proletarian struggle of the workers of the world under the leadership of the Communist Party is the only perspective for the transformation of the capitalist world into a socialist society, in the only way which can put an end to a society which is the cause of the most terrible economic and social catastrophes through the exploitation of wage labor by every nation.

[illegible]

Amadeo Bordiga - Siguiendo el hilo del tiempo

La doctrina del diablo en el cuerpo

Este artículo escrito por Amadeo Bordiga fue publicado por primera vez de manera anónima, como todos los textos del partido, en el por entonces órgano del partido, «Battaglia Comunista» (1-3 de noviembre, n° 21, 1951), formando parte de una serie de textos llamada "Siguiendo el Hilo del Tiempo". La idea que se tenía con esta serie de "hilos" era la de colocar los eventos y las cuestiones de la actualidad en una perspectiva histórica y poder resolverlos y explicarlos a través del marxismo como teoría revolucionaria invariante (porque científica), siguiendo una ruta opuesta a todos los "innovadores" y descubridores de vías pretendidamente nuevas, y que en nombre de ellas abandonan o reniegan del marxismo y el programa comunista o, peor aún, buscan "mejorarlo", "enriquecerlo", en otras palabras, revisarlo para "adaptarlo" a la realidad, lo que significa a fin de cuentas capitular ante la ideología burguesa.

Introducción

Para que las brújulas que han perdido el norte vuelvan a indicar el buen rumbo, es indispensable ver claro en lo que respecta al capitalismo de Estado.

Numerosas han sido nuestras contribuciones, extraídas del bagaje de las nociones tradicionales de la escuela marxista, para demostrar que el capitalismo estatal no es sólo el aspecto más reciente del mundo burgués, sino que sus formas, aún las más acabadas, son antiquísimas, y aparecen incluso desde el mismo nacimiento del tipo capitalista de producción; estas fueron factores primordiales que permitieron la acumulación primitiva, y que han precedido en mucho al cuadro ficticio y convencional de la empresa privada, de la libre iniciativa y otras bellas cosas, pertenecientes más a la apología que a la realidad.

Como ya hemos dicho, en el campo de los comunistas anti-estalinistas de izquierda, existen numerosos grupos que no comparten este punto de vista. Sobre la base de textos originales, una de las cosas que les decimos es que:

«Allí donde esta exista, allí donde exista la forma económica de mercado, el capitalismo representará una fuerza social. Una fuerza de clase. Y tendrá a su disposición el Estado político»

Y a esto le agregamos la fórmula que, para nosotros, mejor expresa los más recientes aspectos de la economía mundial:

«El capitalismo de Estado no es la sumisión del capital al Estado, sino una más firme sumisión del Estado al capital».

Estos grupos consideran al contrario que los términos de la primera tesis eran *«exactos hasta 1900, época a la que se suele asignar el comienzo de la fase de expansión imperialista y, que por sí mismos, siguen vigentes pero son incompletos cuando la evolución del capitalismo le fija al Estado la función de sustraer a la iniciativa privada las vicisitudes terminales de esta evolución».*

Se la pasan diciendo que estaríamos en retardo con el

mundo de la «cultura» económica, si no logramos comprender que cuando esta cesa de estar en fase con la historia, cesa de ser marxista; y si, además, no completamos el análisis de Marx con el estudio de la economía estatal, nacido de la «potente personalidad» del economista Kaiser (1). ¡Vieja y fatal manía! Una tesis que pretende expresar ciertas relaciones entre cosas y hechos sólo se verifica si se confronta a las cosas y a los hechos; ¡jamás confrontándola a la firma de una supuesta potente, o impotente, personalidad del autor!

A nosotros nos importa un Kaiser la cuestión de las personalidades, y si en 1950, llegan a vulnerar la idea de la iniciativa privada, sabemos que Maese Karl (2) la redujo a cenizas un buen siglo antes; y si somos los tercos retardatarios y perezosos lectores de últimas ediciones, se comprende que lo sepamos...

Para el marxismo, la noción de iniciativa privada no existe: bajad los ojos a la esfera de la brújula en lugar de elevarlos al cielo como quien oye paradojas (paradoja: lo que parece falso a la oreja común y que sin embargo es muy cierto).

En mil discursos de propaganda, hemos dicho que el programa socialista consistía en abolir la propiedad privada de los medios de producción, conforme a las glosas de Marx sobre el Programa de Gotha y de Lenin sobre Marx. Propiedad, decíamos, y no economía privada. Privada era la economía pre-capitalista, es decir, individual. «Propiedad» es un término que no designa una pura relación económica, sino una relación jurídica que llama a concurrir no las solas fuerzas productivas, sino también las relaciones de producción. Propiedad privada significa derecho privado, sancionado por los códigos burgueses; ello nos reporta al Estado y al Poder, instrumentos de fuerza y violencia en manos de una clase. Nuestra vieja y sana fórmula no significa nada si ya no implica que, para superar la economía capitalista, hay que superar la armadura jurídica y estatal que le corresponden.

Estas elementales nociones deberían bastar para conjurar la trampa que esconde la siguiente tesis: una vez

convertida la propiedad individual en propiedad de Estado, una vez la fábrica nacionalizada, el programa socialista está realizado.

Entendámonos: los grupos que defienden las opiniones que nosotros criticamos, no sostienen que el capitalismo de Estado signifique ya socialismo, pero caen en la afirmación de que entre capitalismo privado y socialismo, esta represente una tercera y nueva forma [económica, NdR]. Dicen en efecto que existen dos épocas diferentes: una, en que *«el Estado posee más la vieja función de gendarme que la de participante en la economía»* y la otra, en que *«(el Estado) eleva al máximo de potencia el ejercicio de la fuerza a fin de proteger especialmente la economía centralizada en él»*. En cuanto a nosotros, decimos que en estas dos fórmulas, redactadas con cierta fortuna, o mejor dicho, en estas dos épocas históricas el capitalismo es el mismo, la clase dominante es la misma, el Estado histórico es el mismo. Economía es la totalidad del campo social en que se desarrollan los avatares de la producción y la distribución, y en donde todos los hombres participan; el Estado es una organización precisa que actúa en el campo social, y el Estado de la época capitalista sigue teniendo la función de gendarme y protector de los intereses de una clase y del tipo de producción que corresponden históricamente a esta clase. El Estado que centraliza en él la economía es una fórmula inadecuada. Para el marxismo, el Estado está siempre presente en la economía; su poder y violencia legal son, desde el comienzo hasta el final, factores económicos. A lo sumo se puede expresar de la siguiente manera: en ciertos casos, el Estado asume para su administración, la gestión de empresas industriales; y si asume la gestión de todas, habrá centralizado la gestión de empresas, pero en ningún caso la economía. Jamás, sobre todo, mientras la distribución se efectúe a través del precio en moneda (que este sea fijado administrativamente o no, tiene poca importancia) y que, por consiguiente, el Estado será una firma entre otras, un contratante entre otros, peor aún si el Estado considera que cada una de sus empresas nacionales es una firma, tal como lo hacen los laboristas, churchilianos y estalinistas. Para salir de esto no es cuestión de medidas administrativas, sino del problema de la fuerza revolucionaria y de la guerra de clase.

El problema está mejor planteado en un interesante boletín de los camaradas del «grupo francés de la izquierda comunista internacional» cuyos nombres y personalidades de los autores ignoramos, para nuestro gran placer. En este se plantean cuestiones pertinentes que merecen un desarrollo adecuado y que van en sentido opuesto a las opiniones del famoso grupo Chaulieu (3), quien está influenciado por la teoría de la «decadencia» y del pasaje del capitalismo a la barbarie, la cual en suma debería inspirar el mismo horror que inspiran los regímenes «burocráticos». Una teoría en la que realmente no se comprende hacia qué Kaiser apuntan las brújulas, el tiempo necesario que uno se contenta con discurrir sobre el marxismo. A propósito de decadencia del capitalismo, disponemos de elementos del boletín interno de nuestro movimiento, donde se cuestiona la falsa teoría de la curva descendente. Fuera de toda arrogancia científica, es bien estúpida la teoría que dice: *«Oh, capitalismo, haz tu tarea, arrójanos en prisión, engáñanos, redúcenos a cuatro gatos que no merecen ni una patada: apurémonos en recobrar la salud, todo esto significa que estás en plena decadencia»*. Que sería si no lo estuviere...

En cuanto a la barbarie, esta se opone a civilización, por

lo tanto, a burocracia. Nuestros ancestros bárbaros, los afortunados, no poseían aparatos estructurados que descansan (¡Oh, viejo Engels!) sobre dos elementos: un territorio y una clase dominante definidos. Existían el clan, la tribu, pero todavía no la *civitas*. «Civitas» significa *cité*, ciudad, pero también Estado. «Civilización», opuesta a barbarie, significa organización estatal y forzosamente burocracia. Más Estado, más civilización, más burocracia, hasta que desaparezcan las civilizaciones de clase. Esto es lo que dice el marxismo. No es el retorno a la barbarie, sino el advenimiento de la super-civilización lo que nos martiriza en todos los territorios que dominan los monstruos de super-organizaciones estatales de hoy. Pero dejemos en su crisis existencial a los de «Socialismo o Barbarie» que refutan el boletín citado en un texto con un título justo: *«Dos años de habladerías»*. ¡Es conocida nuestra aversión por las habladerías!

Vayamos ahora a las formulaciones equilibradas con la cual los camaradas franceses plantean la cuestión: Definición de la clase dirigente de los países de capitalismo de Estado. Exactitud o insuficiencia de la definición: capitalismo, heredero de revoluciones liberales.

La conclusión hacia la cual tiende este grupo es la única válida: cesar de presentar a la burocracia como una clase autónoma, pérfidamente calentada en el seno del proletariado, y considerarla como un vasto aparato ligado a una situación histórica dada de la evolución mundial del capitalismo. Vamos, pues, por la buena vía: la burocracia, que todas las sociedades de clase han dispuesto, no es una clase ni una fuerza productiva, sino una de las formas de la producción propias a un ciclo dado de dominación de clase. En ciertas fases históricas, pareciera entrar en escena como protagonista; estábamos por decir en las fases de decadencia; al contrario, es en las fases pre-revolucionarias y de más grande expansión. ¿Por qué llamar decadente a la sociedad que está lista para la intervención de la revolución-comadrona, de la partera que hará venir al mundo la nueva sociedad? No es la mujer encinta que está decadente, sino la mujer estéril. Los Chaulieu ven el vientre enorme de la sociedad capitalista y confunden la pobre habilidad de la partera ante el útero inflado con una infecundidad imaginaria de la sociedad en gestación. Acusan al burocratismo del Kremlin de habernos dado un socialismo muerto al nacer, por abuso de poder, cuando el error fue de no haber empuñado los *forceps* de la revolución para desgarrar el vientre de la Europa-América puesta bajo presión a través de la vigorosa acumulación de capital, y el de haber consagrado inútiles esfuerzos en una matriz infecunda. Pero, por habernos replegado de la batalla de la cosecha a la de las semillas, tal vez solamente no fecundada.

Pasemos a la parte de economía marxista pura, no sin antes una sola breve clarificación. La frase, citada como esencial con mucha razón, *«capitalismo, heredero de las revoluciones liberales»* contiene una tesis histórica precisa: existe un ciclo, una trayectoria única de clase, la del capitalismo, de la revolución burguesa a la revolución proletaria que, a menos que renunciemos al marxismo revolucionario, no se puede fragmentar en varios ciclos. Pero hay que decir como lo haremos más adelante: capitalismo nacido de revoluciones burguesas, y no liberales. O mejor dicho, de revoluciones «antifeudales». Es en efecto desde el punto de vista de la apologética burguesa que el liberalismo, en tanto idea general, era el fin y la motivación de estas revoluciones. Marx viene a desmentirlo y, para él,

su fin histórico es la destrucción de los obstáculos erigidos delante de la dominación de la clase capitalista.

No es sino en este sentido que la breve formulación es exacta. De esto se desprende claramente lo siguiente: el capital bien puede despojarse del liberalismo sin cambiar de naturaleza. Y de esto claramente se desprende también: el sentido de la degeneración de la revolución en Rusia no es de haber pasado de la revolución por el comunismo a la revolución por un tipo desarrollado de capitalismo, sino a la simple y pura revolución capitalista, es decir, contribuyendo a la dominación capitalista en el mundo entero y eliminando por etapas sucesivas las viejas formas feudales y asiáticas en las diferentes áreas. Puesto que en la situación histórica de los siglos XVII, XVIII, y XIX, la revolución capitalista debía revestir formas liberales, en el siglo XX, esta reviste formas totalitarias y burocráticas.

La diferencia no depende de variaciones cualitativas fundamentales del capitalismo, sino de una enorme distancia de desarrollo cuantitativo, tanto en intensidad en cada metrópolis como en difusión sobre el planeta.

Y que el capitalismo, tanto en su conservación como en su desarrollo y su ampliación, utilice cada vez menos la jerga liberal y cada vez más los medios de policía y de asfixia burocrática, no hace dudar un segundo, si la trayectoria histórica permanece bien a la vista, que estos mismos medios deberán servir a la revolución proletaria. Esta manejará violencia, poder, Estado y burocracia: despotismo, dice el viejo *Manifiesto* ya de 103 años, utilizando el término más peyorativo; luego sabrá deshacerse de todo.

El cirujano no suelta el bisturí ensangrentado antes que el nuevo ser haya gritado, con su primera inspiración, el himno a la vida.

AYER

¿Con la desaparición de las personas privadas que organizan la producción en calidad de propietarios de empresa, la forma fundamental del capitalismo no desaparece? Esta es la objeción política que frena a mucha gente.

Marx nombra cien veces «el capitalista». Por otra parte, la palabra «capital» viene de *caput* que significa cabeza y, por tanto, tradicionalmente se entiende que capital es toda riqueza ligada a, bajo el nombre de (4), todo propietario titular. No obstante, la tesis (a la que consagramos desde hace tiempo exposiciones que no aportan nada nuevo, pero que explican) que afirma que el análisis marxista del capitalismo no comporta necesariamente a la persona del empresario, sigue siendo válida.

Las citas de Marx serían innumerables. Concluiremos con una sola.

Tomemos el pretendido capitalismo «clásico» de la «libre» empresa. Marx siempre pone estos adjetivos entre comillas. Estos pertenecen a la escuela económica burguesa que él combate y destruye con sus tesis. Este es el punto que siempre se olvida.

Se supone naturalmente que, en manos del Sr X, primer capitalista hasta la fecha, existe una masa de monedas. Bien. Secciones enteras de la obra de Marx responden a la cuestión: ¿Cómo lo hizo? Las respuestas son diversas: robo, saqueo, usura, mercado negro y, como frecuentemente hemos visto: orden del rey o ley del Estado.

Entonces X, en lugar de guardar su bolsa plena de piezas de oro y de hacerla correr entre sus dedos, actúa como ciudadano imbuido de ideas de civilización, liberalismo y humanismo: afronta noblemente su capital a los riesgos de la circulación.

Así que, primer elemento: dinero acumulado.

Segundo elemento: compra de materias primas, las clásicas pacas de algodón crudo que se encuentran en tantos capítulos y párrafos escritos por Marx.

Tercer elemento: compra de un inmueble donde instalar la fábrica y los telares para hilar y tejer.

Cuarto elemento: organización y dirección técnicas y administrativas; el capitalista clásico las provee: ha estudiado, circulado, viajado e imaginado los nuevos sistemas que, elaborando las pacas y fabricando las mallas en serie, las harán menos costosas; vestirá a precios baratos a los andrajosos de ayer, y hasta a los negros de África Central habituados a andar desnudos.

Quinto elemento: los obreros que activan los telares. Estos no serán obligados a aportar una onza de algodón en rama, aunque fuera una canilla de repuesto, como en los tiempos semi-bárbaros de la producción individual. Mientras tanto, cuidado si llevan consigo un solo hilo de algodón para remendar sus pantalones. Reciben una compensación, justo equivalente del tiempo de trabajo.

Una vez que estos elementos se combinan, aparecen el móvil y la finalidad de todo el proceso: la masa de hilos y tejidos. El hecho esencial es que solo el capitalista pueda llevarlas al mercado; y la totalidad del beneficio monetario solo a él le corresponde.

Siempre esta vieja historia. Bien. El pequeño contable lo sabe. Salida: el costo del algodón crudo - la suma que compensa la usura de edificios y máquinas - los salarios de los obreros. Entrada: el precio de la venta del producto. Esta parte supera a las otras y la diferencia constituye el margen, la ganancia de la empresa.

Lo que el capitalista haga con el dinero que ha recuperado, tiene poca importancia. Pudo incluso disponer de la suma inicial sin haber fabricado nada. Lo importante es que después de haber comprado todo y reconstituido todos los stocks, de valor igual a la primera inversión, este posee una nueva cantidad de valor. Es cierto que puede consumirla individualmente. Pero socialmente, no puede hacerlo, y algo lo obliga a invertirla en gran parte, a transformarla de nuevo en capital.

Marx dice que la vida del capital reside únicamente en su movimiento como valor que se multiplica en forma perpetua. Para esto la voluntad personal del capitalista no es necesaria; tampoco podría impedirlo. El determinismo económico no obliga solamente al trabajador a vender su tiempo de trabajo, sino igualmente al capitalista a invertir y acumular. Nuestra crítica al liberalismo no consiste en decir que existe una clase libre y una esclava: una explotada y otra explotadora, sino que ambas se encuentran ligadas a las leyes del tipo histórico de producción capitalista.

Este proceso no es, pues, interno a la empresa, sino social, y no puede ser comprendido de otra manera. En Marx se encuentra ya la hipótesis según la cual los diversos elementos se desligan de la persona del capitalista empresario y todos son reemplazados con la participación a una cuota proporcional al beneficio realizado en la empresa productiva. Primero: el dinero puede ser el de un prestamista, de un banco, y suministrar un interés periódico. Segundo: de este hecho, los materiales adquiridos con este dinero no son en el fondo propiedad del empresario, sino

de su financiero. Tercero: en Inglaterra, el propietario de un edificio, habitación o fábrica puede no serlo del terreno que ocupa; sea como sea, habitación o fábrica pueden ser alquilados. Nada impide que los talleres y todas las máquinas y herramientas lo sean también. Cuarto: puede que el empresario no posea los conocimientos técnicos y administrativos de dirección; entonces alquila los servicios de ingenieros y contables. Quinto elemento: los salarios de los trabajadores; evidentemente que su pago se efectúa también a partir de lo que avanza el financiero.

La función exacta del empresario se reduce a olfatear cuales son los productos cuya venta en el mercado supera el costo total de todo los elementos arriba enumerados. Aquí la clase capitalista toma los contornos del empresario, que es una fuerza social y política, base principal del Estado burgués. Pero la capa de empresarios no se confunde con la de los propietarios de dinero, del terreno, inmuebles, fábricas, stocks de mercancías, máquinas.

Dos formas y puntos son fundamentales para reconocer el capitalismo. Uno es que no se pueda mermar jamás el derecho de la empresa de producción a disponer de los productos y de la ganancia sacados de estos productos (precios controlados o confiscación de mercancías no impiden este derecho a la ganancia). Desde sus orígenes, lo que protege este derecho, esencial en la actual sociedad, es un monopolio de clase, una estructura de poder, de allí se desprende que aquellos que transgreden la norma [con respeto al derecho arriba mencionado, NdR] son golpeados por el Estado, la magistratura y la policía. Esta es la condición para una producción por empresas. El otro punto es que las clases sociales «no tengan fronteras cerradas». Históricamente ya no son ni castas ni órdenes. Pertenecer a la aristocracia terrateniente iba más allá de la vida, puesto que el título era transmitido de generación en generación. La propiedad titular de bienes inmuebles o de grandes establecimientos financieros dura por lo menos la distancia de una vida humana. La «duración media de pertenencia personal de un individuo dado a la clase dominante» se vuelve cada vez más corta. Es por ello que lo que nos interesa en las formas extremadamente desarrolladas no es ya el capitalista sino el Capital. Este director no necesita actores estables. Los encuentra y recluta donde quiere, y les reemplaza uno a uno de manera cada vez más devastadora.

HOY

No podemos demostrar aquí que el capitalismo «parasitario» del que habla Lenin [*«Imperialismo, fase superior...»*, NdR] no debe ser comprendido en el sentido de que el poder estaría más en manos de los capitalistas financieros que de los industriales. El capitalismo no podía difundirse y crecer sin complicarse y sin separar cada vez y siempre más los diversos elementos que entran en la ganancia especulativa: finanza, técnica, maquinarias, administración. La tendencia es que la mayor parte de beneficio y control social escape cada vez más de las manos de los elementos positivos y activos y se concentre en las de los especuladores y delincuentes de cuello blanco.

Ahora viajemos de Marx a... Don Sturzo (5)

Don Sturzo, con su prudencia habitual, se ha ocupado del escándalo del Instituto Nacional de Seguros (INS). Sus palabras son interesantes: «no puedo decir lo que pasaba

en la época fascista en vista de que me encontraba en América, ¡y allá estas cosas están al orden del día y tienen una dimensión mucho más grande!». Estábamos seguro de esto. El parasitismo capitalista de la Italia contemporánea sobrepasa al de la Italia mussoliniana y ambos son juegos de niño en comparación con lo que pasa en los medios financieros estadounidenses.

El INS dispone de fondos colosales ya que centraliza todo lo que los trabajadores desembolsan a la seguridad social, así como de otros institutos para-estatales similares y cuyas siglas son conocidas por todos. Estos pagan parsimoniosamente, lo que quiere decir que por sus cajas circula una enorme masa en metálico. Por consiguiente, tiene el derecho (aun cuando ya no posee cabeza, cuerpo ni alma: ¡por algo estamos en la civilización del *habeas corpus*!) de no dejar dormir tanta riqueza; por lo tanto, coloca e invierte. ¡Una ganga para el empresario moderno! Es el capitalista sin capital tanto como, dialécticamente, el capital moderno es el capital sin patrón, acéfalo.

El mal, nos dice el sabio cura siciliano (cuyos compañeros aspiran a hacerle sin tardar un elogio fúnebre ditirámico), es la formación, a la sombra del INS, de demasiadas numerosas sociedades de *complacencia* [solo registradas, artificiales, NdR].

¿Qué son, Káiser, las sociedades de complacencia? Un puñado de tipos versados en negocios, con lujosas oficinas, que son introducidos en las antesalas económicas y políticas, y que sin embargo no poseen un solo centavo, ni título a su nombre, ni inmuebles registrados (ni siquiera el alquiler de una casa: viven en grandes hoteles, conocen profundamente a Vanoni (6), pero Vanoni no los conoce), hacen el «plan» de un negocio dado y fundan una sociedad cuyo único patrimonio es el plan mismo. El dinero lo pondrá el INS u otro organismo similar, apoyándose si es preciso sobre una «ley especial», digamos para el desarrollo del cultivo de cangrejos en la chatarra de barcos hundidos; problema que rápidamente pasa a la lista de los problemas nacionales de primera importancia, sobre todo si un parlamentario de oposición hace un potente discurso contra la ineptitud del gobierno.

Anteriormente, en efecto, el empresario común iba al banco a buscar los fondos para colocarlos en el negocio que proyecta. El banquero decía: — Bueno, cuáles son tus garantías? Muestra tus propiedades, títulos u otro... Pero un ente para-estatal no tiene estas bajas exigencias: *la meta nacional* le basta y suelta la moneda. El resto de la historia es previsible. Si, en el cuadro de su plan y proyecto de producción, el empresario a la antigua se «comía la rana» (7), estaba acabado: su dinero ya no era suficiente y abandonaba, avergonzado, a la clase patronal.

Nuestra sociedad de complacencia, con su brillante Estado-mayor, no tiene esta preocupación: si atrapa ranas que son compradas por *gourmets* a precios sobresalientes, es dinero ganado. Si por azar no atrapa ninguna, o si nadie las come, ningún problema: pagos por asistencia, indemnizaciones, participaciones han sido cobrados y es al INS que le toca pagar por el fallido plan-ranas.

Con este pequeño y banal ejemplo hemos explicado qué cosa es el capitalismo de Estado o la economía centralizada en el Estado: debemos precisar que la pérdida del INS la subsanan los pobres desgraciados que dejan en sus taquillas una nueva fracción del salario cotidiano.

El capitalismo de Estado es la centralización de las finanzas por el Estado, puesta así a disposición de aquellos que momentáneamente manejan la iniciativa de los empre-

sarios. Jamás la iniciativa privada ha sido tan libre desde que conserva la ganancia y que todo riesgo de pérdida le ha sido ahorrado, reportándolo a la colectividad.

Solo el Estado puede acuñar cuanta moneda desee, y castigar a sus falsificadores. Es sobre este primer principio de fuerza que descansa, en las formas históricas sucesivas, el proceso progresivo de expropiación de pequeños propietarios y de concentración capitalista. Con mucha razón hemos dicho siempre que toda economía en que las empresas tienen balances, y donde los intercambios se miden en moneda, no puede escapar a estas leyes.

El poder de Estado se apoya, pues, sobre los intereses convergentes de estos beneficiarios aprovechadores de planes especulativos de empresas y de su red con fuertes vínculos internacionales.

¿Cómo estos Estados no prestarían capitales a estos ladrones que nunca pagan sus deudas, pero que la hacen pagar por la fuerza a las clases explotadas reduciéndolas al hambre? La prueba, o si se quiere la nueva prueba, de que tales Estados «capitalizadores» se encuentran en esta posición de deudores crónicos de la clase burguesa, es que están obligados a emitir préstamos, volviendo a aceptar su dinero y pagando intereses.

Una administración socialista de «economía centralizada» no daría su aval a «plan» alguno que venga del exterior, tampoco pagaría intereses. Y no manipularía dinero.

El capital centralizado en el Estado no lo es sino en la medida en que haga más cómodo la manipulación de la producción dirigida al plus-valor y la ganancia, dispuestas «al alcance de todos», es decir, al alcance de los representantes de la clase de los empresarios, que no son ya simples capitanes de industria, sino notables hombres de negocios. Ya no se producen mercancías, decía Marx, se produce plus-valor.

El capitalista en carne y hueso ya no sirve para nada: el capital vive sin él, con la misma función, centuplicada esta vez. El sujeto humano se ha vuelto inútil. ¿Una clase privada de sus miembros? ¿El Estado al servicio ya no de un grupo social sino de una fuerza impalpable, obra del Espíritu Santo o del Diablo? Pasemos la ironía a nuestro *maitre* Karl. Aquí va la cita prometida:

«El capitalista, transformando el dinero en mercancías, que sirven como elementos materiales para un nuevo producto, incorporándoles luego la fuerza de trabajo viviente, transforma el valor - del trabajo pasado, muerto, cosificado - en capital, en valor hinchado de valor, monstruo animado que se pone a «trabajar» como

***poseído por el diablo»* (8).**

Al capital se le toma por estos cuernos.

(1) Bordiga se refiere al emperador de Alemania, que era un imperio antes de la «revolución» de 1918. Después de los primeros disturbios revolucionarios, los socialistas alemanes, que habían sido llamados al poder, no deseaban hacer abdicar al Káiser y proclamar la República; para los círculos burgueses dominantes esto era imperativo. ¡Había que cortar el paso a los espartaquistas, y a Liebknecht a la cabeza de los manifestantes que estaban a punto de proclamar la República social!

(2) It. : Don Carlo [Carlos Marx, NdR].

(3) Se trata de Castoriadis, fundador del grupo «Socialisme ou Barbarie».

(4) It. : *intestata*, verbo cuya raíz es "*testa*", cabeza.

(5) Luigi Sturzo, cura siciliano, fundador en 1919 de un partido católico, el Partido Popular Italiano.

(6) Político demócrata-cristiano. Fue comisario gubernamental del banco regional de la agricultura. En esa época de los años 50, Vanoni estatuyó una ley de reforma tributaria que llevó su nombre. Su ponderada reforma no fue sino «*un mecanismo para hacer pagar más a quien menos tiene*» (Cf. *Battaglia Comunista*, n° 23, 5-9 de diciembre de 1951, p.1, «*Vanoni ha quel che ha voluto?*»).

(7) It. : *prendere granchi*, litt.: «atrapar cangrejos» (ver más arriba), es decir: hacer tonterías.

(8) Subrayado por Bordiga. El pasaje original es el siguiente : «*Indem der Kapitalist Geld in Waren verwandelt, die als Stoffbildner eines neuen Produkts oder als Faktoren des Arbeitsprozesses dienen, indem er ihrer toten Gegenständlichkeit lebendige Arbeitskraft einverleibt, verwandelt er Wert, vergangne, vergegenständlichte, tote Arbeit in Kapital, sich selbst verwertenden Wert, ein beseeltes Ungeheuer, das zu «arbeiten» beginnt, als hätt' es Lieb' im Leibe*» «Transformando la moneda en mercancías que sirven de materiales para la formación de un nuevo producto o de factores del proceso de trabajo, incorporando a la **coseidad** muerta de estos últimos la fuerza de trabajo viviente, el capitalista transforma valor, trabajo pasado, **reificado**, muerto, en capital, valor que se valoriza a sí mismo, monstruo animado que se pone a «trabajar» como si tuviera el diablo en el cuerpo» (itálicas nuestras).

LAS DOS CARAS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

En el último suplemento dedicado a Venezuela, indicábamos que, desde sus comienzos, la Administración Chávez se había acoplado, acelerando sus relaciones con Cuba a partir del golpe fallido de abril de 2002. Por tanto, no es ningún azar si tomamos a Cuba como ejemplo de un tipo de "revolución" o mascarada de revolución [a la cual se le dedicó un artículo en ese mismo suplemento: «Hace lustros... "un carretero alegre pasó"», que tuvo un cierto eco en nuestros lectores y más allá, NdR] donde las bases incluso políticas y sociales de la dominación capitalista restan intactas. «Las dos caras de la revolución cubana», fueron publicadas por primera vez en nuestra revista en lengua francesa, «Programme Communiste», n°17, oct-dic de 1961; es decir, en momentos en que la revolución cubana irrumpía en la escena política internacional. Hoy, por todas las características que presenta la «revolución bolivariana», este artículo sirve para recordarlas, y que en aquel entonces correspondían a la "revolución cubana", observando que, 60 años después, la crítica que allí hacíamos es más que pertinente, si ahora la extendemos a esta hermana desconocida que, aparecida un buen día ataviada de «proceso revolucionario bolivariano», podemos calificarla como un (¿último?) intento de la contrarrevolución estaliniana, por perdurar y continuar haciendo estragos en las luchas de clase del proletariado mundial. Este magnífico artículo impregna parte de nuestros otros artículos dedicados a Cuba y a Venezuela, y a otros países y proletariados en situaciones parecidas; como una toma de posición política ampliada, que vuelve pedazos los innumerables mitos y supersticiones hasta ahora dominantes en torno al comunismo, "enigma de la historia por fin desvelado".

Que los "barbudos" hayan sido y sean las figuras representativas de los movimientos cubanos asociados a aquellos que han estremecido hasta sus fundamentos el orden tradicional en Asia y África, es sólo en **aparición**.

Su acto común es la lucha violenta contra el imperialismo y los grandes monopolios. Sólo que en el caso de los países afro-asiáticos la lucha por la independencia nacional que apunta hacia la constitución de Estados unitarios (dirigida contra las potencias coloniales, contra el yugo financiero del capitalismo imperialista) encierra un aspecto de lucha más amplio, más fundamental, contra estructuras tradicionales, feudales o parafeudales. En Cuba, y en general en América Latina, bien que a niveles diferentes, el capitalismo ha sido importado hace ya varias décadas desde Estados Unidos y otros países capitalistas, y, la economía interna presente, su estructura fundamental, mucho tiempo ha que es burguesa, es decir, se apoya sobre un proletariado numeroso y superexplotado.

En este último caso, el objetivo de la "revolución" anti-colonial reside en el esfuerzo de la joven burguesía indígena (1) de liberarse de la sujeción al capital financiero extranjero (a la

sombra del cual esta creció) o, según el caso, de establecer con este último una relación de co-participación en los beneficios que genera la explotación de los recursos locales, utilizando para sus fines el empuje de la rebelión de masas proletarias y semiproletarias, canalizándolo hacia el objetivo nacionalista, impidiendo toda posibilidad de orientación social-revolucionaria, convirtiéndola en trampolín para su propio afianzamiento en la dirección del Estado. Los movimientos y regímenes que surgen en estas áreas — aquí, el ejemplo cubano proporciona el modelo más "puro" —, se presentan como violentamente nacionalistas al exterior y reformistas al interior. En lo externo, su función histórica será la de generar rupturas de los equilibrios imperialistas, lo que puede en efecto provocar, y provoca, crisis de prestigio y serias dificultades económicas en los grandes centros de la piratería buguesa (Estados Unidos, en particular). El violento estallido que esto produce no puede dejar "indiferente" al proletariado mundial y al partido revolucionario comunista. Al interior, ejercen una acción de freno sobre los contrastes sociales. Por consiguiente, el problema de un *apoyo armado* a los partidos nacionalistas por parte del proletariado in-

ternacional e indígena ya no se plantea, en virtud de que el problema de "empujar la rueda de la historia hacia adelante" no existe, puesto que en esta zona no hay estructuras pre-capitalistas residuales que destruir [o que no perturban la hegemonía del capitalismo, NdR] (2). En cambio, se plantea el problema de la lucha abierta del proletariado por la conquista del poder, no sin antes denunciar los objetivos burgueses reformistas de estos partidos, así como el de provocar la *separación* de la clase obrera de los partidos y regímenes interclassistas, y proclamar al mismo tiempo la lucha abierta del proletariado por la conquista del poder.

En el caso particular de Cuba, el proletariado revolucionario puede valorar la tunda propinada tanto a los mastodontes azucareros y petroleros americanos, como a los gobiernos que han intervenido en nombre de la "libertad" y de la "autodeterminación" de los pueblos, así como el desenmascaramiento de estas falsas banderas ideológicas; pero debe burlarse y combatir la pretensión castrista de haber realizado una "revolución social" y, peor todavía, de haber construido de golpe y porrazo una "república socialista" con la bendición, como se debe, de ese otro centro mundial de nego-

cios: el Kremlin.

Los estalino-kruchevianos – representantes comerciales de regímenes bautizados progresistas e incluso socialistas – no son los únicos en creer y difundir el mito de la Cuba socialista, lo que entre paréntesis aporta agua al molino de los burgueses en

penuria de radicalismo que predicán la posibilidad de la "revolución" social sin partido de clase y, por ende, sin marxismo. Estos son ayudados por los nacional-comunistas al estilo de Tito y por aquellos que – para desgracia del gran revolucionario ruso – se proclaman trotskistas.

SOCIALISMOS PREFABRICADOS

Sin embargo, la cara de la "revolución social" cubana aparece claramente no sólo a través de las declaraciones, incluso las más recientes, de Castro y de los Padres del Kremlin, sino también a través de los análisis que grupos cripto-estalinistas hacen de estas declaraciones. En su número de diciembre de 1959, la revista «Cahiers Internationaux» definía la "revolución" castrista con mucha satisfacción y de la manera siguiente: «Una revolución que, en el período histórico actual, *es respetuosa de la propiedad privada*, no pretende romper el cuadro del capitalismo nacional (*se trataría más bien de desarrollarlo*), sino del capitalismo financiero monopolista extranjero. Una revolución que puede seguir una vía pacífica en el cuadro de la legalidad constitucional..., etc.»; y, en el número de febrero de 1961: «La Revolución cubana ha nacido "afeitada". La solidaridad y la abnegación de su pueblo, el aislamiento, la bancarrota política y la objeción moral de sus adversarios, han salvado al país del caos administrativo y de agitaciones económicas que hubiesen abierto el camino a una larga y destructora guerra civil [estas gentes desprecian la guerra civil y sus "riesgos", sobre todo, NdR]». El res-

peto de la propiedad privada se ha convertido en el centro de las declaraciones y actos del gobierno del gran Barbudo, incluso luego de los acontecimientos estridentes en que los Estados Unidos fueron vergonzosamente arrojados al mar. En un primer momento el movimiento castrista fue visto favorablemente por la Casa Blanca y el Pentágono, a causa de su oposición al régimen corrompido de Batista. No es sino a partir de la violación de los sagrados derechos de la propiedad de algunos ciudadanos norteamericanos que Washington comenzó a considerarlo como revolucionario. Y lo termina relegando al mundo de los herejes cuando, ante sus represalias, el régimen castrista decide alinearse con el bloque comunista, al menos en el dominio comercial y en el de la maniobra diplomática. Las bendiciones de la jerarquía católica no faltarán en el nacimiento de la "nueva sociedad" cubana; así como no faltan las proclamaciones *filo-barbudas* de la parte de economistas y sociólogos americanos, no obstante, firmes adversarios del marxismo. Más adelante veremos la realidad de la transformación económica iniciada por Castro. Por el momento, lo indicado es suficiente para desmentir su carácter socialista.

LIBERTAD MADE IN U.S.A

A fin de comprender su evolución, es preciso indicar – aunque sea de manera somera – los puntos fundamentales de la evolución de la isla, desde su independencia de España (realizada con la ayuda de los Estados Unidos) hasta hoy.

Es a partir de 1898 que pueden aplicarse a Cuba, y a la mayoría de los países latinoamericanos, las palabras de Lenin en su folleto **"Imperialismo, estadio superior del capitalismo"**: «Para esta época son típicos no sólo los dos grupos fundamentales de países: los que poseen colonias y los países coloniales, sino también las formas variadas de países dependientes políticamente independientes,

desde un punto de vista formal, pero, en realidad, envueltos por las redes de la dependencia financiera y diplomática. Una de estas formas, la semi-colonia, la hemos indicado ya antes. Modelo de otra forma es, por ejemplo, la Argentina. Lenin citaba a Schulze-Gaevernitz en su obra sobre el imperialismo británico (Leipzig, 1906): "La América del Sur, y sobre todo la Argentina, dice, se halla en una situación tal de dependencia financiera respecto de Londres, que se la debe calificar de colonia comercial inglesa"». Del mismo modo podemos decir que desde 1898, Cuba es una dependencia comercial de Estados Unidos, los mismos que le habían facilitado el

acceso a la independencia política.

Es bueno notar, sin embargo, que la intervención de las tropas U.S.A. contra España se puso en marcha después que la rebelión nacional cubana hubiera logrado prácticamente la victoria sobre los españoles. Como quiera que fuera, las tropas americanas que habían desembarcado en La Habana permanecerán por 4 años. Pero, desde 1901, entre las convenciones establecidas entre el gobierno cubano y Washington se acordó el establecimiento de un régimen preferencial de aduanas para las mercancías y los capitales americanos a su entrada en Cuba, así como concesiones y precios especiales para la tierra. Cuba renunciaba, además, al derecho (¡vaya independencia política!) de firmar tratados comerciales o de adquirir deudas con otros países que no fueran los Estados Unidos. El resultado fue claro: las inversiones americanas en Cuba se elevarán, en 1929, a cerca de un billón de dólares (en 1958 todavía eran de 850 millones); mientras que el mismo año cerca del 70% de las exportaciones cubanas se dirigían hacia U.S.A. y 65% de las importaciones de Cuba provenían de Estados Unidos. A propósito de inversiones, debemos notar que la cifra de 1958 (850 millones de dólares) es la más importante de todas las exportaciones de capitales realizadas en el mundo por los Estados Unidos (exceptuando los programas militares). Entre 1901 y 1933, la isla casi entera (90% de sus tierras cultivables) se convierten en propiedad de sociedades americanas alquiladas a largo plazo. El resto es hipotecado a favor de bancos y acreedores americanos. Tras el azúcar, vendrá el tabaco, además de todos los bancos, ferrocarriles, transporte urbano, electricidad, correos y otros servicios públicos: todo pasará a manos de capitales U.S.A., sin olvidar los yacimientos petroleros y la explotación minera. Las firmas norteamericanas más importantes se encontraban todas prácticamente representadas en Cuba, país que, durante casi medio siglo, se convierte así en el terreno de elección del imperialismo yanqui.

En 1958, Cuba alcanzaba la cifra de alrededor de 5.800.000 toneladas de azúcar, lo que representaba el 90% de la producción mundial y la casi totalidad de las necesidades comercializables. Desde 1895 hasta 1900, la producción de azúcar de caña alcanza un millón de toneladas, pero, para 1925, luego de un importante impulso de los

capitales norteamericanos que tenían predilección por este tipo de inversiones, la producción llega a 5 millones de toneladas. Simultáneamente, la proporción de tierras consagradas a las plantaciones de caña de azúcar llega rápidamente a casi 70% de las tierras cultivables, empleando el 60% de la mano de obra total.

El azúcar refinado, que representa el 80% del valor de las exportaciones cubanas, es producido en fábricas, 40% de ellas pertenecientes a propietarios norteamericanos, que tratan casi la mitad de la cosecha, mientras que el resto de propietarios cubanos posee 120 establecimientos que se atribuyen el resto de la capacidad productiva.

Todo el mundo sabe que el dominio del capital financiero americano ha tenido por efecto aumentar a gran escala el monocultivo de la caña de azúcar y el tabaco. Este monocultivo ha traído en consecuencia un incremento de la propiedad terrateniente privada, la expropiación y, por ende, la pauperización de los pequeños agricultores; acrecentando la vulnerabilidad de la economía indígena (dependiente de las vicisitudes del mercado mundial) a las crisis; aumentando las posibilidades de hambruna, al punto de nombrar a Cuba como uno de los más grandes centros de la "economía del hambre". Basta con indicar que el arroz, elemento esencial de la alimentación cubana, antes cultivado a vasta escala, ahora debe ser importado casi totalmente; lo que acarrea un gasto

de 20 millones de dólares anuales. Dependencia económica y política, fragilidad de las estructuras productoras, proletarianización, hambre y miseria crónicas, y, sobre esta base, la sucesión de gobiernos ultra-corrom-

pidos, representando a la vez los intereses del gran capital extranjero y de la propiedad aristocrática cubana; este es el balance de sesenta años de independencia bajo el ala protectora de la piratería yanqui.

IMPORTANCIA DEL PROLETARIADO Y SUBPROLETARIADO

Este capitalismo monstruoso de grandes terratenientes, injertado a un régimen semi-esclavista, engendró en Cuba un proletariado y subproletariado numeroso y superexplotado, viviendo en una espantosa indigencia.

De una población activa de alrededor de 2 millones de individuos, un millón y medio estaba constituido por asalariados puros, de los cuales más de 800 mil pertenecen al campo. Las clases medias, compuestas por empleados, artesanos y elementos de profesiones liberales no representan más de medio millón. A la importante proletarianización de la población cubana se agrega el fenómeno del urbanismo. De un total de 6.200.000 de habitantes, por lo menos un tercio se concentra en 9 ciudades que medio viven gracias a la actividad portuaria, refinerías, turismo, pequeños tráfico con diversas fortunas (y si es necesario, el contrabando) y gracias a los "servicios" que reclaman los barcos extranjeros y la base americana de Guantánamo. 500.000 obreros agrícolas dependen de la industria azucarera que los emplea solo 4 meses por años, el tiempo de la cosecha. El paro se encuentra entre 15 y 20% de la mano de obra total.

Con la importancia de las tradiciones anarco-sindicalistas, el rápido control capitalista de la economía cubana tuvo como resultado de provocar un reagrupamiento de asalariados en organizaciones sindicales: más de un tercio de los proletarios agrícolas o urbanos están sindicalizados. Solamente unos pocos negros y los "guajiros" (de los que hablaremos más abajo) rechazan inscribirse.

No es difícil comprender cuál era el potencial revolucionario de esta masa de sin-reservas. Sin embargo, cuando las masas campesinas y obreras irrumpen en La Habana manifestando contra el gobierno de Batista, el "Movimiento 26 de Julio" (2) se había ya preparado para ofrecerles el poder bajo la forma de una integración a un gobierno de Frente Popular, con objetivos puramente burgueses de democracia e independencia nacional, sostenido por elementos radicales (estudiantes, intelectuales, pequeños y medianos burgueses del campo y la ciudad). Había que "evitar el caos" a todo precio, es decir, impedir que las masas proletarias salieran del cuadro legal: es así como se les conduce hacia... el socialismo.

LOS GUAJIROS

Los guajiros son los descendientes de los primeros colonos españoles que no recibieron la tierra necesaria para prosperar. La mayor parte son iletrados, propietarios miserables o campesinos-aparceros, ahora agrupados en asociaciones de pequeños propietarios y de granjeros, asociaciones creadas por los "revolucionarios" cubanos; tienen así voz preponderante no sólo en las decisiones que tienen que ver con la reforma agraria, sino también en la selección de los cultivos industriales del azúcar, tabaco, etc... pero, sus opiniones y decisiones son inspiradas por su volun-

tad de escapar a la proletarianización a las que los condena la concentración industrial de las tierras, que los lleva al endeudamiento progresivo. Es, por tanto, un elemento de lo más reaccionario puesto que, bajo el pretexto de diversificación de los cultivos, orienta la reforma agraria hacia una extrema parcelación de la tierra. Si bien arrancar a Cuba del monstruoso sometimiento a la monocultura era una medida que se imponía, dividir el suelo en pequeñas parcelas privadas es un objetivo pequeño-burgués y anti-proletario que pesará sobre el desarrollo del movimiento cubano.

EL CASTRISMO

Arrestado luego de la tentativa de julio de 1953, durante su proceso, Castro basó su defensa en la constitu-

ción de 1940 que reconocía el derecho a la revuelta, citando ejemplos de revoluciones modernas anti-feudales,

**¡Lean, difundan, sostengan la
prensa internacional del partido!
¡Suscribanse!**

- II comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 5FS

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 4 €; £ 3; 8FS;
América Latina: US\$ 2; USA-Cdn: US\$ 4

- El programa comunista -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 €; £ 2; 8FS;
América Latina: US\$ 1,5; USA-Cdn: US\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 €; 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US\$ 2; América
Latina: US\$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «le prolétaire»
Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

así como las declaraciones de los Derechos Humanos y de la Independencia de Estados Unidos. En su defensa, que hoy [estamos en 1963, NdR] se le puede considerar como su programa, incluye la restauración de las libertades públicas y de la democracia política. Desde el punto de vista económico, reivindica la atribución de las tierras a los pequeños granjeros, la propiedad no hipotecable, no transferible, la nacionalización de los servicios públicos y la restitución al pueblo de las tasas telefónicas o telegráficas percibidas indebidamente. En cuanto a los trabajadores, Castro proponía el derecho a repartirse hasta el 30% de las ganancias de todas las empresas industriales, mineras y comerciales, incluidas las fabricas azucareras.

Tomando el poder en enero de 1959, ¿qué es lo primero que Fidel ataca y a qué ritmo? Reducir el arriendo, aumentar los salarios más bajos, atacar el problema crónico del paro, deben necesariamente ser las primeras acciones en un país de América central, donde las dictaduras policiales reinan desde 1930, su misma burguesía nacional es débil, la base rebelde descansa en los campesinos sin tierras, en fin, una parte de las pequeñas empresas industriales y comerciales está arruinada debido a la enorme concentración financiera de los Estados Unidos. En el dominio agrario, la tierra se divide por parcelas que son entregadas a familias y granjeros, mientras que se establecen cooperativas de producción en las regiones donde se cultiva la caña de azúcar.

Pero, el simple hecho de introducir tales medidas en el paraíso de las inversiones americanas significa atacar a los Estados Unidos. Después que el estadio de amenazas fue sobrepasado, al engranaje de medidas de extorsión de parte de Washington se puso en marcha contra el gobierno cubano que podrá responder de manera más eficaz que en Guatemala u otras repúblicas sudamericanas que se han sublevado contra los USA, puesto que ha "afeitado" preventivamente su revolución, presentándose como el dirigente de un movimiento popular en que el proletariado es ahogado en la masa campesina que reclama tierra y, como lo indica la revista «Cahiers Internationaux», «la estabilidad del empleo, condiciones de trabajo más humanas y salarios equitativos».

En los primeros meses de 1960, en respuesta a los ataques americanos contra Cuba, además de los complejos

azucareros, el gobierno de Castro arranca primero el control, y nacionaliza después, las propiedades extranjeras, americanas principalmente, como el caso de las refinerías de petróleo, controladas por sociedades americanas que rechazaban procesar el petróleo venido de la Unión Soviética. En mayo de 1960, sobre 1.620.000 hs de tierra consagradas a la caña de azúcar, cerca de 1 millón pasan al control del gobierno cubano. La mitad quedará reservada al cultivo de la caña de azúcar, el resto será utilizado para otras especies vegetales. La gestión directa del gobierno central intervendrá en 230 mil, de las 400 mil explotaciones agrícolas controladas ahora por el gobierno cubano. La expropiación pura y simple no tocará sino al 10% del total encuestado. Por la sola compra de 350 explotaciones serán reembolsados cerca de 8 millones de dólares, $\frac{3}{4}$ en bonos del tesoro a 20 años (valor basado en el impuesto hipotecario utilizado para las pequeñas parcelas). En líneas generales, las expropiaciones golpearán, además de los monopolios americanos, a los terratenientes que habían apoyado a Batista, las empresas donde los conflictos laborales habían sido recientemente frecuentes. Hasta aquí, solo las compañías mineras de capital U.S no fueron tocadas. Sabemos además (y esto ha sido repetido últimamente muchas veces) que la "reforma agraria" no toca las propiedades de más de 400 hectáreas. Esta es incluso más tímida que la practicada por Nasser, sin contar que la misma deja en pie a las empresas con cierta eficiencia.

El gobierno lanza un programa de industrialización; problema urgente en todas las repúblicas latinoamericanas, caracterizadas por un desarrollo anor-

mal y repleto de desequilibrios de la economía capitalista que desarrolla una o solamente algunas ramas de industrias ligadas a la explotación de los recursos naturales, sacrificando o asfixiando las otras; este problema es tanto más urgente cuanto reina, de manera crónica, un desempleo total o parcial. Pero para que tales planes puedan realizarse – en el cuadro de una "revolución" radical-burguesa – supone la "ayuda" nada "graciosa" de la gran finanza extranjera. Es por ello que, dado que la deuda exterior de Cuba había aumentado alrededor de 80 millones de dólares US (a la huida de Batista, ascendía a 1,5 billones de dólares) y con las existencias de azúcar no vendida de la cosecha de 1959 que rondaban el millón de toneladas, no queda más que darle la bienvenida, primero, a compradores neutros y, luego, a rusos o chinos u otros demócrata-populares. En un comienzo, los rusos compran 1.700.000 toneladas, y después 345.000 t. Qué ganga (en la ONU Fidel Castro cae en los brazos de Kruchev); pero a qué precio? ¿Por lo menos al mismo precio de los Estados Unidos? En absoluto. Los americanos garantizaban la compra de 3 millones de toneladas de azúcar, a precios medios de 1957, es decir, a 5 céntimos la libra. Pero su cotización internacional había caído a 2,78 céntimos la libra, los rusos ¡hicieron que su nuevo amigo yanqui aprovechara el precio del mercado mundial! El resto es historia reciente. En todo caso, el choque violento contra los U.S.A y la pantomima de proclamación de "república socialista" no han cambiado en nada los caracteres fundamentales de un régimen interclasista, democrático-radical, y nacional-estatista.

EL ESTALINO-KRUCHEVISMO

Se puede preguntar cuál ha sido el rol que ha podido jugar el partido comunista cubano en los acontecimientos que llevaron al triunfo del "Movimiento 26 de julio".

El P.C nació en la provincia de Oriente en 1919, y fue puesto fuera de la ley por Machado, primer dictador cubano puesto por los U.S.A. Forzado a la clandestinidad y, a partir del estalinismo que ya reinaba en la URSS, convertido en agencia de la política exterior soviética, se embarca en aventuras similares a las del P.C chino.

1933 marca tanto la llegada de Hitler al poder y los inicios de la política

anti-fascista de Stalin, como el reconocimiento de la Unión Soviética por parte de Roosevelt, entonces presidente de los Estados Unidos. En el curso de las negociaciones que concluirán en este reconocimiento, uno de los servicios ofrecidos por Stalin a Roosevelt fue el de frenar la agitación revolucionaria que se encontraba en plena ebullición en Cuba: los trabajadores se apoderan de las fabricas y proceden a la formación de Soviets locales. Además del completo silencio observado por Moscú sobre estos eventos; de esta forma la política de no-intervención de la central comu-

nista sabotó abiertamente los esfuerzos del proletariado cubano. En los años que preceden a la segunda guerra mundial, y especialmente hacia 1938, prosiguiendo la línea de Frente Popular, el Pleno del Comité Central del Partido Comunista cubano decide incluso «adoptar una actitud positiva hacia el coronel Batista, puesto que este ha cesado de ser el centro de la reacción y ahora profesa la democracia». Cortesía que Fulgencio Batista devuelve legalizando al P.C cubano. De esta manera durante 6 años (1938-1944), hasta la caza de brujas desencadenada en los USA y el comienzo de la guerra fría, el P.C cubano colaboró con los diversos gobiernos fantoches de Batista y con las coaliciones electora-

les organizadas desde Estados Unidos. Incluso, al parecer el Partido Comunista cubano utilizó su influencia en los sindicatos para impedirles pasar a la acción o, donde este fuera posible, hacerlos pasar bajo el control del gobierno. En todo caso, los comunistas jamás aportarán la menor ayuda al "Movimiento 26 de julio" de F. Castro; todo lo contrario, lo atacarán incluso en momentos en que reinaba el terror de Batista. Hoy [septiembre de 1961, NdR], bajo el nombre de Partido Socialista Popular (desde 1944), los comunistas reafirman su apoyo al programa de F. Castro, al mismo tiempo que considera que las medidas ya tomadas, sin constituir medidas socialistas, ¡conducen a este!

con él, la revolución comunista. En consecuencia, a partir de ahora, toda sacudida en el subsuelo económico puede provocar la acción autónoma del proletariado en cualquiera de esas áreas, y, también, en las viejas metrópolis capitalistas; por consiguiente, para mantener al globo en los límites de la paz social – a fin de que el capital pueda reproducirse libremente – la nueva Santa Alianza (realizada en Viena, como su abuela hace más de un siglo) entre la virgen rusa y el alcahuete americano es necesaria para hacer frente a la revolución.

Pero hay zonas del planeta en que la necesidad de revolución es crónica, tal es el caso de América central y latina. ¿Lograrán los Estados Unidos, ahora con la ayuda de su aliado soviético, canalizar el desarrollo de este continente y dominar al proletariado? Los hechos ocurridos en Cuba prueban su dificultad. Todo este continente juega, en efecto, el rol que juega Argelia con respecto a Francia. Es sobre todo allí que los capitalistas estadounidenses extraen sus enormes beneficios, una parte de los cuales sirve para "comprar" a la clase obrera de su país. Estos países constituyen el plato de entremés de su hegemonía mundial.

¿Es eterna la paz social, tal como quisieran hacernos creer los teóricos del Welfare, del capitalismo popular, del marginalismo, etc? No. Tampoco el capitalismo. La sacudida que despertará al proletariado norteamericano podría muy bien venir de América Latina. En efecto, poner en entredicho el poder del capital financiero no podrá dejar de tener repercusiones en los Estados Unidos. Los campeones del anticolonialismo clásico se verán bien obligados a reconocer que el límite de la potencia nortea se inscribe en el subcontinente, que los datos de su caída se preparan allí, porque en compensación a la feroz explotación que habrá infligido, tarde o temprano, la revolución le llegará. La orgullosa América deberá a su vez admitir que en su casa también se plantea un problema social y por la misma razón proclamará su fracaso, ante la imposibilidad de aburguesar al proletariado, garantizándole una seguridad, aunque fuese al precio de la explotación del resto del mundo.

En Cuba – así como en los otros países de América latina y de la Argelia de mañana –, el proletariado autóctono dominará la escena política.

¡AMÉRICA, AQUÍ ESTÁ TU ARGELIA!

En la dominación del mundo, la majestuosa y orgullosa América – en el curso de los primeros años del siglo XX – ha reemplazado a la espléndida y páfida Albión. Desde el fin del primer conflicto mundial, Lenin y Trotsky ponían en evidencia el nuevo domicilio del bastión de la contrarrevolución. El monstruo de la dominación capitalista había cambiado de nombre, la estrategia proletaria continuaba siendo la misma. A finales del siglo XIX, ningún movimiento socialista podía tener éxito si la lucha proletaria no lograba abatir la potencia británica; así como hoy la revolución comunista no podrá triunfar sin la destrucción de la potencia americana por parte del proletariado revolucionario.

Con el fin de evitar las repercusiones que los movimientos revolucionarios pudieran tener en su proletariado, Inglaterra tenía interés en mantener el equilibrio europeo. Esta procedió a comprar a sus proletarios por una cifra ínfima, asociándolos a la percepción de las superganancias que provenían de la explotación del mundo entero. Para mantener la paz social en Europa, esta encontraba un aliado natural en la Rusia zarista que tenía dos revoluciones, la burguesa y la proletaria. Estas dos potencias que se hacen la competencia en Asia y Medio-Oriente (la famosa cuestión oriental, cuestión colonial) trataban todavía de limitar las consecuencias de sus conflictos, siempre optando en última instancia por un status-quo, por miedo a que el desequilibrio provocado por el avance de una sobre la otra favoreciera la aparición de otra potencia que ambas odiaban y que ya las había hecho

temblar: la revolución.

Hoy los Estados Unidos han reemplazado a Inglaterra; también ellos han encontrado un aliado en Rusia que de zarista se ha vuelto soviética, disfrazada con la máscara de la revolución. Su enemigo común es el mismo: la revolución comunista que ha aumentado su potencia desde hace un siglo, puesto que para el mundo entero es la que está "en vigor".

El Zar de todas las Rusias consideraba que si Su Majestad británica deseaba bien aliarse con él, ninguna potencia podría condenar la política que ambos preconizarían. Del mismo modo, hoy, Kruchev considera que la suerte del mundo depende de la alianza de U.R.S.S - U.S.A. Para que esto sea posible, se deben eliminar las otras potencias (Francia, Inglaterra en particular). Es por esto que la famosa reunión de la Cumbre de los Cuatro Grandes fue transformada en "G-2". Y, con el fin de mantener el statu-quo, el joven capitalismo del Este se alía al de la República Federal que llegaba a su madurez.

La "revolución cubana" ilustra claramente todo esto; lo mismo se repite en otras zonas del mundo: Laos, Congo, y de manera solapada, en Argelia.

La revolución ha sido truncada en el área europea (Rusia comprendida) y en América del Norte. La onda revolucionaria burguesa que, después de 1945, se había desencadenado en Asia, y extendido, a partir de 1950, hacia África, se amortiza y muere una vez cumplido su rol: la instauración de Estados nacionales. A partir de allí otro protagonista aparece en estas dos últimas áreas: el proletariado y,

Una vez más la burguesía, como un aprendiz de brujo, no logrará jamás contener las fuerzas que, voluntariamente o no, habrá desencadenado. Entonces, el Mito del "socialismo" de Cuba – socialismo concedido por arriba y compatible con la propiedad privada, la producción mercantil y el salario –, socialismo que no es más que un disfraz bufón del capitalismo que no puede sobrevivir sino negando su propia existencia – se desvanecerá. ¿Es todo? No, ello tendrá como consecuencia provocar la separación de la clase obrera estadounidense de su burguesía. Es entonces que se podrá plantear el problema del vínculo

lo entre el proletariado del norte y el proletariado del sur, para la preparación del asalto a la ciudadela del capitalismo mundial. ¡Entonces, orgullosa y potente América, tu hora habrá llegado!

(1) Para ahondar sobre la cuestión de las relaciones de las jóvenes burguesías con las antiguas potencias tutelares, los lectores pueden remitirse a nuestra revista en lengua española: *El Programa Comunista*, n°27, enero-abril de 1981, § *El cierre de la fase revolucionaria burguesa en el*

"Tercer Mundo".

(2) *Nota de la redacción:* En la época de escribir este artículo, en América Latina, fuera del desarrollo propiamente capitalista, en formas esporádicas y localizadas, todavía existían o persistían economías y relaciones pre-capitalistas. Pero estas eran las "minucias" que el mismo Marx apartaba para el análisis del capitalismo "abstracto"...

(3) El nombre de "Movimiento 26 de Julio" viene de la primera acción de Fidel Castro en 1953, cuando una columna de 200 de sus compañeros se apoderó de una estación de radio en Moncada - Santiago de Cuba.

«el proletario»

**Órgano del partido comunista
internacional**

Precio del ejemplar: Europa : 1,5 €, 3 FS ; América latina: US \$ 1,5; USA y Cdn: US \$ 2.

No 2 - Abril de 2013

- Sólo la lucha llevada a cabo con medios y métodos de clase puede dar alguna esperanza al proletariado de que logrará vencer a la burguesía y a su sistema de explotación y miseria

- Capital, ocio y miseria

- A la muerte de Santiago Carrillo (I)
- Contra los recortes y los despidos, los proletarios deben recuperar la huelga como arma de clase

- Notas sobre el sindicalismo rojigualda

• ¡Abajo la intervención imperialista en MALI! ¡Abajo el imperialismo francés!

No 1 - Diciembre de 2012

- El capitalismo español a la deriva

- ¿ Por qué «El Proletario» ?

- Marx sobre la deuda pública
- La huelga general del 29 de marzo
- Rescate del sistema bancario a España

Las burguesías española e internacional prometen a los proletarios más explotación, más sufrimiento y más miseria con el fin de sanear su economía

- La huelga de los mineros

- **Marcha negra.** El teatro de la lucha de clases

- Masacre de mineros huelguistas en Sudáfrica

- Crisis y lucha en Portugal

- Cuba: Hace lustros, «un carretero alegre pasó»...

- La lucha estudiantil en Quebec

- Huelga general del 14 de noviembre

Suplemento a «el programa comunista»

Precio: Europa: 1 €. América del Norte: US \$ 1. América Latina: US \$ 0.5

Suplemento No 17 al No 49 - Junio de 2012

- La nueva Reforma Laboral: el proletariado, como siempre, golpeado por la burguesía y por sus aliados políticos y sindicales.

- **Contra los recortes y las medidas antiobreras de la burguesía.**

- Grecia es España... e Italia, Irlanda, Inglaterra, Portugal...

- Val di Susa: el movimiento NO TAV golpeado por el despotismo político y social...

- Manifestación en Lisboa contra el agravamiento de las condiciones de vida.
- Egipto: entre represión militar, reacción islámica y luchas obreras. La amarga victoria de la democracia.

[illegible][illegible]

El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (2)

(Informe a la Reunión General del Partido en Florencia – del 30 de abril al 1º de mayo de 1967)

Las dos primeras partes de este artículo aparecieron en el precedente número de nuestra revista en lengua castellana, el programa comunista, n°49 (sep. de 2011).

DEL OTOÑO DE 1921 AL VERANO DE 1922

La grave derrota sufrida por las bandas negras en el terreno de la lucha abierta contra los obreros de un centro industrial, de importancia bastante secundaria en Italia – Roma –, en momentos en que se efectuaba el congreso constituyente del Partido Nacional Fascista, planteó un problema al fascismo, que ahora se presentaba con todas sus tendencias reconciliadas: en un sentido, volver a comenzar la escalada a los centros vitales de la economía, verdaderas fortalezas de la clase obrera organizada, partiendo como de costumbre de la periferia agraria del bajo valle del Po y sobre todo de Emilia, para converger poco a poco en el triángulo industrial Milán – Génova – Turín. Esta ofensiva no tendrá lugar inmediatamente, sino después de una larga preparación militar y un prudente sondeo del adversario. Cuando por fin esta se desencadena, tendrá por característica la de una **extrema concentración, de abundantes medios, y de voluntad para ir hasta sus últimas consecuencias**. Esta alcanzará su paroxismo después de la huelga del 1º de agosto de 1922. Es de este mes – y no de octubre – que data verdaderamente la ascensión del fascismo al poder.

El cálculo fue rápidamente hecho, y ningún gran cerebro – ni ningún «duce» – fue necesario para ver las decisiones que esto implicaba. Por una parte, el PNF [Partido Nacional Fascista, Ndr] sería reconocido y ungido por las bendiciones de la legalidad democrática y parlamentaria, así como de gozar de todos los apoyos del aparato de Estado, todos los partidos de estricta obediencia burguesa; por otra parte, no era difícil prever que una violenta ofensiva patronal se iba a desencadenar en otoño de 1921, comenzando por la **reducción de los salarios**, en tiempos en que aumentaba vertiginosamente el paro (608.819 parados, en enero de 1922; contra 512.260, en diciembre de 1921), la acción desmovilizadora de los reformistas que dirigía la CGT debía desmoralizar aún más profundamente a una clase obrera que resistía hacía ya dos años y que, bien que decidida a «aguantar», tarde o temprano debía ceder bajo la presión de la reducción de salarios y de la rarefacción del empleo.

Bajo la presión de los obreros, y como consecuencia de la vigorosa acción de los comunistas, la CGT se vio obligada a convocar un consejo confederal en Verona. En previsión de este evento, el 25 de octubre el Comité sindical comunista había renovado su proposición a las grandes organizaciones proletarias italianas

«por un movimiento único que culmine en la huelga general nacional, para defender las reivindicaciones fundamentales concerniente a las condiciones de existencia de los trabajadores»

Estas reivindicaciones debían ser elevadas al rango de principios a los cuales nadie debía extraerse. En cuanto al movimiento, se debía prever y organizarle

«desde los primeros síntomas de la ofensiva patronal, y no minimizarlo desviando a las masas del empleo de la fuerza organizada»

El plan de la CGT era otro: esta tendía al contrario, **precisamente ahora**, a fragmentar las luchas obreras introduciendo la maldita política llamada de «**la articulación**» (de la compartimentación, en realidad) o, peor todavía, aceptando la tesis según la cual el nivel de los salarios debía estar subordinado a un examen y un control preventivo de la situación económico-financiero de las empresas: el «control de la producción» se retornaría contra los obreros que servía para justificar la reducción de los salarios, mientras que, en septiembre de 1920, los dirigentes confederados aceptarían poner fin a la ocupación de las fábricas, a cambio de la simple promesa de este «control» que, según ellos, ¡debía permitir reducir las superganancias que generaba la guerra! Eludían, además, el problema de una acción general y única de la clase obrera por la defensa del salario, del puesto de trabajo y de la organización sindical, la moción reformista del Congreso de Verona pedía al... parlamento elaborar

«un proyecto orgánico (!) de cambios (!) profundos y sustanciales en la orientación política de la administración estatal a fin de consagrar a los intereses vitales de la colectividad los recursos que hoy se desperdician en gastos improductivos de la guerra, de la marina, de las colonias, etc... y por último, financiar largamente los trabajos públicos de verdadera utilidad colectiva que la burguesía no ha siquiera emprendido».

El plan era entonces triple: acción **no** unitaria del proletariado, ficción del «control sobre las industrias», iniciativa parlamentaria en favor de medidas «sociales» aplicadas por un gobierno tan de «izquierda» como fuera posible.

En la moción más arriba citada, el comité central sindical comunista respondió que

«en la situación social presente, el proletariado debía, por el contrario, oponerse con su acción de clase y su fuerza organizada a las exigencias de los capitalistas, rechazando descender al insidioso terreno del examen de la situación de las empresas burguesas que era posible disimular con mil artimañas, sobre todo si las encuestas fueran confiadas a los árbitros delegados por el estado capitalista (el control debía, en efecto, ser ejercido por comisiones paritarias comprendiendo un árbitro designado por el gobierno)... La retribución del trabajo se determina en el terreno de las luchas de clase hasta el momento en que, dado que el equilibrio era imposible, la lucha del proletariado tenderá a ir más allá de los límites impuestos por el sistema político y económico».

El 2 de noviembre, en un artículo publicado por «El Comunista», el problema fue planteado en términos claramente expresados desde el título mismo: **«Cómo se presenta hoy la lucha para los obreros: el combate o la muerte»**. En él leíamos especialmente:

«El problema del Estado ha sido puesto sobre el tapete: las fuerzas de la evolución de la producción abandonan por un momento el primer plano, esperando la sentencia pronunciada por la salida de la guerra civil. Si, frente a la ofensiva patronal el sindicato capitula, ello desbrozará el camino a la tenebrosa solución que impondrá la feroz dominación de un monopolio capitalista invencible a un proletariado vaciado y disperso. Si, frente al ataque el sindicato espera la intervención del poder burgués, colocándose en este peligroso punto de vista que consiste en decir que la lucha es inútil, ya que mantener el nivel de los salarios es incompatible con la vida de las empresas productivas, el resultado no sería diferente. El Estado no puede intervenir sino en nombre del monopolio patronal. La vacilación frente a las pretendidas necesidades de la máquina productiva actual – es decir, la necesidad de perpetuar la explotación y las ganancias patronales – y la inercia de las masas garantizan una sola cosa: la descomposición y la derrota».

Dos días más tarde, en el artículo **«El control burgués»**, se podía leer igualmente:

«Que el proletariado se cuide del engaño criminal de aquellos que quieren hacer creer que la intervención del gobierno puede conducir a un control indiferenciado de la crisis económica y persuadirlo de renunciar no solo al ataque, sino también a la defensa. El control de un organismo formado por delegados obreros, patronales y gubernamentales que no representan, ni siquiera de lejos, un encaminamiento hacia el control proletario de la producción: eso sería un control burgués. Control burgués, pero no en el sentido que la mayoría patronal y estatal pudiera encontrar nuevos métodos para disciplinar el desarrollo de las fuerzas productivas, régimen burgués e indisciplina económica siendo históricamente inseparables. Control burgués porque en el seno de un organismo así, la clase obrera pide al adversario controlar su propia táctica de clase, multiplicando por esta abdicación las posibilidades que tiene el Estado de asumir la defensa contrarrevolucionaria del capitalismo».

«A todos aquellos que dicen querer ofrecer los medios que permitan esclarecer el mundo misterioso de la economía y ejercer su influencia y que son los agentes directos

o indirectos de la burguesía, el proletariado debe responder: el control de producción, nosotros deseamos conquistarlo sin vosotros y contra vosotros, no por medio del Estado actual, sino después de haberlo destruido por medio de nuestra lucha revolucionaria, base de nuestra victoria política y de la única posibilidad de disciplinar las fuerzas productivas».

Nadie podía frenar en la rampa de la traición a una CGT que, precisamente en ese momento, rechazaba adherirse una vez más a la Internacional Sindical Roja bajo el pretexto de que ella no estaba ligada al PSI por el célebre «pacto de alianza», y que bajo el peso de este pacto, el PSI le dejaría estar y no intervendría jamás para denunciar sus actividades. El patronato que durante un año permaneció a la defensiva, dejando a los energúmenos fascistas la tarea de atacar, comenzó su ofensiva a escala nacional procediendo primero a los despidos y a reducciones salariales. Sin embargo, ya en octubre, la FIOM había tolerado que la huelga de los metalúrgicos lombardos se agote en el aislamiento; la FIOM había «aceptado» discutir las reducciones de salario y, colmo de la infamia, se habían extendido con los industriales para suspender durante dos meses (es decir hasta el 1º de enero de 1922) el examen paralelo de las reducciones salariales y de la «situación de las empresas», estudiando todos los casos, uno por uno. Esta pretendió que la obtención de este aplazamiento y la fragmentación de la discusión habían creado un precedente favorable a los... obreros. Sin embargo, a comienzos de noviembre, la industria ligera, estimulada por el fin de las huelgas en Lombardía, aprieta más las tuercas: la agitación completamente aislada dura hasta el 17, pese a los llamados urgentes del P.C. de Italia en favor de la huelga general nacional.

«Con el fin de favorecer la pacificación de los espíritus (!) y confiando en la posibilidad de un periodo de entendimiento estable (!!) entre los industriales y su personal»...

...el patronato y la CGT le ponen fin así a la huelga, peor que en Lombardía: las fábricas fueron reabiertas y la apertura de las negociaciones había sido fijada para el 27, pero la fecha en la que debe establecerse el «statu quo» de los salarios no lo ha sido. El «precedente» ha sido explotado inmediatamente por los industriales de la Venecia juliana, razón que empujó a los metalúrgicos de esta provincia a una huelga monstruosa que durará del 18 al 28 de noviembre, pero que, ellos también, realizaban en forma aislada: esta fue jalonada de violencias, asesinatos y arrestos, mientras que los ferroviarios de la región de Nápoles sufren las sanciones disciplinarias del gobierno Bonomi en razón de su huelga de solidaridad con sus colegas de Roma, y es en vano que los comunistas llaman a **toda** la categoría a la huelga general en una serie de proposiciones y manifiestos. El 29, a su vez, los tipógrafos de Trieste paran de trabajar para protestar contra el asesinato de dos de ellos: el sindicato declara la huelga general, pero solo por una jornada. El 8 de diciembre, todo el proletariado de Turín abandona el trabajo para marchar contra las feroces sentencias pronunciadas por los tribunales contra los supuestos asesinos de un guardia real: los social-demócratas aportan una demostración pública de su «sentido cívico» absteniéndose de votar por esta huelga. Los hechos mismos indicaban a los proletarios la vía de una acción única y exigían ampliar la base de los conflictos haciéndoles convergir con otras categorías para unir las en torno a reivindicaciones políticas y económicas, como por ejemplo aquellas que concernían al régi-

men disciplinario al cual los ferroviarios estaban sometidos. Pero el reformismo tenía **otras** lecciones que aportar a la historia; en efecto, en el curso de aquel mes, multiplica los contactos con el gobierno y promete la meta del «control de la industria». Toda referencia al principio de la independencia de la lucha proletaria molesta por tanto sus perspectivas de «progreso pacífico» con vistas a una colaboración abierta: mano insoportable de los magistrados puede bien ahora abatirse sobre los agua-fiestas extremistas sin el más ligero remordimiento, puesto que este juzga el extremismo como periclitado!

En estas condiciones, no podríamos sorprendernos que el fascismo haya juzgado que tenía que «ganar tiempo» manteniéndose como estatuas y dejando al reformismo confederal y parlamentario preparar el terreno antes de asestar el golpe **decisivo**. Las bandas fascistas podían esperar, siempre y cuando los industriales lograban fatigar la resistencia obrera mediante despidos y reducciones salariales. Las raras manifestaciones de jóvenes en camisas negras en las calles de Roma, en enero, bajo los gritos de «Abajo el parlamento! Viva la dictadura!», una vez más darán el pretexto al PSI de precipitarse para defender, ya no, lamentablemente, las Bolsas del Trabajo y las organizaciones proletarias, sino ¡las instituciones de la Patria!

Es en esta situación que la obra nefasta e indudablemente derrotista del PSI con respecto a las luchas obreras aparece con su cara más cínica, confirmando una vez más el hecho de que el fascismo vence únicamente allí donde la clase obrera ha sido ya neutralizada por la traición reformista y democrática. El 6 de diciembre, después de un año de inercia, de capitulación, de aceptación pasiva de los *diktats* de la CGT y de la derecha, de rechazo de la mano tendida demasiado generosa de la Internacional Comunista, la dirección «intransigente» del P.S.I se despierta bruscamente y... lanza un manifiesto «contra la reacción». Esta, afirma, ha tomado «por sorpresa» al partido;

«si era previsible y estaba previsto que la burguesía lo atacaría porque estaba asustada por nuestra fuerza [en realidad atacaba al proletariado por que estaba segura de la debilidad de sus dirigentes mayoritarios], no era previsible (!!) que, renunciando a la reacción gubernamental, recurriría a la violencia salvaje y extralegal, anulando sus propias leyes (!!) y demostrando prematuramente, [cuando los maximalistas habían proclamado además que la revolución era inminente!] cuán ilusoria era la esperanza de los espíritus más humanitarios creyendo que, en un país de civilización milenaria, [como si la civilización milenaria fuese una garantía contra la... violencia!] el régimen capitalista pudiera extinguirse en el curso de una transformación pacífica».

Excusándose de no haber hecho más («El Partido ha lanzado la consigna: resistir como y donde se pueda» — es decir, nunca —), y proclamando no poder «dejar sin eco el grito de dolor de los trabajadores oprimidos», la dirección del P.S.I declaraba:

«Todas nuestras fuerzas deben asociarse sin tardar, sin reserva, con la certeza de obrar por los mismos objetivos. El sistema inaugurado por la burguesía no marca la apertura de una nueva era, pero traiciona su confusión (!) en vísperas de una catástrofe inevitable. A vosotros, camaradas, pedimos vuestra confianza, la confianza más fraternal en nuestra obra de coordinación de acciones y voluntades. Os decimos: confianza y solidaridad en nuestras filas! Pero también disciplina, que es nuestra fuerza más maravillosa, contra la que se quebra-

rán las más monstruosas tentativas de aplastamiento»

¡Sobre las directrices a seguir, sobre la obra desmoralizadora de la CGT en las últimas huelgas, ni una palabra! Una oposición puramente retórica al cinismo de los actos de la reacción. Sea lo que sea, ¿qué es lo que había revelado a la consciencia adormecida del P.S.I que estábamos en la víspera de una catástrofe? El hecho de que en el seno del equipo gubernamental, el crac del Banco de Descuento y una serie de otras cuestiones políticas, económicas y financieras habían generado una cierta tensión; una crisis ministerial se anunciaba: como sabemos, la dirección del P.S.I era «intransigente» en su rechazo de entrar al gobierno, pero, tomando en cuenta la existencia de «una fisura en la expresión política de la clase burguesa», proyecta explotar *«este estado de hecho en el cuadro parlamentario para acentuar estas disensiones fundamentales en el seno del campo adverso a fin de paralizar la acción delictiva»*

El misterio se desvela: nos encontramos en la víspera de una catástrofe parlamentaria; como socialistas «acentuaremos las disensiones» a fin de que ¡¡¡la acción extra-parlamentaria «delictiva» cese!!!

Más sensibles, como siempre, a los humores del Parlamento, la derecha reformista olfatea nuevas posibilidades; además, sabe que no es la dirección del Partido, sino la C.G.T quien dicta la ley. El comité director de la C.G.T, reunido el 11 de enero, veinte días antes de estallar la crisis gubernamental

«da mandato a sus representantes ante la dirección del Partido Socialista y del Consejo nacional [es esta quien comanda!!] de defender que el Grupo parlamentario socialista tenga toda libertad de apoyar al gobierno quien daría garantías de restauración de las libertades elementales y de aplicación de un programa que contenga las reivindicaciones proletarias más inmediatas»

Preocupado no tanto por el contenido como del tono de esta resolución, el Consejo Nacional del P.S.I se reúne de urgencia del 17 al 20 de enero. Rechaza el orden del día, después de haber reconocido,

«que toda tentativa para llevar la competencia entre clases a los límites de la civilización [notemos que era una moción de «extrema-izquierda»!] era inútil».

solicitaba

«la resistencia más firme y enérgica posible, utilizando todos los medios contra la criminalidad fascista siempre manos a la obra».

Por el contrario, la dirección invita a

«preparar y coordinar una acción enérgica en todo el país para hacer frente a la violencia burguesa, sin excluir ningún medio colectivo, adhiriéndose a un frente defensivo de todas las fuerzas proletarias que actúan sobre el terreno de la lucha de clase»

y a disciplinar el comportamiento del grupo parlamentario de manera que *«se traduzca por una actitud concreta, resuelta, independiente de toda tratativa y de todo acuerdo con otro Grupo, cualquiera que sea, tenga como meta hacerle la vida imposible a todo gobierno que tolere los actos de violencia y de opresión contra el movimiento proletario»*

Decide por fin mantener las relaciones más estrechas e íntimas posibles con la C.G.T *«de manera que prevalezcan las razones políticas sobre las razones económicas y contingentes».*

Por último, prometía *«establecer en consenso con todos los partidos socialistas y comunistas de Europa y América un plan de lucha internacional contra la reac-*

ción burguesa» encargando de inmediato una comisión para «informar directamente a los diversos partidos europeos sobre la situación italiana reclamando que sea denunciada e ilustrada en la tribuna de los diferentes Parlamentos nacionales».

A parte del grotesco trazo final, la decisión es importante en razón de las consecuencias que tendrá después: se prevé una acción «sin exclusión de ningún medio» para defender al proletariado contra la violencia enemiga, pero tenemos el esmero de precisar que se trata solo de **defensa** y no de **ataque**; esta defensa deberá usar medios **colectivos**, no a partir de iniciativas **propias** (si te mueves, me muevo!); se acepta un «frente único» eventual después de haberlo rechazado en el momento más favorable; todo apoyo de los gobiernos que apoyan la violencia es rechazado, lo que viene a decir implícitamente a los gobiernos que tengan otra política; se le da el espaldarazo a la C.G.T pidiéndole someterse a las «razones» superiores de la política, como si la misma C.G.T no tuviera su política bien precisa, por último se reclama a gritos una «acción internacional» contra el fascismo pero ¡se le encierra en la arena de «diferentes Parlamentos nacionales»!

La crisis ministerial abierta el 2 de enero de 1922 con la dimisión de Bonomi viene como un guante para comprobar la consistencia «belicosa» del Partido Socialista.

El mismo día de esta dimisión, el grupo parlamentario vota con la mayoría una moción diciendo:

«En relación con las aspiraciones del proletariado expresada en el orden del día de la Confederación [a pesar de las decisiones del Consejo Nacional, el Grupo parlamentario se deja pues a la C.G.T dar el «la»] e interpretando el espíritu de las decisiones del Partido, el Grupo parlamentario encarga al directorio, en unión estrecha con la Dirección del Partido, seguir el desarrollo de la crisis e influir sobre ella en un sentido favorable a los intereses proletarios»

Al día siguiente, el Grupo y la Dirección se reúnen y hacen votos por «un gobierno de libertad e imparcialidad (¡sic!) administrativa al interior; de paz, desarme y colaboración europea al exterior»

Se ponen en marcha para obtener la constitución de un nuevo gobierno... Bonomi con la intención, tal como él mismo lo dirá al presentarse de nuevo delante de la Cámara el 16 de enero,

«de restituir al país las condiciones indispensables de una coexistencia pacífica de las clases, de poner a las clases laboriosas en capacidad de participar más ampliamente y de asumir responsabilidades más importantes en el mercado de empresas y de colaborar por medio de sus representantes en la elaboración de una legislación del trabajo».

La tentativa fracasa porque si bien la derecha y la izquierda estaban de acuerdo sobre este programa, la derecha no quería a... Bonomi, por una serie de razones que no tiene lugar analizar aquí.

De estos hechos resulta que la belicosa «intransigencia» de la dirección maximalista del P.S.I se reducía a obrar por la

«designación de un gobierno de izquierda que tenga por misión respetar las libertades, practicar una política de paz al exterior, garantizar los derechos del trabajo y el desarrollo de organizaciones obreras... con el fin de

hacer frente si es necesario (...) a las tentativas de continuar e intensificar la ofensiva anti-proletaria, objetivo manifiesto de las corrientes más reaccionarias del país».

El «intransigente» Serrati en persona escribía poco después en su revista «**Comunismo**»:

«Cualquiera que sea la salida a la embrollada situación de hoy, el Grupo parlamentario no podrá atenuar su oposición, a menos que ascienda al poder un nuevo hombre, que dé serias garantías de restauración de las libertades y decida proteger la vida y los derechos elementales de los ciudadanos, así como a practicar una política extranjera contraria a todos los imperialismos».

Serrati se confiaba pues tanto al Parlamento como a un eventual «nuevo hombre», para la solución de todos los problemas que, para él, se reducían a la «libertad», al «derecho» e incluso a la «vida» de la persona humana, ¡mientras que la segunda oleada de la ofensiva fascista se preparaba!

Este episodio se termina al final del mes con la formación de un gobierno dirigido por el giolisanio Facta. Si nos detenemos aquí es porque este personaje demuestra bien la inconsistencia del maximalismo y de su pretendida «intransigencia» y porque aclara bajo una luz particular otro episodio mucho más importante que la crisis gubernamental: la constitución de la Alianza del Trabajo.

En lo que concierne al primer punto, el Partido Comunista de Italia había denunciado desde hace tiempo el filisteísmo de una pretendida «intransigencia» que se limitaba a un rechazo a participar al gobierno e incluso, salvo garantías especiales, de apoyar a un gobierno burgués, al mismo tiempo que quería hacerse ver como el escudo del Parlamento y de las «garantías as», lo que llevaba a desviar sobre este terreno las luchas obreras y fingiendo «conservar limpias las manos» en el parlamento. Una vez más, el maximalismo revelaba su función de pantalla protectora del reformismo clásico. Para ilustrar la posición del Partido Comunista de Italia sobre esta pretendida «intransigencia» de la dirección del P.S.I (dialécticamente dirigida contra la propensión de la Internacional a recuperar las Magdalenas arrepentidas del maximalismo), no citaremos sino un sólo un artículo aparecido el 14 de octubre de 1921 en «**Il comunista**»:

«Para la acción proletaria, no es suficiente decir: no marchamos con los partidos de la burguesía. Hay que decir: no contamos con el mecanismo de las instituciones burguesas, ni con la democracia parlamentaria. Debemos condenar no sólo a aquellos que desean avalar al parlamento burgués. Si sobrentendemos [como lo hacía la tesis «intransigente»] que es posible conducir el proletariado al poder por medio del mecanismo parlamentario gracias a una acción sin los partidos burgueses, y si vacilamos en decir que la única vía al poder es la violencia revolucionaria, que la sola vía para defenderla era la dictadura del proletariado que disolverá el parlamento, esto significa que no hemos cruzado todavía el Rubicón, que somos social-demócratas en pleno y que en realidad proponemos un método de «colaboración» con la burguesía que se diferencia del método ministerialista únicamente por el hecho de que es más peligrosa para el proletariado debido a sus apariencias «clasistas». Esta «intransigencia» que se indigna de un eventual acceso al poder, pero que no marcha ni la pacificación con el fascismo, ni la exaltación del electoralismo y de la acción parlamentaria como medio supremo de lucha obrera, ni la adhesión a la táctica corporativa y a los métodos de

Amsterdam en el campo sindical, es mucho peor que la abierta colaboración».

Hoy, bien podemos decir que el P.S.I merecía que le dejásemos acceder al poder, solo o con partidos burgueses, en lugar de esforzarse por retenerlo sobre la bajada que lógicamente debía descender, porque esto significaba contribuir a mantener el equívoco creado por una intransigencia verbal que disimulaba el oportunismo más cobarde y más criminal en el preciso momento en que los duros hechos de la lucha social abrían los ojos a los proletarios sobre la realidad de la política socialdemócrata y sobre la estafa de la legalidad democrática, empujándoles a reivindicar formas de acción unitaria contra el desmoronamiento de las energías proletarias provocado por la táctica infame del «caso por caso».

Es aquí que se plantea la cuestión de la Alianza del Trabajo que tuvo gran eco incluso en el seno de la Internacional Comunista. Siempre el 2 de febrero (la coincidencia de fechas es notable), la dirección del P.S.I anunciaba que había recibido una comisión formada por representantes del Sindicato de Ferroviarios y de Trabajadores del Mar quienes le habían expuesto

«la situación de sus respectivas organizaciones en sus relaciones con el gobierno que está practicando una política de opresión dirigida a ellas»

La dirección se había «interesado vivamente en esta grave cuestión» y había llegado a acuerdos con la comisión en cuestión para que

«la acción defensiva de las organizaciones se desarrolle en completo acuerdo con los órganos del partido y de la C.G.T»

«Desde esta reunión, la unión de todas las fuerzas proletarias ha tomado una forma concreta; la dirección precisará las condiciones en las cuales el frente único deberá acatar» Se decidió que «los contactos con los representantes de los Trabajadores del Mar y de los Ferroviarios se harán con más frecuencia, especialmente en este período de crisis gubernamental».

La última frase es característica de la actitud de los socialistas (y con más razón aún de los republicanos que también habían sido consultados por la organización de los ferroviarios). En efecto, la proposición llega como pedrada en ojo de boticario para poder influir sobre las consecuencias de la crisis gubernamental de un lado y, del otro, para devolver a la C.G.T y al partido socialista sus virginidades respectivas. Habiendo perdido el 17 de febrero la esperanza de ver formarse «un gobierno de izquierda», el partido se conforma, el 18-19 de febrero, con la constitución de un órgano de acción sindical unitario. Pero incluso aparte de las intenciones de tal o cual partido, la iniciativa es reveladora: seis meses antes, el P.C. de Italia había lanzado una proposición de frente único sindical que fue enérgicamente rechazada; sin embargo, bajo la presión de un proletariado que seguía instintivamente la vía del Partido revolucionario, es precisamente esta proposición que fue retomada en principio, y el primero en aceptarla es justamente el Sindicato de Ferroviarios que, pocos meses antes se negaba a adherirse a la Internacional Sindical Roja, y que, en noviembre, rechazaba la apelación comunista a una huelga general de solidaridad con los ferroviarios golpeados por medidas represivas de estilo abiertamente fascista. Por su parte, los anarquistas y sindicalistas se adaptan a la «nueva realidad», pero, significativamente, luego de discusiones con vistas a la reunión del 18-19 de febrero para la constitución de una Alianza del Trabajo, no

apoyan a los comunistas que reclaman la participación de las **corrientes minoritarias** (y no solamente «cumbres» y «aparato sindical») cuya influencia sobre las masas se manifestó claramente en el congreso de la C.G.T. en Verona en noviembre. Los «anti-políticos, los «anti-partido» quienes, antes de negociar con los sindicatos lo han hecho con ciertos partidos bien definidos y terminan, como veremos, por aceptar una moción demasiado equívoca.

La actitud del P.C de Italia es bien diferente: coherente con sus posiciones y sus orientaciones públicas, no participa en ningún conciliábulo entre partidos, pero apoya la iniciativa del exterior a fin de que su polémica no impida surgir este primer germen de acción común. En caso de formación del nuevo organismo, el Partido se da la tarea de darle, a través de sus grupos sindicales, una dirección clara y verdaderamente unitaria. Desde el comienzo reclama además que las corrientes **sindicales** minoritarias sean representadas no sólo en la reunión, sino en los órganos constituyentes, cosa que, por supuesto, rechazan los promotores de la iniciativa – con la C.G.T a la cabeza. En todo esto no hay ninguna huella de ese «purismo» que la Internacional Comunista reprochará más tarde a la Izquierda; al contrario, la acción del Partido se inspira de un sano «realismo» de clase ajeno a todo espíritu de «camarilla». El partido, bien decidido a ganar para sus posiciones al «frente sindical», en caso de que este se constituya, jamás ha pretendido someter esta constitución ni siquiera a sus propias condiciones políticas. Veamos cómo «**El Comunista**» del 10-2 políticamente presenta los hechos pocos días antes de la constitución oficial de la Alianza del Trabajo:

«Hemos anunciado, que el P.C de Italia no pensaba que era bueno participar en su constitución [de la Alianza del Trabajo], al mismo tiempo que respondía en su carta que estaba preparado para consagrar todas sus fuerzas a una acción unitaria del proletariado italiano. Es necesario explicar la actitud del Partido y la significación de las negociaciones en curso.

El Sindicato de ferroviarios, por su propia situación en las luchas actuales, ha sido empujado a tomar la iniciativa de una acción única del proletariado y de una reunión en congreso de todas las organizaciones sindicales «ubicadas sobre el terreno de la lucha de clase» en vista de formar un solo comité. Este congreso ha sido convocado en Génova para el 15 de febrero [en realidad, este debía realizarse, del 18 al 20 de febrero, en Roma, NdR]. Para facilitar su preparación, los dirigentes del Sindicato de ferroviarios han considerado oportuno, proponer la reunión de partidos políticos de «vanguardia» en Roma con vistas a un acuerdo preliminar que permita a estos partidos hacer presión juntos sobre los sindicatos en los cuales están representados.

El Sindicato de ferroviarios ha propuesto igualmente un conjunto de reivindicaciones concretas que interesan a todo el proletariado, pero que, según parece, y si nos atenemos al comunicado final, la conferencia de partidos no tuvo en cuenta.

El P.C de Italia no ha juzgado oportuno participar en esta conferencia de partidos políticos y no piensa que la vía escogida por el Sindicato de ferroviarios para la preparación de un frente único sindical sea la más segura.

Inútil recordar que nuestro partido ha propuesto desde el mes pasado un acuerdo entre las grandes organizaciones sindicales y que ha enérgicamente defendido su posición contra la desconianza y las insinuaciones

lanzadas en su contra. Es, por lo tanto, una gran satisfacción ver convocar a los sindicatos un congreso en Génova. El Partido Comunista no necesita intervenir en reuniones políticas preparatorias para movilizar a sus adherentes que participan en los sindicatos a hacer todo lo posible por el éxito de este congreso. Sin embargo, para bien clarificar lo que debe ser la plataforma del frente único proletario, hay que aclarar varias cosas, antes de que este logre convertirse en una realidad y una fuerza.

La necesidad del frente único se impone al proletariado expuesto a la ofensiva patronal, en la medida en que este ha sido empujado a constatar que para defenderse, la acción aislada, los movimientos locales o categoriales no bastan. Que esto sea la plataforma inicial de toda acción defensiva eficaz del proletariado, el origen de la iniciativa del Sindicato de ferroviarios basta para probarlo. En efecto, esta organización se ha visto obligada a constatar que, a pesar de su fortaleza, no podía defenderse contra la reacción sin asociar su acción a la de todo el proletariado de otras categorías y profesiones. Por lo tanto, debemos establecer que toda declaración común, de alianza entre las diferentes organizaciones obreras, debe reconocer como una necesidad la fusión de todos los conflictos parciales suscitados por la ofensiva burguesa en una sola acción.

Si los dirigentes de las diversas organizaciones debían acercarse sin ponerse de acuerdo sobre este punto, tendremos una caricatura de frente único y no la unidad proletaria. No se trata de que la C.G.T., la Unión sindical y los ferroviarios actúen de acuerdo a un vago programa destinado a quedarse en el papel, sino que se pongan de acuerdo para desplazar la acción proletaria del ámbito local y categorial al plano de una acción general, nacional e internacional.

El contenido preciso de reivindicaciones a presentar debe ser fijado igualmente. En la proposición de los ferroviarios, hallamos —cosa característica— reivindicaciones ya propuestas por el Comité Sindical comunista y que los comunistas apoyan con todas sus fuerzas, y en primer lugar la de la defensa del salario y de todas las conquistas proletarias. Ningún acuerdo sería posible sin esta base. Inútil recordar que, no obstante, los socialistas y sindicalistas de la C.G.T. habían rechazado esta plataforma.

La proposición de los ferroviarios necesita igualmente que a la reacción se le responda con todos los medios. Tal vez sea demasiado pretender que esta fórmula sea adoptada previo a todo acuerdo, pero hay que subrayar que los socialistas y confederados hacen una incesante campaña en su contra.

Si el empleo de la violencia es un postulado que no conviene proponer como una condición prealable, para no dar así una coartada cómoda a los oportunistas, no obstante se debe establecer claramente, como base de los acuerdos de Génova, que cada partido sea libre de emplear sus medios de acción específicos (el parlamentarismo para los social-demócratas; la acción ilegal para los comunistas), las organizaciones sindicales están de acuerdo con el empleo de las fuerzas sindicales sobre el terreno de la acción de clase. Los sindicatos deben declarar que la aceptación de exigencias burguesas sería su muerte, y que la única respuesta posible es el empleo de las fuerzas de la organización proletaria en su terreno específico: la huelga general. Génova debe desatar la huelga gene-

ral, pero, como lo proponía la moción de los comunistas en Verona, encargar al Comité proletario de preparar a la clase obrera para emplear este medio de acción capital cuando la situación lo requiera.

El frente único pierde toda su importancia, sin la siguiente plataforma precisa propuesta por los comunistas: unificación de todos los conflictos parciales, defensa integral del modo de vida del proletariado, empleo de la acción sindical directa hasta la huelga general.

En la reunión de partido de la cual habla el comunicado, nada de esto se ha dicho. ¿A qué se comprometen socialistas, republicanos y anarquistas? ¿A mantener en los sindicatos una alianza artificial que cada uno interpreta a su manera? Los resultados no podían ser más que estériles, pero hubiese sido distinto... si cada partido hubiera lanzado consignas claras a sus miembros sindicalistas; para esto, ninguna reunión política común, con vistas a un compromiso entre diversos programas irreconciliables, era necesaria.

El Partido Comunista nunca ha pedido nada a los otros movimientos y organizaciones que dicen estar por el frente único; jamás ha pedido una condición prejudicial a su propia representación en el Comité director, pero ha invitado a sus adherentes desde hace tiempo a defender las posiciones fundamentales que son la única base posible del frente único. Los otros partidos políticos... no tienen más que comportarse de esta manera.

No podemos decir que el Partido Comunista, actuando así, quiera imponer su programa y eliminar el de los otros partidos. Bien entendido, no renuncia a este resultado...; pero en lo que concierne a la constitución del frente único proletario, el Partido Comunista no les exige ni utilizar la violencia como medio para abatir el régimen burgués, ni proponer instaurar la dictadura proletaria; hace sólo proposiciones fuera de las cuales el frente único no sería más que una farsa, pero que puede aceptar al mismo tiempo el que se adhiera al programa socialista o libertario.

No se debe confundir el frente único con una alianza de pura forma entre diversos partidos a escala local o nacional, cada uno de ellos con el mismo fin con sus propios medios, tanto así que el órgano constituido en común se serviría de socialistas (hasta de ministros socialistas) en el terreno parlamentario, y de anarquistas para lanzar bombas! Esta no es una unidad, sino un vano juego demagógico. Pero sobre el terreno práctico concretamente definido por el Partido Comunista, puede haber una verdadera unidad de acción proletaria... en la medida en que existan medios y fines a oponer a la ofensiva burguesa que puedan ser aceptados por todos los trabajadores organizados, independientemente de su pertenencia política.

Si la reunión de Génova llega a un convenio de este tipo, se puede contar con las fuerzas el Partido Comunista y de todos sus órganos de propaganda y lucha. Para concluir, pondremos no dos condiciones sino dos cuestiones sobre la organización de la reunión de Génova. La vieja fórmula «sobre el terreno de la lucha de clase» no significa nada. Desde el punto de vista político, es muy dudoso que los jefes de la C.G.T. se coloquen en terreno semejante; pero desde el punto de vista sindical, debemos reconocer como organización de clase toda unión de trabajadores que tenga finalidades económicas independientemente del color político de sus dirigentes. Por lo tanto, proponemos que todas las organizaciones sindi-

cales que piensan participar sin reservas al frente único sean invitadas a la reunión de Génova.

Solicitamos además si es conveniente que los grandes sindicatos sean representados en una asamblea de esta importancia sólo por consejos ejecutivos o directivos mayoritarios, y si no será mejor que todas las fracciones políticas existan en el seno de cada uno de ellos sean representados proporcionalmente. Ello permitiría tener una representación de todas las tendencias del movimiento proletario, sin pasar por una convocatoria de partidos políticos que no va a hacer más que molestar.

Si las minorías comunistas pueden hablar al congreso, lo harán solamente para afirmar que la unión del proletariado sólo es posible sobre la base de su programa. Lo harán para plantear los tres puntos arriba establecidos y para pedir que el contenido y el método de acción del frente único sean claramente definidos. Nuestro Partido no podría tener una actitud más simple y franca. Está presto a hacer todo lo posible por que la unidad se realice y porque el proletariado de Italia, frenado muy frecuentemente por jefes incapaces, no lo pague con nuevas y crueles desilusiones »

El juicio del Partido acerca del carácter políticamente equivoco de la alianza se vio confirmado por el comunicado que las organizaciones que habían participado en el Congreso de Génova el 18 y 19 de febrero publicarán al día siguiente, y que revela claramente la heterogeneidad de estas fuerzas reunidas precipitadamente, puesto que al lado de la reivindicación de la huelga general, encontramos la fórmula típicamente social-demócrata de la «restauración de las libertades públicas y del derecho común (!!!)». En un tono estrictamente defensivo, el comunicado traiciona una preocupación burocrática de limitar la representación proletaria por medio de arreglos en la cumbre, pero presenta también una sustancial novedad, puesto que reconoce la necesidad y la urgencia de una acción común, coordinada y concertada a todos los niveles bajo la dirección de un órgano central dotado de poderes vinculantes para todas las organizaciones miembros.

CONSTITUCION DE LA ALIANZA DEL TRABAJO (comunicado del 20-2-1922)

« Los representantes de las organizaciones obreras que actúan en el terreno de la lucha de clase (Confederación General del Trabajo, Unión Sindical italiana, Unión Italiana del Trabajo, sindicato de Ferroviarios y Federación Nacional de los Trabajadores Portuarios), consideran que la unión de las fuerzas del trabajo en la lucha contra el capitalismo es una condición esencial para la emancipación del proletariado; considerando que esta unión se impone particularmente en los momentos en que, como hoy, la violencia organizada de las fuerzas reaccionarias se abate ciegamente sobre las organizaciones laborales con el fin de destruirlas, privando así al proletariado de su instrumento de defensa y de conquista;

— decide oponer a las fuerzas coaligadas de la reacción la alianza de las fuerzas proletarias, y que tiene por finalidad la restauración de las libertades públicas y de derecho común, así como la defensa de conquistas de carácter general de la clase obrera tanto en el terreno moral como económico.

«Para alcanzar estos objetivos, los participantes juzgan oportuno proceder a la constitución de un Comité

Nacional compuesto por representantes de todas las organizaciones con mandato preciso de asegurar la coordinación y la disciplina de las acciones defensivas de la clase trabajadora.

El comité nacional comenzará su actividad elaborando un programa práctico de acción (sin exclusión de ningún medio de lucha sindical, huelga general comprendida) susceptible de reavivar las energías proletarias y convencerlas de la posibilidad de una restauración del libre ejercicio de sus funciones sindicales y políticas gracias a una acción unida de todas sus fuerzas.

El comité nacional estará compuesto por dos representantes de cada organización miembro — a excepción de la CGT quien designara cinco en razón de su importancia numérica y por la necesidad de darle espacio en el Comité a representaciones categoriales más importantes organizadas en su seno. Estos representantes serán nombrados por sus organizaciones respectivas. Cuando las decisiones hayan sido tomadas en la unanimidad, estas serán acatadas obligatoriamente por todas las organizaciones miembros. Las organizaciones comunicarán los nombres de sus propios representantes al Sindicato Ferroviario... quien fijará la primera reunión del Comité Nacional ».

A continuación tenemos el comunicado del Partido Comunista de Italia después de la constitución del organismo sindical unitario:

POR LA ALIANZA DEL TRABAJO

« El Partido Comunista debe hacer inmediatamente declaraciones sobre la constitución reciente en Roma de la «Alianza del Trabajo» entre las organizaciones sindicales italianas.

«El Partido Comunista se siente feliz que este encuentro haya tenido lugar, pero mantiene todas sus observaciones sobre las modalidades y el contenido de la mencionada alianza. Los órganos dirigentes del Partido darán posteriormente otras precisiones a los militantes comunistas y a los obreros que siguen las directivas del partido a fin de que en el curso de su actividad sindical, defiendan los criterios susceptibles de dar a la unión de las fuerzas proletarias un contenido efectivo de acción decisiva para el contra-ataque proletario contra la ofensiva burguesa y evitar la degeneración de esta acción en un sentido oportunista y colaboracionista.

« Por el momento, una cosa debemos constatar: si bien las minorías sindicales comunistas de la C.G.T. y del Sindicato Ferroviario hayan pedido formalmente a sus centrales sindicales respectivas poder ser representadas al Congreso con el fin de aportar la voz de las vigorosas corrientes sindicales proletarias que siguen sus postulados, este derecho no se les ha sido acordado y es solo por esta razón que la voz de los comunistas no ha podido hacerse oír en la reunión. Este hecho permitirá a los trabajadores juzgar donde están los verdaderos artífices de la unidad proletaria.

« El Consejo Nacional de la Alianza del Trabajo que ya debe estar constituida con las representaciones de las diferentes organizaciones que forman parte, el Comité sindical comunista y el Comité comunista de los Ferroviarios renuevan su demanda de que la representación de cada organismo sea nombrada proporcionalmente con el fin de que allí estén comprendidos los elementos de las

diversas fracciones existentes en los sindicatos. Incluso en caso de que esta demanda sea rechazada, el Partido Comunista garantiza «la disciplina sindical incondicional» de todas las fuerzas involucradas a las decisiones del Comité Nacional de la Alianza del Trabajo, y continuará defendiendo las directivas en favor de un frente único efectivo de acción, manteniendo sus críticas contra todas las tentativas que se alejen de esta... En respuesta a una declaración de la Unión sindical que acusa al Partido Comunista de tener una línea de conducta contradictoria, el C.E. declara que, como toda persona de buena fe puede constatar, el Partido Comunista jamás ha exigido para actuar en favor del frente único que este sea sometido a su dirección; el P.C no exige del frente único ni que se someta a su influencia, ni que acepte tampoco los principios programáticos y tácticos propios a los comunistas. Solamente pide que el frente único sea efectivo y fundado sobre la acción masiva de todo el proletariado, que la defensa del tenor de vida de los obreros cuente entre sus objetivos y que sus medios de acción sean los medios de acción sindicales, incluyendo la huelga general.

Hasta qué punto su campaña precisa ha influido sobre el tenor de los acuerdos de Roma..., el P.C se reserva mostrarlo objetivamente a las masas por medio de una crítica independiente, pero esto no cambia nada el hecho de que considera el acuerdo en sí como un paso adelante. El Comité que surja de allí puede contar con la adhesión de las fuerzas comunistas que, además de esta tarea, velarán por que el esfuerzo del proletariado no sea utilizado para fines engañosos, y que la acción de clase no termine en colaboración con la burguesía, o que sirva como un elemento de la competencia parlamentaria que se hacen los diversos grupos que pelean por formar el gobierno ».

Independientemente de las intenciones de la derecha socialista y de las ventajas que esta esperaba de la nueva situación, la Alianza del Trabajo se había constituido porque el proletariado se encontraba en un crecimiento de su lucha por la existencia y que para este la alternativa era clara: o ceder las armas sin combatir, o combatir a cara descubierta. Es sobre esta constatación que se fundaba la táctica de adhesión «incondicional» del Partido Comunista a la Alianza del Trabajo, se trataba para él de desplegar una intensa actividad entre las masas, en los sindicatos, en los puestos de trabajo para que el proletariado adopte el programa comunista frente a la ofensiva capitalista y que exige de la Alianza una acción frontal contra el enemigo. En la concepción del Partido, **«todos los sindicatos locales y de categoría debían comprometerse solemne y efectivamente a apoyarse y defenderse mutuamente contra la ofensiva patronal»**; el fin de la lucha debía ser **«la defensa de las reivindicaciones correspondientes al derecho del proletariado y sus organizaciones a la existencia, en primer lugar la defensa de los parados y el mantenimiento de todos los acuerdos de trabajo y del nivel de los salarios»**; en cuanto a su método de acción, este reside para el Partido en la **«fusión en una sola acción de todos los conflictos parciales provocados por la ofensiva burguesa»**.

Puesto en condición de inferioridad formal por los órganos dirigentes de la Alianza, la red sindical del Partido puso todos sus esfuerzos en los comités locales más cercanos a las masas... por lo tanto, más susceptibles de hacer presión sobre las instancias superiores y sobre todo

de aportar núcleos decididos a la lucha física y armada contra los fascistas. Siendo el resultado de la correlación de fuerzas y no de una decisión del Partido, esta posición no respondía a una idealización de la... democracia local y, durante la acción centralmente coordinada y dirigida por el Partido, la misma debía permitir orientar a las masas cuando ocurriesen conferencias periódicas de la Alianza o, sobre todo, cuando estallasen manifestaciones y huelgas.

Subrayar esta acción sindical del Partido no es salir de nuestro objeto que es la lucha contra el fascismo. En efecto, al mismo tiempo que persigue metódicamente su tarea de organización – en particular, sobre el plan militar –, el Partido tendía a apoyarse sobre las diversos órganos sindicales (Bolsas de Trabajo, comités de alianza, comités de huelga, consejos de ligas campesinas, etc..) todos órganos de la defensa del proletariado sobre el terreno de **la lucha física**. Las dos acciones se desarrollaban vinculadas una con la otra, conforme al doble criterio de la autonomía de Partido y de su relación con la lucha de masas. Esto prueba el «realismo» de clase del Partido y es importante señalarlo en razón de la incomprensión de la Internacional, debido al hecho de que mientras apoya totalmente a la Alianza del Trabajo, siempre tuvo el cuidado de guardar sus «distancias» en el plano político.

En el congreso de Roma que se tuvo a finales de abril, el Partido vota una moción sobre los «criterios prácticos para la aplicación de las tesis sindicales», de las cuales reproducimos varios puntos:

« 1. Es necesario que el Partido y sus órganos centrales y periféricos velen muy especialmente porque se cumplan las tareas sindicales destinadas a los comunistas, debido principalmente a la importancia de la acción sindical como terreno de realización del frente único.

« 2. El Comité Central sindical deberá iniciar una campaña nacional por que los estatutos de las Bolsas de Trabajo sean modificados de tal manera que los órganos responsables del movimiento sean elegidos por sufragio universal y dirigidos por sus propios miembros según el sistema por mayoría; que las elecciones sean precedidas siempre de un periodo suficiente de discusiones preparatorias.

« 3. Oímos decir que las insuficiencias del «frente único» podrán ser corregidas con la creación de Comités locales que, una vez superada la situación actual, deberán ser elegidos directamente por las masas organizadas y podrán así realizar de manera concreta y eficaz la fusión de las fuerzas de las clases laboriosas.

« 4. El Comité Central sindical deberá proponer a los Comités locales de la «Alianza del Trabajo» oportunas formas de consulta, de toda la masa trabajadora de cada localidad, así como todo el personal de cada fábrica por intermedio de las comisiones internas concernientes.

« 5. En la perspectiva de que la «Alianza del Trabajo» sirva al menos a crear la unidad organizativa del sindicato en Italia, es conveniente esperar el desarrollo sucesivo de los organismos adherentes para decidir la salida de los comunistas de las organizaciones no confederales.

« 6. El Comité Central sindical deberá organizar encuestas comunistas en el seno de los sindicatos y Bolsas del Trabajo, para pedir la convocatoria de las masas organizadas a fin de que se pronuncien sobre la actitud de los dirigentes confederales que se han erigido en

intérpretes de todos los trabajadores sindicalizados a tomar posiciones políticas que la mayoría de sus adherentes jamás les han autorizado tomar.

« 7. Los comunistas que dirigen las organizaciones o que constituyen la mayoría de las Comisiones internas deben convocar frecuentemente a los obreros organizados, en cada lugar donde sea posible, y explicarles la situación real y las actitudes a tomar; justamente por estar convencidos de sus límites, estos no deben emprender ninguna acción parcial sin antes haber consultado a las masas interesadas y sin haberles mostrado de forma precisa los límites de esta acción, sin que esto pueda servir jamás de pretexto para sustraerse de la lucha.

« 8. El Comité Central sindical debe lanzar una campaña a fin de que las Bolsas del Trabajo conserven la autonomía necesaria que permita una efectiva asistencia a los movimientos locales. Señala que esto no es contrario a la disciplina y a la coordinación de la acción, y representa incluso su propia base, ni una ni otra son concebibles si la estructura confederal no responde a las exigencias prácticas y vitales del movimiento sindical.

« 9. Para uso de sus miembros, el Congreso del Partido subraya la urgencia de tomar la iniciativa de la defensa y asistencia a los parados, no sin antes proponerles que continúen participando de la vida organizativa; el Comité Central comunista debe desarrollar una enérgica acción para lograr que los parados, que por el hecho de haber perdido sus puestos de trabajo se encuentren fuera de la organización, guarden su carta sindical y todos sus derechos sindicales ».

Se trataba, como vemos, de una táctica de iniciativa y ofensiva que, apoyándose sobre los órganos locales tradicionales de los sindicatos e impregnándolos del espíritu combativo del Partido, tendía a convertirse en murallas de defensa proletaria, además de transformarse en puntos de apoyo para la lucha contra las direcciones burocratizadas y esclerotizadas y contra sus maniobras no menos oscuras.

El 20 de mayo, mientras se reabría la serie de grandes huelgas de la metalurgia en toda la Italia del Norte, el comité central sindical del partido dictaminaba las siguientes directivas:

POREL FORTALECIMIENTO DE LA ALIANZA DEL TRABAJO (El sindicato rojo, 20-5-22).

« El Comité sindical comunista y los comités nacionales profesionales comunistas constatan:

« 1. La ofensiva económica del patronato se ha reanudado en estos últimos tiempos y amenaza las posiciones sobre las cuales debían replegarse las fuerzas del proletariado batidas por las fuerzas de la reacción.

« El temor a una contra-ofensiva de la clase obrera y campesina empuja a los capitalistas a librar la batalla al proletariado organizado para ponerlo en condiciones tales que no pueda levantarse durante mucho tiempo.

« 2. El desempleo se desarrolla de manera inquietante. Los lapsos acordados por el gobierno para el otorgamiento de subsidios mezquinos a los parados han sido superados y el éxito de las demandas para su prolongación no están aseguradas de ninguna manera. Las masas obreras que por la crisis han sido empujadas a organizarse en los « sindicatos económicos » aplican los métodos de la acción de clase contra el patronato y el Estado.

« 3. La ofensiva económica del capitalismo se acompaña de una reincidencia sangrienta de la reacción estatal. Entre las fuerzas de la reacción y los proletarios, se producen a diario choques sangrientos y se adueñan de vastas regiones y controlan a miles y miles de trabajadores.

El gobierno que conoce el punto de vista de los jefes confederales y la triste situación de los sindicatos, se aprovecha para golpear a los huelguistas de los servicios públicos sin provocar ninguna defensa real contra esta política de reacción.

« 5. En la situación trágica en que se encuentran las masas obreras, es claro que la promesa de la C.G.T que pretende que la encuesta sobre la industria frenaría la disminución de los salarios... no es más que una impostura, tal como los comunistas lo habían previsto. La hipócrita maniobra de los reformistas no ha servido sino para retardar las luchas obreras contra los patronos; estas tienden a estallar con más virulencia, pero la resistencia de las masas trabajadoras se ha vuelto más difícil.

« 6. Pese a ello, pese a más de dieciocho meses de reacción armada, pese a las derrotas sufridas, se constata en todas las categorías una tendencia a entrar en lucha por la defensa de los derechos morales y económicos de los trabajadores. La razón de este despertar se encuentra primero en la unión de todas las grandes organizaciones favorecida por la Alianza del Trabajo, primera tentativa imperfecta todavía de frente único de las masas obreras organizadas.

« 7. El Partido Comunista debe revelar que la tentativa que ha llevado a la constitución de la Alianza del Trabajo debe ser mejorada y ampliada. La misma no ha tenido lugar en todas las ciudades donde existían organizaciones que lo hubieran permitido. Las grandes organizaciones sindicales no verifican si sus órganos periféricos respetan las disposiciones de los Comités ejecutivos sindicales nacionales. Para que el frente único sea verdaderamente sólido, es preciso que en cada ciudad se formen comités locales de la Alianza del Trabajo elegidos directamente por los sindicalizados. Las secciones locales de la Alianza deben ser convocadas en Congreso nacional, este último será el único que podrá designar una representación proporcional a cada fracción política que participa en la dirección del sindicato.

« 8. Dada la situación social y política crítica de Italia y tomando en cuenta la tendencia al contra-ataque que las masas proletarias han manifestado en diferentes ocasiones la Alianza del Trabajo tiene el deber de cumplir la tarea para la cual ha sido encomendada.

En este momento, la alianza no explota el impulso que ha recibido de las masas en razón de la cual ninguna defección podría quedar impune, cualesquiera sean la organización o el jefe de los culpables.

Los comunistas reafirman la necesidad y la urgencia de plantear ciertas reivindicaciones, tarea inmediata de la Alianza, y precisamente:

a) OCHO HORAS DE TRABAJO PARA TODOS LOS TRABAJADORES;

b) TERMINAR CON LA DISMINUCIÓN DE SALARIO, PARA QUE EL PROLETARIADO NO RETROCEDA EN SUS CONQUISTAS Y NO CAIGA EN EL HAMBRE Y PORQUE SEA POSIBLE RECONQUISTAR EL TERRENO PERDIDO.

c) **RESTABLECIMIENTO Y RESPETO DE LOS ACUERDOS Y RENTA DE ALQUILERES;**

d) **DEFENSA DE LA ORGANIZACIÓN.**

e) **SEGURIDAD PARA LOS PARADOS, SU EXISTENCIA Y SUS FAMILIAS, SUS CARGAS DEBERÁN SER SOPORTADAS POR LA CLASE PATRONAL Y SU ESTADO.**

«9. La necesidad de iniciar lo más rápido posible la lucha, partiendo de los puntos arriba mencionados, confirma con precisión matemática las previsiones comunistas, además de la urgencia de obtener un plebiscito para desatar una huelga general nacional inmediata de todas las categorías por la Central de la alianza del Trabajo, en base a la plataforma defensiva arriba indicada, huelga general nacional a organizar no sin antes una preparación adecuada, como único medio de defensa de las condiciones elementales de vida de la clase obrera, y que el Comité Central Sindical Comunista y los Comités nacionales profesionales comunistas proponen oficialmente al Comité Central de la Alianza Del Trabajo»

La reivindicación era de dramática urgencia. En efecto, después de meses de estancamiento aparente pero de preparación efectiva, las bandas negras volvían vigorosamente al ataque. EL 12 de mayo, ocupan Ferrare durante dos días; el 20 acampan en Rovigo; entre el 27 y el 1º de junio, se apoderan prácticamente de Boloña, y no la dejarán sino después de la firma de una... tregua con el prefecto y habiendo obtenido la suspensión de un decreto que prohiba el desplazamiento de mano de obra (en realidad fascistas disfrazados de esquirols) de una provincia a otra. El 24, en Roma, durante el aniversario de la entrada de Italia en guerra estallan violentos conflictos entre milicianos y obreros, sobre todo en el barrio popular de San Lorenzo: la Alianza proclama inmediatamente la huelga general, pero fue suspendida el 26 a raíz de la intervención del gobierno; una vez más, la fragilidad de la coalición sobre la cual la Alianza fue fundada, y la ausencia de un plan orgánico de acción, salta a los ojos.

Desde el 24, el Comité Nacional Comunista de la Federación de Metalúrgicos cuya sede estaba en Milán lanzaría el manifiesto siguiente:

¡A los camaradas comunistas de la metalurgia!

« En casi todas las regiones de Italia, los metalúrgicos están a punto de entrar en lucha como consecuencia de las nuevas tentativas de los industriales por agravar las condiciones económicas de la masa trabajadora y por debilitar la fuerza de la organización. Para permitir a los camaradas llevar a todas partes una acción común y coordinada, reproducimos a continuación el orden del día votado por el Congreso de las secciones de metalúrgicos del Piemonte, justamente el que formula la posición comunista en la materia:

« La conferencia de los metalúrgicos, tomando en cuenta el hecho de que la acción desplegada en el dominio económico por la organización de metales y sus adherentes siempre ha determinado nuevas condiciones de existencia y de trabajo para muchas otras categorías obreras,

que aún actualmente la situación de estas categorías está íntimamente ligada a los cambios de orden económi-

co y moral que pueden producirse en los metalúrgicos para que esto repercutiera inmediatamente sobre estas,

que las repetidas ofensivas patronales de estos últimos meses, aunque de carácter esporádico y momentáneas, responden a un plan preciso y bien coordinado de la organización de los industriales que tiende a hacer soportar sobre la clase obrera el peso de la crisis actual,

que frente a esta situación, cualquier acción defensiva obrera será ineficaz y agotará su combatividad si se deja a iniciativas aisladas...

que la finalidad de la organización escaparía a las masas si no logra reunir, coordinar y disciplinar las fuerzas vivas del proletariado, función específica... que no puede ni debe ser desvirtuada con una política de repliegues y compromisos,

que es en razón de todas estas consideraciones, y en particular para revalorizar la organización misma, que la Alianza del Trabajo ha sido constituida y que debe representar una unión cada vez más estrecha con las masas por la defensa contra los ataques del capital y por la emancipación proletaria,

rechaza toda proposición de reducción de salario y sostiene que se debe convocar un congreso nacional de la Metalurgia para dar a la lucha una dirección única,

invita al CC de la FIOM y los comités locales de la Alianza del Trabajo a hacer presión sobre el Comité de la Alianza mismo para que esta tome rápida y seriamente la iniciativa de una acción general y simultánea de todo el proletariado.

Que los camaradas actúen en consecuencia y que frente a situaciones nuevas se entiendan directamente con este comité antes de tomar decisiones en nombre del Partido Comunista.»

Los sucesos de Boloña y de Roma hicieron todavía más urgente el llamado del partido. En esta ocasión el manifiesto lanzado da un buen ejemplo de la forma en que comprendemos la lucha contra los patronos en general y los fascistas en particular, y con ella, ligándose a las masas en lucha, el Partido volvía a estrechar sus filas y adquirir la capacidad de dirigir la guerra de clase en su fase más aguda:

¡ PROLETARIOS ! ¡ ORGANIZAD EL FRENTE ÚNICO Y LA ACCIÓN GENERAL PARA LA DEFENSA Y EL CONTRA-ATAQUE CONTRA EL ENEMIGO COMÚN !

¡ Trabajadores, obreros y campesinos de Italia !

Vuestras posiciones y las organizaciones que vuestra tenacidad y resistencia ha mantenido en pie gracias a meses de lucha confusa y desesperada están siendo atacadas por la reacción con una violencia redoblada.

Los obreros de Boloña, los granjeros y obreros agrícolas de su región son una vez más los primeros en resistir el ataque del adversario. Quieren destruir las organizaciones que han creado y duramente defendido, quieren borrar hasta el recuerdo de las conquistas y derechos del proletariado.

Los cachiporrazos, heridas, asesinatos, incendios, saqueos, el terror se propaga por provincias enteras; tales son las armas empleadas contra el desgraciado y heroico proletariado boloñés.

Pero de Boloña, la oleada de la guerra anti-proletaria abierta se prepara para invadir otras provincias. Se

quiere hacer caer una a una todas las posiciones que resisten todavía y que representan para ustedes una posibilidad y una esperanza de contra-ataque.

Entre tanto los industriales lanzan el ataque contra los metalúrgicos para, una vez más, someterlos a su voluntad, imaginándose poder anular los acuerdos y pactos que garantizaban las conquistas de las otras categorías obreras una vez que hayan aplastado la vanguardia de los metalúrgicos.

¡ Obreros y campesinos !

¡Sus camaradas, sus hermanos de Boloña, piden su ayuda! Ustedes saben que la lucha de Boloña concierne a todos. Hay que detener desde el comienzo la ofensiva del enemigo común, organizar una acción general en su contra, llamando en su ayuda a todas las categorías del proletariado de Italia. No se debe permitir que el enemigo desmantele una a una las posiciones defensivas del proletariado, mientras que las masas obreras asisten al espectáculo con rabia impotente e inútil.

Seréis más fuerte aún si, a la ofensiva de los grupos armados e industriales, sabeis oponer vuestras fuerzas unidas y organizadas como un solo hombre en un frente único de contraataque proletario.

¡El frente único de defensa y contraataque debe convertirse en realidad!

Esto es lo que se debe exigir a los jefes de las organizaciones sindicales en las cuales se reúnen todas las fuerzas de la clase trabajadora; es esto lo que deben exigir a la Alianza, constituida precisamente con el fin de preparar y dirigir la lucha por la defensa y la revancha.

El enemigo concentra todas sus fuerzas sobre un punto del frente proletario para hundirlo y aplastar todo el resto del ejército proletario: es preciso, pues, responder con una acción general.

Las vacilaciones, las dudas, las maniobras dilatorias de tipo parlamentario no favorecen sino al enemigo. El enemigo sólo puede ser frenado lanzando en su contra todo el peso de la masa obrera decidida a la lucha.

¡ Trabajadores, Obreros y Campesinos de Italia !

Hagan sentir a los organismos dirigentes que esta es su voluntad. En sus asambleas, en sus reuniones, en sus mítines pongan a los jefes frente a sus responsabilidades y exijan que la Alianza cumpla con su misión.

No permitan que, una vez más, el ataque enemigo se desarrolle gracias a la inercia y dispersión de sus filas. Firmen entre ustedes un nuevo pacto de alianza para la lucha suprema; hagan que surja de la base, de todas sus voluntades y energías, y se imponga irresistiblemente, el frente único.

Estas consignas se las da el P.C de Italia quien se encuentra preparado para luchar en primera fila entre ustedes con todas sus fuerzas.

¡ Viva la solidaridad con el proletariado boloñés y con los metalúrgicos, vanguardia de todos los obreros y campesinos de Italia !

¡ Viva la acción general por el contraataque del proletariado de los campos y fábricas !

¡ Viva el frente único de acción y de lucha de toda la clase trabajadora !

El Comité Ejecutivo del Partido Comunista de Italia.

INCONSISTENCIA Y TRAICIÓN SOCIALISTAS

Debemos volver un poco hacia atrás para comprender cómo durante estos agitados meses los socialistas se disponen a traicionar al proletariado de la manera más innoble.

Hemos visto cómo, después del fracaso de las tentativas por constituir un gobierno de izquierda, el 23 de febrero (el «gobierno mejor» de los socialistas), el giolitiano [partidario de Giolitti, NdR] Facta llegaba al poder. Absteniéndose de votar, el grupo socialista ha hecho posible la nueva experiencia de «gobierno liberal», al arrojar por la borda su famosa «intransigencia». El partido socialista está obligado a luchar en dos frentes; frenando por un lado las veleidades de colaboración abierta de su ala derecha y esforzándose por el otro de calmar la cólera de elementos de base que siente todo lo que tiene de vergonzoso la maniobra de «apoyo condicional» a un ministerio burgués en ejercicio, que proclama por la lucha por el «frente único proletario» por medio de la Alianza del Trabajo. Un comunicado incómodo de la dirección sobre la «táctica parlamentaria» se esfuerza por responder tanto a las críticas de derecha como a las de izquierda, dando en sustancia, una vez más, el aval de la dirección del PSI al colaboracionismo confederal y turatiano. Vale la pena publicar la eterna vergüenza del maximalismo:

«Algunos camaradas y secciones critican la experiencia vivida en la Cámara durante la última crisis ministerial, la declaran fallida y la desaprueban después de los hechos, por razones opuestas, pero igualmente abstractas y superficiales.

Unos juzgan ilegítima y abusiva la autorización que ha permitido al grupo parlamentario de jugar un rol en la crisis no votando con los reaccionarios para hacer obstáculo a la formación de un gobierno decidido a restablecer las libertades constitucionales, los derechos conquistados por los trabajadores y la política de paz. Actuando así, olvidan tomar en cuenta las condiciones particulares en las que se encuentran el partido y las organizaciones obreras, las condiciones generales del momento histórico que vivimos y pone a la clase obrera en una posición puramente defensiva. Olvidan igualmente que, sin empujar al Partido a renunciar a su programa ni modificar la línea definida por el Congreso, la Dirección tenía el deber de responder a las repetidas invitaciones de las regiones martirizadas (por la ofensiva fascista) y de probarles que el partido no había desdeñado ningún medio para venir en su ayuda... cosa que el Congreso de Milán había admitido excepcionalmente.

Otros dicen que la experiencia ha fracasado por una razón distinta, a saber que habríamos dejado muy poca libertad al grupo parlamentario. Invitan a la dirección a pasar por encima de las decisiones de los congresos como si un nuevo congreso (que se guardan bien de reclamar) no fuera el único habilitado para autorizarlo. No quieren considerar ni el hecho de que nada prueba que el apoyo al grupo parlamentario hubiese asegurado el éxito de un gobierno más liberal en lugar de precipitar su caída, ni la absurdidad de apoyar duraderamente un gobierno que exprese la mayoría parlamentaria actual sin decidirse a compartir con este las responsabilidades del poder, ni el hecho que semejante actitud del partido conduciría inevitablemente allí donde la burguesía deseaba empujarla, es decir, a asumir las funciones de un

partido democrático... abandonando su propia función y sus propios fines socialistas (!!).

A unos y otros, respondemos que la experiencia ha fracasado únicamente en el sentido en que no hubo «gobierno mejor», pero que ha dado todos los resultados que debía y podía dar en las condiciones en que se encuentran actualmente el parlamento y el país. En efecto, ha constreñido (!!) a los partidos burgueses a afirmar la necesidad moral (!!) y política de un gobierno liberal, y también, ha profundizado la crisis parlamentaria de la burguesía poniéndola frente a sus contradicciones, probando que no podía ni debía ya realizar estos valores que, no obstante, está obligada a reconocer como históricamente necesarios y urgentes. El partido ha cumplido así con su sola función verdaderamente útil y posible políticamente en las circunstancias presentes ».

Habiendo puesto de esta manera en paz... su conciencia moral, la Dirección llama al orden al grupo parlamentario; pero el 1º de junio (después de los sucesos arriba mencionados y el fortalecimiento de la Alianza bajo la presión comunista), este último vuelve a la carga: la abstención, la «neutralidad condescendiente» no le basta ya; desea un gobierno por el que pueda **votar** sin decirlo, desea (y esta será la clave de las consecuencias posteriores) un gobierno en que los socialistas sean representados. El orden del día Ziradini, votado por mayoría, proclama en efecto:

« El grupo parlamentario socialista recuerda su deseo de desarrollar su acción parlamentaria para defender las libertades y las organizaciones proletarias; votará por todo gobierno que garantice la restauración de las leyes y la libertad ».

Dominado por la derecha, el grupo parlamentario al menos tiene el mérito de ser coherente, mientras que la dirección es la contradicción encarnada. El 4 de junio, se reúne el Consejo nacional del partido que condena abiertamente al grupo parlamentario y publica una enésima proclama de «intransigencia»; pero el 14, el Grupo se reúne de nuevo, y

« confirma la orientación ya aprobada [la suya, se sobrentiende, NdR], decide asumir hasta el Congreso nacional [que no tendrá lugar sino en octubre, NdR] la responsabilidad de la actitud que imponen las circunstancias ».

Prácticamente arreglará sus relaciones con el gobierno

« exclusivamente en función de las necesidades de defensa (!!) del proletariado... e invita a los trabajadores italianos a sostener su acción, con la certeza de no haber olvidado nada, ni haber hecho nada que no sea en el interés de la clase trabajadora ».

Como se ve, no solamente el grupo parlamentario socialista se rebela abiertamente contra la dirección que se resigna a esto, sino que llama por encima de su autoridad «a los trabajadores italianos» a sostenerlo. ¡Este es el partido con el que el Ejecutivo de febrero-marzo de la Internacional demandaba a los comunistas hacer un **frente único político**!

En lugar de la «restauración de las libertades constitucionales», se obtuvo, como hemos visto más arriba, la nueva «escalada» fascista del bajo valle del Po. En Roma, Venecia, Vercelli, Bolonia, Florencia, Alejandría, los tribunales absolvían a los camisas negras acusados de asesinatos premeditados – y condenaban como delincuentes comunes a los proletarios que se defendían.

Es así como comienza un nuevo y decisivo «mes de

la vergüenza». El 3 de julio, los fascistas ocupan Andira en las Puillas; el 12, Viterbo en el Latium; entre el 12 y el 17, Cremona en Baja Lombardía y Tolentino en las Marchas. Desde el comienzo del mes, los metalúrgicos se declaran de nuevo en huelga; la C.G.T obliga a reunir de urgencia un Congreso nacional que se tiene del 3 al 5 de julio en Génova. Sus intenciones son claras: liquidar la huelga lo mejor posible y favorecer la solución gubernamental que el grupo parlamentario propone desde hace un tiempo, en perfecto acuerdo con los esquirols sindicales. Los comunistas deben desenmascarar la maniobra; para ellos, la huelga de los metalúrgicos debe ser el punto de partida de una acción general que desemboque en una huelga de todas las categorías, que se desencadene al calor de los choques más violentos con los camisas negras, vinculando las reivindicaciones económicas a todo un plan de contraofensiva proletaria en todos los frentes. En este espíritu, el Comité sindical comunista, el 22 de junio, publicaba una moción que debía ser presentada en la reunión de Florencia y que, observando por un lado, el agravamiento de la ofensiva económica del patronato y de otro, la voluntad manifestada por los obreros de oponer el frente único del proletariado al frente único de la clase capitalista, aspiración de la cual había nacido la Alianza del Trabajo, invitaba al Consejo nacional de la C.G.T a **«condenar toda acción que no tome en cuenta esta situación general que surge de la táctica que busca encerrar la defensa de la clase trabajadora en los límites de los acuerdos parlamentarios con grupos políticos burgueses, ignorando así las fuerzas reales encuadradas en las organizaciones obreras y campesinas y desdeñando la política de lucha de clase»**. La moción condenaba tanto **«la inercia y la pasividad... que no hacen sino inmovilizar al proletariado en la espera paciente del fin de la borrasca reaccionaria»** en cuyo caso **«el período actual sólo podría terminarse con la rendición de los trabajadores ante la voluntad de la clase patronal entonces dueña de su vida y su porvenir»**. En conclusión, la moción invitaba al Consejo nacional de la C.G.T a afirmar que **«la reactivación proletaria actual debe apuntar a la preparación inmediata de una acción general»** y, una vez más, proponía como plataforma las seis reivindicaciones que el lector encontrará más arriba en este artículo **«Por el fortalecimiento de la Alianza del Trabajo»** del **«Sindicato Rojo»** del 20 de mayo de 1922.

Sin embargo, en la reunión de Florencia, es la siguiente moción confederal la que se impone por 537.351 votos:

MOCIÓN CONFEDERAL

« El consejo nacional de la C.G.T aprueba el informe moral de su Consejo director. Examinando la situación de las organizaciones proletarias violentadas en su libertad de movimiento y de asociación por la reacción legal e ilegal creciente, declara aprobar plenamente las directivas aplicadas por el Comité director confederal luego del orden del día Ziradini votado en enero pasado y que invitaba a la Dirección del Partido a dar al grupo parlamentario socialista la posibilidad de apoyar todo gobierno que garantice la restauración de las libertades elementales y la realización de un programa que contenga las reivindicaciones del programa inmediato del proletariado.

El C.N afirma su voluntad de mantener el pacto de

alianza y expresa una vez más el deseo que el partido socialista comprenda la gravedad del momento por el que el proletariado atraviesa y presta oídos a los ruegos de la clase trabajadora que, al mismo tiempo que se prepara a actuar en el país para defender su existencia, espera que el Congreso del PSI permita que el Grupo parlamentario emprenda una acción que, vinculada a la de las masas, sirva para valorizar la acción del movimiento sindical ».

A continuación, la moción comunista que suscita la mayor parte de las adhesiones con 249.519 votos:

MOCIÓN COMUNISTA

« Considerando que la orientación seguida por los dirigentes confederales frente a la ofensiva patronal y que consiste en la táctica del «caso por caso», en la no-resistencia a la reacción y el fraude de la Comisión de encuesta de las industrias, así como su hábil desvalorización de la Alianza del Trabajo, han paralizado la acción de defensa y contraataque del proletariado;

Considerando igualmente que, en el plano internacional, los dirigentes confederales, que lograron arrancar a los obreros su adhesión a Amsterdam, bajo el pretexto de que ellos realizarían allí un trabajo de crítica, se han hecho solidarios de la política contrarrevolucionaria de la Internacional amarilla;

El Comité Nacional sindical comunista considera la orientación de los dirigentes confederales como contrario a los principios y exigencias de la lucha de clase y la condena.

Juzgando que la obra de la Internacional sindical de Amsterdam está contra los intereses e ideales del proletariado y tiene el carácter de una complicidad con la política reaccionaria de la burguesía mundial y con los esfuerzos que hace para reconstituir su régimen profundamente minado por la crisis;

el Comité saluda a la gloriosa República revolucionaria del proletariado ruso en lucha contra los múltiples ataques de la reacción mundial y decide consultar a las masas organizadas por instrumento de un congreso confederal inmediato sobre una proposición de ruptura con la Internacional sindical de Amsterdam y de adhesión a la Internacional sindical roja de Moscú.

Afirmando que los vínculos entre sindicatos y partidos políticos se establecen en la medida en que estos últimos logren crear una red de organización de sus adherentes dentro de los primeros, comprometiéndose a seguir las directivas conformes al programa de su Partido;

Juzgando que el pacto de alianza actual entre el Partido socialista y la CGT crea una situación ambigua en el seno de la más importante organización de clase del proletariado italiano y si continuamos respetándola, la Confederación se ligará a una orientación susceptible de oscilar ya de manera imprevisible en los sentidos más diversos y que puede entrar en contradicción con la que será adoptada por la mayoría del presente Consejo confederal, el Comité sindical nacional comunista denuncia el pacto de alianza entre la CGT y el PSI.

Considerando, por último, que la ofensiva patronal y reaccionaria constituye en todas sus manifestaciones

económicas y políticas la realización de un plan de liquidación del movimiento proletario en el que la burguesía ve la única salida posible a la actual situación y el único medio para consolidar su dominación económica y política;

Que la situación en Italia se caracteriza por una crisis profunda de las instituciones capitalistas a pesar de toda la violencia del contraataque por medio del cual tratan de defenderse, y por los esfuerzos del proletariado para salir de la intolerable situación en la que ha sido sumido por la reducción de los salarios, el paro, la violencia fascista y todas las otras formas de vejación y persecuciones que toma la política de clase de la burguesía y el Estado;

Reteniendo que la proposición de emplear la fuerza política de las organizaciones proletarias sobre el terreno de las componendas parlamentarias y por la constitución de un gobierno con compromisos entre ciertas fracciones políticas burguesas y los representantes del proletariado que suponemos capaz de restaurar los derechos elementales de las masas, constituye una ilusión y un engaño y que no podrá tener, como resultado, sino el desarme del proletariado y una infalible y trágica desilusión a favor exclusivo de las fuerzas conservadoras;

El Comité nacional sindical comunista declara que frente a la perspectiva desastrosa de triunfo del plan burgués y del aplastamiento de todo movimiento y toda organización de clase del proletariado no existe otra salida que la formación y empleo de todas las fuerzas proletarias sobre el terreno de la acción común que, pasando de la táctica insuficiente de acciones aisladas a la de una lucha general, una todos los conflictos provocados por la ofensiva patronal ».

Después de haber planteado una vez más las reivindicaciones más arriba mencionadas en el comunicado «**Por el fortalecimiento de la Alianza del Trabajo**», la moción comunista concluía:

« El valor y alcance de esta lucha consiste en transferir a las organizaciones proletarias toda su capacidad de acción dándoles una plataforma unitaria, y en empujar a las clases laboriosas a redoblar su preparación y eficacia revolucionarias en el plano moral y material en víspera de luchas y conquistas supremas y, por lo tanto, a practicar una política revolucionaria de clase, reemplazando la colaboración legalitaria engañosa con la lucha directa por las reivindicaciones obreras y campesinas y contra las bandas reaccionarias.

Esto es, el C.N juzga que la acción debe ser proclamada y dirigida por la Alianza del Trabajo, y desea que todos los partidos y grupos políticos obtengan de sus miembros la adhesión a sus iniciativas, así como la necesaria disciplina; la lucha debe responder a la situación creada por un momento crucial de la ofensiva burguesa como hoy es el caso con la lucha nacional de obreros y metalúrgicos;

Decide que el C.N convoque inmediatamente a la Alianza del Trabajo en el plazo más breve posible en el curso del presente Consejo, y que proponga el desencadenamiento de la huelga general nacional de todas las categorías con el carácter arriba definido;

Por último que pase a la denominación de una Delegación confederal en la Alianza del Trabajo representando a la proporcional las tendencias que se han manifes-

tado en esta conferencia ».

Inmediatamente después del Consejo federal de Génova, el Partido Comunista, en una declaración publicada por el «**Sindicato Rojo**», mostraba la fuerza de nuestra corriente en el seno de la C.G.T., pero añadía las siguientes observaciones:

«La situación creada en el seno del Consejo confederal es ambigua porque se ha querido presentar la táctica parlamentaria de un partido hoy descrito como un problema central, mientras que, según nosotros, comunistas, la denuncia del pacto de alianza entre confederación y partido socialista, es lo más importante. Paralelamente se han subestimado en forma voluntaria los problemas concernientes a la incorporación de las fuerzas sindicales a la lucha general del proletariado...»

Los comunistas han hecho su deber sosteniendo que una acción general para defender a todo el proletariado y a los huelguistas de la metalurgia era necesaria. El Partido Comunista denuncia el comportamiento de todas las fracciones adversas quien (a excepción de los partidarios de la Tercera Internacional y anarquistas) son cómplices del sabotaje de la proposición varias veces presentada por este en favor de la lucha general y por el fortalecimiento de la Alianza del Trabajo, y que han olvidado la gravedad de la situación en la cual se encuentra todo el proletariado italiano. Puesto que se ha decidido convocar un Congreso de la C.G.T. [este no tuvo lugar, NdR], los comunistas deben prepararse hoy más que nunca a la lucha por reforzarse en el seno de esta. Deberán preparar una propaganda con nuestras orientaciones que se resumen en los siguientes puntos: 1) desconfianza con respecto a los dirigentes confederados; 2) ruptura con Amsterdam y adhesión a Moscú; 3) denuncia del pacto de alianza de la C.G.T. con el P.S.I.; 4) unidad organizativa sindical en Italia; 5) reprobación de la política colaboracionista; 6) frente único del proletariado por la acción general contra la reacción; 7) lucha contra el fascismo y reivindicación del gobierno obrero (1).

«Esta campaña no posee un valor que se limita a la perspectiva de un congreso, constituye el desarrollo natural de la organización y acción de nuestro partido que debe continuar sin interrupción hacia sus objetivos revolucionarios alentando, encuadrando y empujando a la lucha las capas más amplias del proletariado».

Para esa misma ocasión, el partido lanza un manifiesto en el cual, luego de haber examinado el desarrollo de las luchas obreras, notaba que la Alianza del Trabajo obstaculizaba la unificación indispensable de los conflictos y fuerzas del proletariado en lucha debido a la indecisión, traición y sabotaje de ciertos jefes sindicales. En otros casos, renunciaba al programa reivindicativo aceptando reducciones de salario, capitulando en las huelgas, poniendo término a la agitación. A pesar de la alta combatividad de las masas, la Alianza del Trabajo permanecía

«inerte y pasiva; además de no tomar iniciativas de lucha, tampoco ha dicho claramente estar lista para hacerlo, ni ha demostrado querer prepararla. Por últi-

mo, en su llamado al proletariado, el partido denunciaba públicamente la táctica criminal de los jefes sindicales inspirados por el P.S.I...»

«A la proposición y a la campaña de los comunistas se opone el trabajo insidioso de los jefes que rebajan la preparación de la lucha directa contra la burguesía y les proponen como salida a la trágica situación de hoy la colaboración parlamentaria y gubernamental con una parte de la burguesía. Por un lado, han... sostenido y siguen sosteniendo la táctica del «caso por caso», de la renuncia y de dar marcha atrás frente a las exigencias de los capitalistas quienes fomentan esa táctica. Por otro lado, ante la violencia fascista, han hecho una propaganda que incita a los trabajadores acosados, ultrajados, a no responder; teniendo a hacer creer que es posible ponerle término al régimen esclavista (del Capital) ... mediante una maniobra puramente parlamentaria... con miras a la constitución de un ministerio que use las fuerzas policiales legales para reprimir al fascismo. Quieren imponer esta táctica a las grandes organizaciones de clase del proletariado y disuadirlos de luchar contra el patronato, único medio para defender su vida... El Partido Comunista denuncia la traición que constituye semejante táctica».

Esta denuncia estaba más que justificada. El Consejo nacional de la C.G.T. apenas había tomado la decisión de proclamar la huelga general en solidaridad con los huelguistas de la metalurgia lombarda y piemontesa y de confiar la dirección a un Comité que, el 10 de julio, después de negociaciones entre los jefes de la FIOM y el patronato con mediación del gobierno y los dirigentes metalúrgicos, cancela la huelga. Así violaban las reglas elementales de una verdadera lucha ya que renunciaban a todo acuerdo a escala nacional, a la lucha a ultranza contra toda reducción de salario y a la movilización de todas las categorías en una lucha general. Sin vergüenza, aceptan el retorno **«a los conflictos locales que se espera sean resueltos de manera que el trabajo se reinicie en todas partes»**. Así, cuando los conflictos en las obras de Liora y las acerías de Terni no habían terminado, estos aceptaban **«las condiciones que ofrece la empresa»** en la Fiat, y, para los metalúrgicos lombardos, las reducciones de salario que estos habían solemnemente rechazado y que, en la Venecia juliana, fueron fijadas a 1,20 Liras por día. Esto es lo que los socialistas llamarán una **«honorable transacción»**. El Comité de agitación fue puesto delante del hecho consumado después del referéndum habitual entre los obreros **«en presencia de representantes de la empresa»**. Extremadamente satisfecho, el Ministro del Trabajo señalaba en un comunicado de la agencia Stefani **«la importancia especial de esta huelga que ha terminado con una disminución de salarios aceptada por los representantes obreros que han probado tener una perfecta comprensión de las necesidades de las industrias nacionales y de lo inoportuno de una demanda de protección, concesiones y ayudas del gobierno, lo que hubiese constituido para el país un sacrificio que no estaba en capacidad de soportar»**.

Es significativo que sea precisamente en ese momento en que la ofensiva fascista cruzaba por primera vez la línea del Po para propagarse en dirección de los grandes centros industriales. El cálculo de la reacción seguía siendo el mismo: no penetrar en los grandes centros proletarios del Piemonte y la Lombardía antes de que el proletariado haya

sido completamente desmoralizado y desarmado por la traición socialdemócrata y por la derrota en el terreno de la lucha económica inmediata.

El 18 de julio, las bandas fascistas ocupan Navarra y desatan una oleada de terror en toda su provincia que durará hasta el 23. La elección de la localidad no fue hecha por azar. Navarra se encuentra poco más o menos a mitad de camino entre Turín y Milán y si no es un gran centro industrial, se encuentra en el centro de una región de cultivo del arroz de viejas y profundas tradiciones de lucha de clase, particularmente en las «mondinas» (2) sobreexplotadas. Inmediatamente, los obreros piemonteses se declaran en huelga y pese a la voluntad expresa de la C.G.T., el Consejo General de las Ligas Campesinas en Milán decide hacer lo mismo. El comunista Repossi, que fue invitado a formar parte, plantea como condición que los reformistas sean excluidos, que la huelga no cese antes de la evacuación de Navarra, que no haya ningún encuentro, ni transacciones con los fascistas, que la huelga sea extendida a todos los servicios públicos, y que, con este fin, se tome contacto con las otras organizaciones sindicales ajenas a la Bolsa del Trabajo, como los sindicalistas y ferroviarios. Nueva traición socialista: la Comisión ejecutiva de la Bolsa del Trabajo ordena al día siguiente, la suspensión de la huelga en acuerdo con la sección local del P.S.I. A Pesar de la violenta oposición del comunista Repossi, la huelga se frena cobardemente sobre el ultimátum fascista. Es entonces, el 22 de julio de 1922, que «**Il sindacato rosso**» publica el siguiente artículo:

DECLARACION DE GUERRA

«Esta no se dirige a los treinta mil camisas negras movilizados por el Duce fascista por haber faroleado a los obreros lanzados en una huelga general que ha triunfado magníficamente. Con ellos estamos ya abiertamente en guerra, son nuestros enemigos declarados y los tratamos como tales. ¡Nuestra declaración de guerra a muerte, con todos los medios, con todas las armas, la dirigimos a aquellos que traicionan al proletariado, a los lobos disfrazados de ovejas, a los mandarines socialdemócratas, a los dirigentes que sin escrúpulos han traicionado! De ahora en adelante, haremos la guerra en dos frentes, contra la reacción legal y extra-legal del Estado y el fascismo y contra los traidores del proletariado, sus enemigos más infames y peligrosos puesto que se camuflan en dirigentes de la acción y la lucha proletaria para mejor traicionarles.

Toda la significación de la lucha del Partido Comunista de Italia en 1921 y 1922 se encuentra resumida en esta lapidaria declaración.

HACIA LA HUELGA DE AGOSTO

Ante la vigorosa resistencia del proletariado industrial del triángulo Milán-Turín-Génova, solo Sestri Ponente es objeto de una momentánea ocupación por parte de las milicias fascistas — la ofensiva fascista se reanuda en la periferia, en Romaña; iniciada en Rimini, el 28 llega a la ciudad de Ravenas, «destruyendo a su paso todas las casas rojas y sedes de asociaciones obreras», tal como dirá ufano el fascista Italo Balbo, completando la ocupación de toda la Baja Romaña. Y es en este momento que la socialdemocracia viene, por enésima vez, en ayuda del poder constituido y las organizaciones extra-legales.

El 19 de julio, inmediatamente después de la ocupación de Navarra, el gobierno Facta dimite. La carrera de los socialistas en pos del gobierno, en alianza con las sedicentes izquierdas democráticas, comienza. En nombre del grupo parlamentario, Modigliani afirma la necesidad de «**no detenerse ante ninguna acción capaz de hacer respetar, por cualquiera que tenga el deber de hacerlo, la voluntad unánime de la Asamblea Nacional de defender las libertades y el derecho de organización**». Se realizan tratos laboriosos y, el 28 de julio, Turati sube la escalera del Quirinal con miras a una consulta que debe terminar por la formación de un gobierno llamado de izquierda.

En sus tesis de Roma, el Partido Comunista de Italia había previsto la maniobra como la solución más probable en la coyuntura de entonces y en la perspectiva general de la posguerra. Sin las habituales resistencias de los maximalistas, probablemente hubiera triunfado, aun cuando estos acarreasen la grave responsabilidad de haber impedido que, con su llegada al gobierno, los socialdemócratas se hubieran desenmascarado delante de las masas. En la base de todos los errores sucesivos de la Internacional Comunista que, del frente único político, se desliza hacia el apoyo de pretendidos gobiernos obreros, incluyendo la participación en estos, está el hecho de que (la Internacional) no había comprendido que la falsa intransigencia maximalista disimulaba una «transigencia» muy socialdemócrata. Cuando Thalheimer justificaba, delante del Ejecutivo Ampliado de febrero-marzo de 1922, el apoyo del KPD a los gobiernos socialistas de Saxe y Turingia diciendo que, sin ello, la Socialdemocracia se habría aliado abiertamente con los partidos burgueses, tomaba la misma actitud que los maximalistas italianos que consistía en impedir que los proletarios reconocieran en los socialdemócratas a enemigos tan despiadados como los liberales burgueses y los fascistas.

La huelga general decidida por la Alianza del Trabajo para el 1º de agosto y cuyo fracaso es la verdadera causa de la toma del poder por los fascistas, nació, como varias veces hemos señalado, de la indigna conjunción entre las veleidades ministeriales de los socialdemócratas y el vigoroso empuje de las masas proletarias por una última tentativa de defensa contra la ofensiva capitalista, que fue conducida por la CGT por una vía que convergía perfectamente con la de los socialistas y en particular de su derecha. Entre los que se encontraban en la dirección de la CGT algunos de ellos captarán al vuelo el hecho de que desde hace tiempo los obreros reclamaban la huelga general, y se servirán de esto como medio de presión con miras a desenmarañar la crisis gubernamental en el sentido deseado por ellos. Después de haber consultado a las organizaciones nacionales, el Comité central de la Alianza del Trabajo es convocado de urgencia, y nombra «**un Comité de acción secreto con plenos poderes**», habiendo «**retenido que no había poderes suficientes para ordenar y dirigir la acción defensiva del proletariado, frente a la decisión evidente de las fuerzas reaccionarias de dar el asalto a los órganos del Estado, asalto ya en curso de ejecución y que es importante hacer que fracase sin tardar**»

Este «Comité secreto» decide lanzar la huelga general para el 1º de agosto y lanza un manifiesto que abajo reproducimos. Lo importante es que revela bien el carácter equívoco y contradictorio de las fuerzas reunidas en la Alianza del Trabajo.

MANIFIESTO DEL COMITÉ DE ACCIÓN SECRETO

« Los trabajadores de todas las categorías deberán inmediatamente abandonar su trabajo a partir del momento en que tomen conocimiento del presente comunicado. La orden de iniciar la huelga les será transmitida por intermedio de hombres de confianza de las Organizaciones responsables

« Con la proclamación de la huelga general, el Comité se propone defender las libertades políticas y sindicales amenazadas por las facciones reaccionarias insurgentes quienes, por medio de la supresión de toda garantía social, proyectan aplastar a las organizaciones obreras a fin de reducir a los trabajadores de un estado de libertad relativa a la esclavitud total. La dictadura de facto, si no formal, que los locos fanáticos de la reacción quieren instaurar, provocaría no sólo la asfixia de toda libre manifestación del pensamiento y la acción, sino también la ruina del país.

« Es un deber de todo espíritu libre dismantelar, mediante la unión de todas las resistencias, el asalto reaccionario, y, a partir de allí, desarrollar las conquistas democráticas, así como la de salvar la Nación del abismo a la que la locura dictatorial quiere arrastrar si, por desgracia, logra coronar su victoria.

« La huelga general, compacta y decidida, debe constituir una solemne advertencia al gobierno del país, para que ponga fin, de una vez por todas, a toda acción que viole las libertades constitucionales que la ley debe garantizar.

« Durante esta huelga, salvo en caso de legítima defensa de personas o instituciones, y a menos que, por desgracia, el adversario deba desencadenar su furor contra estas, los trabajadores deben abstenerse absolutamente de cometer actos violentos que perjudiquen la solemnidad de la manifestación, y sobre lo que los adversarios seguramente querrán sacar provecho.

« Toda orientación que no provenga de las Organizaciones responsables debe ser descartada.

« Arriba los trabajadores por la defensa de lo más sagrado que posee el hombre: ¡la LIBERTAD!

Comité de Acción secreto.

Esta proclamación y las directrices dadas a escala nacional han debido permanecer secretas; las organizaciones sindicales que no disponen de ningún código secreto, fueron obligadas a recurrir a la red ilegal de defensa del Partido Comunista para comunicar rápidamente la orden de huelga. Pero la proclamación y orden de huelga general aparecerán antes del comienzo del movimiento en el **Lavoro** de Génova dirigido por el diputado ultra-reformista Canepa, permitiendo al gobierno y a las fuerzas fascistas tomar oportunas medidas para evitar que la gigantesca manifestación salga de los límites de la legalidad y eventualmente se transforme en contraataque. El Partido Comunista de Italia publicó inmediatamente las orientaciones que se encuentran en el número del 1° de agosto de todos sus órganos:

« El momento de la acción ha llegado. Es por esto que no discutiremos ahora la orientación dada por sus dirigentes a la huelga general.

Que los camaradas sigan a sus líderes locales,

quienes tienen órdenes precisas de la Central. Que observen una disciplina absoluta hacia los órganos de la Alianza del Trabajo que representan el frente único de los trabajadores de todos los partidos. Que los comunistas den el ejemplo de su disciplina, así como de su espíritu de decisión y sacrificio. La lucha que comienza debe llevar al proletariado a posiciones de fuerza frente a la clase burguesa y a los instrumentos de la reacción.

No se debe renunciar a asestar golpes al enemigo.

Toda transacción con este debe ser considerada como una infamia y una ruptura con el frente único proletario.

¡ Es así como los trabajadores de Italia lograrán la victoria ! »

Hay que notar que la huelga general fue total. De todas partes, de Norte a Sur, el trabajo fue interrumpido inmediatamente, pero, a raíz de la prematura publicación de la orden de huelga en la prensa socialdemócrata más conocida, las fuerzas del Estado y las del fascismo estaban ya preparadas.

La respuesta del Partido Nacional Fascista no se hace esperar y lanza el siguiente manifiesto:

« Damos cuarenta y ocho horas al Estado para que demuestre su autoridad sobre todos los ciudadanos y contra aquellos que atentan contra la existencia de la nación. Una vez que este plazo se haya vencido, el fascismo reivindicará la plena libertad de acción y reemplazará al Estado que, una vez más, habrá demostrado su impotencia -».

En realidad, se trataba de una simple fanfarronada, puesto que el Estado tenía fuerzas suficientes, y había tomado ya las medidas necesarias para impedir un eventual desarrollo de la agitación; además, tenía la certeza que la C.G.T. y el P.S.I. renunciarían a la lucha rápidamente. Tanto fue así que las milicias fascistas no entrarán en acción sino solamente después que la Alianza del Trabajo anunció oficialmente el fin de la huelga general en el comunicado del 3 de agosto:

« Satisfecho del desarrollo y desenvolvimiento de la huelga general, que demuestra que el proletariado italiano había alcanzado su objetivo, manifestando su voluntad y su fuerza de clase, el Comité Nacional de la Alianza del Trabajo declara terminada la huelga e invita a las organizaciones miembros a organizar la vuelta al trabajo ».

Pero, las masas en lucha no obedecerán, ya que en la mayor parte de las ciudades la orden de vuelta al trabajo había creado desconcierto y confusión: Milán, Génova, Ancona, Parma, Gorizia, Civitavecchia, Bari y otros centros industriales, continúan la huelga, ya acompañada de episodios heroicos de lucha armada contra las fuerzas concertadas del Estado y los camisas negras. En Bari, fue incluso necesaria la intervención de la Marina militar para desalojar a los obreros de la vieja ciudad; en Parma, los obreros detrás de las barricadas del barrio proletario del Oltretorrente lograron repeler durante varios días los furiosos ataques fascistas. En Génova y Ancona, la resistencia fue igualmente muy violenta, obligando al gobierno a salir de su tradicional «neutralidad» giolittiana y a lanzar un manifiesto que muestra bien la verdadera naturaleza de la democracia. Si Facta era acusado frecuentemente de debilidad, no obstante fue él quien supo defender enérgicamente «los

valores supremos» del Estado y de la Patria, como a continuación podremos juzgar:

¡ Italianos !

A esta hora en que la paz en la tierra se encuentra gravemente perturbada, el Gobierno se dirige al País, a todo el País, sin distinción de partidos, para llamar directamente a sus ciudadanos a ponerle fin a los sangrientos combates y a elevar su espíritu dentro de un sentimiento de cooperación patriótica y humana. Italia pide a sus hijos cesar las luchas que la afligen. Su voz llegará sin duda al alma generosa de los italianos; no puede ser que los corazones, que antes estaban unidos en la magnífica defensa y en la victoria de la Patria, no sientan el desgarramiento que causa un trastorno tan profundo de la vida pública y permanecer indiferentes ante ello. El gobierno tiene el supremo deber de defender al precio que sea, por todos los medios y contra cualquiera que ose atentar contra el Estado, sus instituciones, los intereses generales y los derechos individuales. Toma las medidas impuestas por la situación para hacer respetar la ley, la vida y la propiedad de los ciudadanos; pero, confiando que será escuchado, desea una última vez transmitirle al País un mensaje de concordia y orden. ¡Que las facciones en lucha comprendan la magnitud de los peligros, amenazas y ruinas puestas en juego, y que llamen a la disciplina!

« Que la voluntad del pueblo italiano contribuya a evitar que los frutos de la victoria ganada al precio de tantos sacrificios sean destruidos por disensiones interiores estériles y sangrientas, que el equilibrio económico y financiero del País se encuentre comprometido, y retardada la reanudación de la actividad laboriosa que Italia espera su retorno al bienestar y de la que depende su dignidad y la defensa de sus intereses en el mundo mientras que las graves negociaciones internacionales no hayan terminado. Que las almas de todos los ciudadanos se eleven en un solo aliento de amor por la Patria y que el orden puesto duramente a prueba retorne al País ».

La huelga general había durado exactamente tres días y medio. Un día después de la orden de vuelta al trabajo, el Partido Comunista publicó en todos sus órganos el siguiente artículo:

PRIMERAS CONSTATAIONES

«A breve distancia de la orden de suspensión de la huelga general nacional, escribimos estas pocas notas. Durante la lucha, había que abstenerse de toda polémica. La manera en que esta se desenvolvió, hoy, merece estar en el orden del día de las discusiones entre los proletarios. Lejos de marcar una suspensión de la actividad de clase del proletariado, como lo afirma la prensa de una burguesía desamparada y del fascismo que no tardará en desinflarse, la nueva experiencia sera útil y preciosa al proletariado italiano en su marcha hacia otras etapas más duras.

«Sobre la base de los elementos de información que poseemos sobre el movimiento y la obra de sus dirigentes de los cuales no tenemos todavía ninguna declaración llamando a la huelga, se puede, desde ahora, fijar algunos puntos sobre los que ya volveremos ampliamente.

La huelga no ha fracasado.

«Si la forma de proclamarla hubiese sido más adecuada – que es lo menos que se puede decir – las masas hubieran respondido a la unanimidad desde un comienzo. A medida que la noticia llegaba a los trabajadores, estos cesaban el trabajo y se paralizaban los servicios públicos. Con documentos irrefutables, demostraremos que aquellos que hablan de la deserción de ciertas ciudades y categorías mienten. El proletariado y las organizaciones rojas deben ser mejor encuadradas y guiadas. El fascismo y la reacción no han logrado abrir brechas en el bando obrero; han vivido horas de oscilación y flaqueo frente a la acción del proletariado contra todo el frente nacional. Si las fuerzas movilizadas por la clase trabajadora hubiesen estado mejor dirigidas y utilizadas, hubiésemos asistido a una contra-ofensiva proletaria, que ya se había dejado sentir. La crónica de los eventos puede confirmarlo. Que para otras ocasiones los trabajadores aprendan a juzgar las noticias derrotistas propagadas por los órganos burgueses, comparándolas con lo que ha ocurrido efectivamente.

La huelga ha sido mal preparada.

«Los trabajadores de toda Italia sabían bien que los socialistas de toda tendencia, de la CGIL a la Alianza del Trabajo, en principio eran hostiles a la huelga general nacional propuesta por los comunistas. Sin hacer abiertamente propaganda contra esta arma de la lucha proletaria, ciertas fracciones de estos organismos evitarán realzarla como había que hacer para darle más eficacia; la mayor parte de ellas irán incluso a burlarse abiertamente de la idea de una huelga general nacional. Para que el proletariado no permanezca indeciso ante la proclamación de la huelga general por parte de aquellos que la habían denunciado como un medio desastroso e insensato, había que decirles que al menos la mayoría de la Alianza del Trabajo se había pronunciado en su favor. En lugar de esto, y a causa de su precoz publicación por el Lavoro de Génova, la decisión se transformó en secreto de polichinel. La huelga debió coincidir con la repercusión de un acontecimiento de la lucha de clase que despertó el interés de los trabajadores de todo el país, hubiese explicado el cambio de actitud de la Alianza del Trabajo. En lugar de esto, el llamado de los comunistas a desatar la huelga de los metalúrgicos, la huelga del Piemonte y Lombardía y por los sucesos de Roma quedarán sin respuesta, mientras que la huelga general era proclamada con fecha fija y... secreta. El Partido comunista ha respetado la consigna del secreto, pero ha formulado a su debido tiempo todas sus reservas. Recordamos la frase de Colombino: «Lanzaremos la huelga de los metalúrgicos para demostrar que no puede haber otro resultado que el que esperan los que la han propuesto». Volveremos a este punto.

La huelga carecía de directrices.

«En la proposición hecha de manera incesante por los comunistas a las grandes organizaciones y a la Alianza del Trabajo, los fines y medios del movimiento estaban fijados en forma clara y precisa. En el otro bando, por el contrario, comenzaron pretendiendo que no había que precipitarse en la huelga insurreccional y política, si no se estaba matemáticamente seguro de

arribar a la revolución social, luego se pusieron a preparar entre bastidores una huelga – la huelga legalitaria de Turati – tendente a influir sobre la crisis ministerial y así promover los socialistas al cargo de gobierno. A pesar de las declaraciones formales hechas anteriormente, el manifiesto de la Alianza se inclinaba por esta segunda tesis; sin asignar ningún objetivo claro en la lucha, ni indicar los medios a emplear, pero sí difundiendo un espíritu pacifista extremadamente peligroso a la hora de la acción. Ahora bien, esta huelga debía servir para clarificar con el proletariado las ideas fundamentales de la lucha de clase. Nada de huelga pacífica y legalitaria con la ilusión de que el proletariado pueda escapar a la reacción gracias a una distracción parlamentaria. Nada de huelga revolucionaria en el sentido de los revolucionarios de opereta cuya divisa insensata sería «todo o nada», pero incapaz de liberarse de la práctica del... «nada». Pero sí de huelga que marque un paso adelante sobre posiciones ulteriores de lucha y batalla por un encuadramiento y armamento político y militar de las masas mucho mejores, y por la consolidación de su unidad de frente único, vehículo de una potente y muy vasta unidad de organización en el Partido revolucionario, arma irreemplazable de la revolución proletaria.

La huelga fue truncada por los que la dirigían.

«Una vez más, como en Milán, la incapacidad de los dirigentes obreros ha favorecido la fanfarronada fascista. No se debía suspender la huelga, menos aún cuando los fascistas habían ordenado hacerlo. Y demostrar la ineptitud de los fascistas para detener la movilización general del proletariado, esto sí hubiera podido galvanizar las energías morales y materiales de las masas. ¿No es verdad que el gobierno trató con los fascistas y socialistas porque los primeros prorroguen su ultimátum (cuya ejecución hubiera sido interesante ver) y porque los segundos terminen rápidamente el movimiento? «A pesar de la bravuconada fascista y la cobardía socialista, el proletariado está de pie; no ha sido derrotado; sabrá demasiado tarde el valor de la prueba por la cual ha pasado; pero continúa la lucha en dos frentes en pos de su victoria indiscutible».

Comentando los orígenes, desarrollo y lecciones de la huelga general, **Il comunista** escribía al día siguiente que, al lado de su apoyo sin reservas al movimiento, el Partido Comunista, desde su mismo comienzo, había criticado la forma en que el momento había sido escogido y en el que la preparación había sido hecha, tanto desde el punto de vista de la organización como el de la propaganda, esta última orientada a reivindicar con más razón aún el derecho a denunciarla después. En efecto, el Partido había insistido en el hecho de que la huelga general no debió ser proclamada en frío, sino en relación con un episodio destacado – tal como sucedió con uno durante los meses anteriores – de la lucha contra el fascismo y contra el Estado: «No estuvimos en contra [del momento escogido, NdR] porque era demasiado temprano, sino porque fue demasiado tarde».

La Alianza del Trabajo había proclamado la huelga bajo la presión de los socialistas; para hacerla coincidir no con un episodio resaltante de la lucha proletaria, sino con una innoble maniobra parlamentaria. El Partido comunista había pedido que la oportunidad y la necesidad

de la huelga general fuese proclamada de antemano, aunque después tuviera que dar la orden en forma secreta, de manera que esta no constituya una sorpresa para el proletariado, que en cambio se encontraba material y moralmente preparado; la Alianza del Trabajo no había hecho nada de eso, y, en cuanto al secreto, ya hemos visto cómo ha sido respetado. Las lecciones eran claras: las dos vías, la de la colaboración y la de la acción de masa eran irreconciliables. La ilusión creada por la primera había desorientado y paralizado la lucha abierta del proletariado. Su movilización por parte de los legalitarios bastó para profundizar el abismo existente entre las dos clases, entre los obreros en lucha y las instituciones estatales de la burguesía... El proletariado tenía, en cambio, los elementos a escoger: o bien la acción legalitaria que entraña el desarme y disgregación de sus fuerzas o la acción de masas. Pero esto último no podía ser preparado sin condenar toda ilusión democrática y todo pacifismo, y sin organizar la guerra de clase. No podía haber en esto ningún equívoco en el camino a seguir que de otra forma habría sido cortado definitivamente. Lo que los comunistas proponían era rudo y difícil, pero era la única vía en que se podía lograr algo.

En un manifiesto aparecido el 6 de agosto, el Partido recordaba que la lucha que se había comenzado con la huelga general seguía todavía a través de episodios sangrientos, y que la táctica errónea de los dirigentes facilitó el juego del fascismo. Observando que el proletariado había respondido con una formidable combatividad y que la estrategia de la huelga general se había revelado excelente como plataforma de lucha contra la reacción, decía:

«Basta que estén a la cabeza de las masas, partidos y hombres que no tengan miedo a la lucha revolucionaria y que no busquen ni canalizar la acción de masas por vías equívocas, ni desviarla a través de una táctica que ya los acontecimientos han condenado para siempre: la de la colaboración y del legalitarismo, la cual había demostrado que provocaba estúpidamente la contra-ofensiva armada del enemigo contra una masa privada por sus jefes de verdadera preparación revolucionaria.

Independientemente de la actitud de cada organismo, el Partido Comunista, que ha obedecido la orden de suspensión de la huelga, repite la consigna que debe indicar al proletariado la táctica que debe aplicar permanentemente en el periodo y situación presentes: arma contra arma, violencia contra violencia. Reivindica satisfecho su posición de lucha en medio de las masas tan espléndidamente en notables e inferiores condiciones frente a un enemigo más fuerte y mejor equipado.

Las fuerzas del Partido Comunista reciben aún la orientación, que además resulta superflua, de organizar la guerrilla defensiva de los trabajadores esforzándose en dar a las masas los elementos de dirección y técnica de acción de que todavía carecían y fraternizando con los proletarios de todos los partidos.

Hoy, cuando la gran masa se ha retirado de la lucha, no se podrá decir que los trabajadores de los centros que todavía luchan y las víctimas de represalias reaccionarias, los huelguistas de estos últimos días, serán abandonados a los golpes del enemigo en una posición de evidente inferioridad, y que pueda golpear

impunemente a la prensa proletaria.

El Comité Nacional de la Alianza del Trabajo, aun sin tener la intención de tomar otras iniciativas, debe preguntar a las masas si dejarán que la batalla comenzada se termine de esta forma. Debe convocar inmediatamente una conferencia de delegados de todas las organizaciones locales de la Alianza del Trabajo, para examinar la situación y organizar una nueva ola de acción proletaria. Un proletariado que se ha comportado como el proletariado de Italia en estos días de pasión, que ha comprendido lo que significaba el triunfo de los esclavistas... y que derrama su sangre con rabia y sin pesar por la lucha emancipadora, merece que no se hable de su cansancio y desconcierto, a pesar de los errores de quienes lo han dirigido.

Se debe organizar rápidamente una consulta fidedigna para saber con cuales medio debe ser conducida la próxima acción. Es preciso que el Comité nacional de la Alianza del Trabajo responda a nuestra proposición de conferencia de todas sus organizaciones locales y que dichas organizaciones locales y insistan porque el Comité acepte esta proposición, derecho que le otorga el hecho de representar a las masas generosas

y resueltas a defenderse y vencer.

¡La bandera roja de la lucha de clase jamás ha sido ni será arriada!

Trabajadores de Italia, de pie, todavía y siempre en esta guerra sin merced contra la reacción y el régimen burgués!

¡Viva el Comunismo!

(continuará)

(1) En junio tiene lugar en Moscú una reunión del Ejecutivo ampliado de la I.C que había lanzado la consigna de «gobierno obrero». En respuesta a las demandas de clarificación del Partido Comunista de Italia, precisó que este gobierno era un «sinónimo de dictadura del proletariado» que se debía utilizar para atraer al Partido a amplias masas obreras, un poco como los bolcheviques cuando lanzaron la consigna «todo el poder a los soviets» entre abril y julio de 1917. El partido italiano formuló serias reservas sobre esta interpretación, pero aplicó con disciplina las orientaciones de la organización mundial.

(2) Las «mondinas» eran las obreras que cultivaban el arroz.

SUMARIOS DE «EL PROGRAMA COMUNISTA» Órgano del partido comunista internacional

No 33 - Enero de 1980

• • ¡Acuérdete de las dos guerras imperialistas! • • Siguiendo el hilo del tiempo: Introducción. La «Invariancia» histórica del marxismo; Teoría y acción; El programa revolucionario inmediato; Las revoluciones múltiples; La revolución anticolonialista occidental • • La cuestión agraria. Elementos marxistas del problema (2) • • El volcán del Medio Oriente: El largo calvario de la transformación de los campesinos palestinos en proletarios • • Nota de lectura: ETA, o la imposible amalgama de nacionalismo y comunismo.

No 34-35 - Abril de 1980

• • La era de las guerras y de las revoluciones • • En defensa de la continuidad del programa comunista (4): Introducción. Proyecto de tesis presentado por la Izquierda al III Congreso del Partido Comunista de Italia - Lyon 1926 • • Una exigencia fundamental para el movimiento obrero: liquidar la dependencia colonial del Ulster respecto a Gran Bretaña • • Nota: Marcuse, profeta de los buenos viejos tiempos.

No 36 - Octubre de 1980

• • Asociacionismo obrero, frente proletario de lucha y partido, hoy •

• **El marxismo y la cuestión nacional y colonial:** Las revoluciones múltiples (1953); Presión «racial» del campesinado, presión de clase de los pueblos de color (1953); Factores de raza y de nación en la teoría marxista (1953); Introducción; La lucha de clases y de Estados en los pueblos de color, campo histórico vital para la crítica revolucionaria marxista (1958); La Cuestión nacional y colonial (1958); El ardiente despertar de los «pueblos de color» en la visión marxista (1960) • • Lecciones de las contrarrevoluciones (1) • Nota de lectura: Pierre Frank manipula la historia.

No 37 - Enero de 1981

• • Polonia: necesidad de la organización, necesidad del partido • • El cierre de la fase revolucionaria burguesa en el «Tercer mundo» • • El programa revolucionario de la sociedad comunista elimina toda forma de propiedad de la tierra, de las instalaciones de producción y de los productos del trabajo • • Lecciones de las contrarrevoluciones (2).

No 38 - Mayo de 1981

• • Polonia, punto neurálgico del orden imperialista mundial • • Las perspectivas de la posguerra en rela-

ción con la plataforma del Partido

• • El viraje de los Frentes Populares o la capitulación del stalinismo ante el orden establecido (1934-1938) (1) • • Trotsky, la Fracción de izquierda del P.C. de Italia y las «consignas democráticas».

No 39 - Septiembre de 1981 - Manifiesto del Partido Comunista Internacional:

• • De la crisis de la sociedad burguesa a la revolución comunista mundial.

No 40 - Enero de 1982

• • Tras los acontecimientos polacos: ¿en qué punto está la reanudación internacional de la lucha de clase? • • En defensa de la continuidad del programa comunista (5): Introducción. Naturaleza, función y táctica del partido revolucionario de la clase obrera (1945) • • El viraje de los Frentes Populares o la capitulación del estalinismo ante el orden establecido (1934-1938) (2) • • Los comunistas y las luchas obreras. «¿Qué hacer?» ayer y hoy.

No 41 - Noviembre de 1990

• • Programa comunista reanuda su publicación • • Imperialismo, chauvinismo, anticomunismo de clase •

- La reconquista del patrimonio teórico y político de la Izquierda comunista pasa también con la reapropiación de la praxis del partido correcto • • *¿Qué significa hacer el balance de las crisis del partido? (1)* • • Lo que distingue a nuestro partido • • El programa del partido comunista internacional

No 42 - Septiembre de 1992

- • En el este: Detrás la omnipresente reivindicación de la democracia, madura a pesar de todo la reanudación de la lucha proletaria de clase • • *Si siguiendo el hilo del tiempo: Iglesia y fe, individuo y razón, clase y teoría* • • *¿Qué significa hacer el balance de las crisis del partido? (Segunda parte)* • • Una nueva publicación del partido en francés: «Bilan d'une révolution»

No 43 - Diciembre de 1995

- • La burguesía ha celebrado la «Liberación» y el fin de la guerra mundial • • El capitalismo soviético en crisis (1) • • *Si siguiendo el hilo del tiempo: ¿Para poner los puntos sobre las íes!* • • A la memoria de un compañero de la vieja guardia: Riccardo Salvador.

No 44 - Mayo de 2001

- • ¡A los proletarios de hoy! ¡A los camaradas de mañana! • • La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista (1) • • Siguiendo el hilo del tiempo: Brújulas locas • • En defensa de la continuidad del programa comunista (6): Tesis características del partido (1951) • • El capitalismo soviético en crisis (Fin) • • Volante: ¡No a la intervención imperialista en Yugoslavia! ¡Abajo todos los nacionalismos y todas las opresiones burguesas! • • Volante: Respuesta a «Rouge», a «Le Monde», a «Le Figaro», a «Libération», etc. Auschwitz o la gran coartada: lo que nosotros negamos y lo que nosotros afirmamos.

No 45 - Septiembre de 2004

- • Los Estados Unidos de América en el límite de dos épocas • • ¡Irak es el mundo! • • ¡Internacional y mundial es el capitalismo; internacional y mundial será la lucha proletaria anticapitalista de clase! • • Chile, a treinta años de distancia • • ¡El golpe de Estado fallido en Venezuela es una advertencia al proletariado! • • Puntos de referencia marxistas acerca del imperialismo y el terrorismo • •

En defensa de la continuidad del programa comunista (7): Consideraciones sobre la actividad orgánica del partido cuando la situación general es históricamente desfavorable (1965) • • Auschwitz o la Gran Coartada • • La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista (2) • • *Los fabricantes de íconos a la obra: Creación de la "Fundación Amadeo Bordiga"*

No 46 - Diciembre de 2005

- • Lo que distingue a nuestro partido • • Europa: lupanar burgués, galera proletaria - Crítica de la C.C.I. : Introducción • • La Corriente Comunista Internacional: A contracorriente del marxismo y de la lucha de clase • • La C.C.I. o la oposición al poder revolucionario proletario. A propósito de Cronstadt. Violencia, terror, dictadura, armas indispensables del poder proletario • • *A prueba de luchas de clases: el carácter anti-proletario de las posiciones del C.C.I. : (1) La C.C.I. contra la organización de la clase obrera / (2) La C.C.I. contra las huelgas / (3) A propósito de Adelshtoffen, Cellatex... La C.C.I. : un ejemplo a no seguir / El purismo como máscara de adaptación al social-chauvinismo.*

No 47 - Julio de 2007

- • Futuro del capitalismo: ¿Bienestar y prosperidad? No: Crisis económicas y miseria creciente del proletariado, cada vez y siempre más numeroso y oprimido en el mundo • • En defensa de la continuidad del programa comunista (8) • • Tesis suplementarias sobre la tarea histórica, la acción y la estructura del partido comunista mundial (Milán, Abril 1966) • • Tesis sobre la tarea histórica, la acción, y la estructura del partido comunista mundial, según las posiciones que desde hace más de medio siglo forman el patrimonio histórico de la Izquierda Comunista (Nápoles, Julio 1965) • • Contra la represión en Oaxaca: ¡lucha proletaria anticapitalista! • • Un terrible tsunami en el sudeste asiático provoca centenares de miles de víctimas • • Todas las autoridades sabían perfectamente lo que estaba sucediendo, pero nadie actuará • • Los 4 países más devastados por el tsunami del 26 de diciembre 2004 • • Crónica Negra y catástrofes de la moderna decadencia social (Técnica descarriada e indolente gestión, parasitaria y rapaz) • • La emigración y la revolución mundial: ¡Por la unidad del proletariado internacional! • •

Unión Sagrada para condenar las revueltas de los suburbios • • Palestina, el Líbano; ¡Sionismo asesino, imperialismos y Estados árabes cómplices! • • La misión de los cascos azules es puramente de guerra imperialista: ¡ni un solo casco azul al Líbano! • • La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista (Fin)

No 48 - Enero de 2009

- • El Partido de clase del proletariado frente a la actual crisis económica del capitalismo mundial • • Estado de «guerra permanente» y lucha de clase revolucionaria • • El Centralismo Orgánico • • China: particularidad de su evolución histórica • • Siguiendo el hilo del tiempo: Homicidio de los muertos • • Pese a sus crisis: ¡El capitalismo no se derrumbará sino bajo los golpes de la lucha proletaria! • • Israel masacra a los palestinos por cuenta propia y por cuenta de las potencias imperialistas mundiales

No 49 - Septiembre de 2011

- • Presentación • • Las revueltas en países árabes y el imperialismo Crisis capitalista, luchas obreras y partido de clase • • León Trotsky: Informe sobre la crisis económica mundial y las tareas de la Internacional Comunista • • La «cuestión china» • • Hace cuarenta años moría Amadeo Bordiga • • El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (1) (Informe a la Reunión General del Partido, en Florencia, del 30 de abril al 1º de mayo de 1967)



EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión

estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

